





ANO 12.

NUM. 139.

LA  
ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

Director: JOSE LAZARO

JULIO, 1900

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO.

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# CAÏEL

---

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DE  
ALFONSO BARRALONES

Este armonioso pseudónimo oculta un nombre aun más poético, Alice, ennoblecido por la inteligente escritora portuguesa doña Alice Pestana, en una serie de trabajos literarios que hacen de ella una gloria de Portugal.

En los momentos en que una obra suya, la novela GENOVEVA MONTAÑA, va á tener la consagración de generalizarse en lengua española, y cuando la eximia escritora, por su matrimonio con un sincero lusófilo, va á adoptar por patria civil la tierra de Lope y de Cervantes, se hace necesario, como comentario á su obra, esbozar algunos rasgos de su individualidad.

Bien desearía haber tenido íntima convivencia con la escritora que hoy presento al público español, para diseñar con facilidad su característica literaria; nunca nos vimos, ni nos hablamos. Pero su obra es vasta, y por ella entré en esa comunión de espíritu, que colocó á Caiel á mi vista en un foco de luminosa naturalidad. En su obra, se descubren dos aspectos femeninos, que la hacen sobresalir en este medio social moderno: posee *ternura*, esa cualidad delicada y fundamental de la mujer, y *energía*, rara en su sexo, pero que la impulsa á generosas iniciativas. De esta sencilla fórmula, se deduce el

criterio para aquilatar bien su trabajo y preveer las manifestaciones futuras de su talento.

Pero, antes de seguir, dos líneas biográficas: doña Alice Pestana nació en Santarem, en Abril de 1860, de una familia que todavía tiene sangre insular: su madre era natural de la isla de Madeira. No es esto indiferente para explicar ese espíritu libre de convencionalismos, esa actividad é independencia con que comenzó el combate de la vida, dedicándose á la enseñanza privada, y entrando en las lides de la prensa.

Las fechas restantes de su vida son las manifestaciones sucesivas de su actividad pedagógica y artística. En 1878, hizo su estreno, lleno de buenos auspicios, en la prensa, publicando en lengua inglesa, que conoce á la perfección, unos artículos sobre Shakespeare, insertos en la *Financical Mercantile Gazette*. Se ve por este estudio, que sabía llegar á la fuente viva del arte, y que se emancipaba de las idealizaciones ridículamente necias en que muchos escritores portugueses gastan todavía su tiempo.

En 1885, en el periódico *Las Repúblicas*, redactado por Tomás Ribeiro y Camilo Castello Branco, es donde propiamente comenzó á ser conocida como escritora original, por unos breves cuentos, que agradaron por su sentimiento delicado, mereciendo ser reunidos en volumen, en 1886, bajo el título *Á las madres y á las hijas*.

Tomás Ribeiro puso un prólogo á estos cuentos, que en breve fueron consagrados con una segunda edición (1888), en la cual se encuentran los juicios críticos de los principales escritores portugueses, quienes saludaron el gentil espíritu que se revelaba en las letras, siendo de notar las apreciaciones de Camilo Castello Branco, de doña María Amalia Vaz de Carvalho, de D. Antonio da Costa y del desgraciado y brillante Julio César Machado. Esa simpatía por el libro *Á las madres y á las hijas*, no fue pasajera: acaba de aparecer la tercera edición de los delicados cuentos, aumentada con uno nuevo, intitulado *¿Superstición ó remordimiento?*

La vida de acción la atraía, y Caiel, por haber ejercido la enseñanza, fue encargada de una comisión oficial, de la cual dió cuenta en un *Informe de un viaje de estudio á establecimientos de instrucción secundaria del sexo femenino, en Inglaterra, Suiza y Francia*. Está fechado en 25 de Enero de 1889 este importante documento, presentado al Ministerio del reino (1).

Esta misión tuvo sobre su espíritu el trascendental influjo de abrir nuevos horizontes á su inteligencia, é imprimir un marcado relieve á sus creaciones como escritora.

Con este espíritu de energía, que contrasta con la apatía normal de su sexo, redactó las *Primeras lecturas*, en que, por medio de cuentos, se dirige á la infancia con sentimiento ingenuo. La primera edición de este libro es de 1890; se ha reimpresso en 1899.

En el Congreso pedagógico hispano-portugués-americano, figuró dignamente doña Alice Pestana. A este certamen, celebrado para conmemorar el Centenario del Descubrimiento de América (1892), envió su trabajo ó Memoria *¿Qué debe ser la instrucción secundaria de la mujer?* Problema sin solución todavía en Portugal, donde la instrucción pública es dirigida desde el exclusivo punto de vista del expediente administrativo. Consecuencia de este trabajo, fue que al año siguiente se encargase á doña Alice Pestana una nueva misión pedagógica, de que dió cuenta en el *Informe de una visita de estudio á establecimientos de enseñanza profesional en el extranjero*, fechado en 31 de Agosto de 1893, y entregado al Ministro de Obras públicas, Comercio é Industria.

Debe notarse que esta comisión importante fue completamente gratuita, ¡cuando se despilfarran subvenciones para estudiar en el extranjero los diferentes sistemas de contabilidad!

---

(1) Corresponde en Portugal á nuestro Ministerio de la Gobernación, y de él dependen los asuntos de Instrucción pública.

Pero la escritora no abandonaba sus creaciones literarias, y, así, publicaba al mismo tiempo, en la *Revista Ilustrada*, una nueva novela, *La hija de Juan del Otero*, que un año más tarde, en 1894, salió en volumen ilustrado con dibujos de Condeixa; y en este mismo año daba á la publicidad otra novela en dos volúmenes, *Amor á la antigua*. Conociendo los grandes maestros de la novela contemporánea, como Balzac, Flaubert, Daudet, Zola, la delicada escritora se inclinaba de preferencia hacia la novela inglesa, en que la vida moral se retrata con una cierta suavidad, que contrasta con el realismo brutal. Y esto mismo sucede en su hermosa novela, aparecida en 1896, *Madame Renan*, en que los tipos están bien dibujados, y las situaciones fundadas en dramas subjetivos. Y, como desafiando la forma literaria para vencer sus dificultades, decidióse á escribir una novela en cartas: tal es GENOVEVA MONTAÑA, publicada en 1898, y de la cual sale ahora la traducción española.

Este género es extremadamente difícil; usáronlo Madame de Stael y Balzac, habiéndolo fundado el autor de *Clarisa Harlow*. La acción no es narrada ni pasa á la vista; dedúcela el lector, é interesándose por la reconstrucción de lo que pasa ó está aconteciendo, las impresiones son más intensas, tomando casi un aspecto de realidad. A esto se debió el que, aun siendo la novela de Richardson tan pesada por la extensión de sus cartas, la impresión que ejerció en toda Europa fuera profundísima. En la novela GENOVEVA MONTAÑA, las cartas son las que nos revelan los tipos, nos muestran el color ó el aspecto moral, como las de Doña Feliciano, en una redacción popular casi intraducible, y nos hacen adivinar esa vaga tristeza que causó la desgracia de Genoveva por no haber definido el sentimiento, que se transformó en un primer amor, psicosis, devenida mórbida por el casamiento alocado de su primo.

Después de este trabajo literario, doña Alice Pestana tuvo *saudades* de su vida de acción, y encontró el objetivo verdadero y único de la mujer en la civilización moderna: fundar



la paz social, hasta hoy no comprendida de los políticos y de los gobiernos; convirtiéndose en propagandista de la aspiración moderna de las almas puras, que se fortifican espontáneamente en la organización de las ligas de la paz en las naciones cultas. En 1898 entró en este campo, con su elocuente manifiesto *La Femme et la paix: Appel aux mères portugaises*; y más tarde, en 18 de Mayo de 1899, se inauguraba, por su iniciativa, la *Liga portuguesa de la Paz*, siendo, como presidente, el alma de este movimiento, que coloca á Portugal en cooperación con los esfuerzos de las generosas asociaciones europeas que persiguen el mismo ideal. Portugal tomó parte en el Congreso de La Haya para la paz, y el informe de sus delegados se ha publicado en el *Diario del Gobierno* de 3 de Mayo de 1900. Fue la *Liga portuguesa de la paz* la que hizo conocer en Portugal la importancia de este Congreso: sin la presión de la opinión pública, por ella esclarecida, tal vez el Gobierno portugués hubiera dejado pasar ese acto, en que se estableció un estado jurídico para los conflictos internacionales. En este trabajo de la *Liga portuguesa de la paz* es donde doña Alice Pestana ha desenvuelto su energía femenina, conciliando voluntades, armonizando desacuerdos de opinión, excitando apatías, despertando ideal en los espíritus.

La energía fecundiza su elaboración literaria. Así, de 1899 á 1900, publicó veinticuatro números de la *Revista Blanca*, quincenalmente, dedicada á los pequeños y á los nuevos; y, simultáneamente, *El Tío Victorino*, novela basada en un estudio expresamente hecho en *Los Lusíadas*, y dedicado á los niños portugueses en conmemoración de la fiesta nacional del Cuarto Centenario de la India. Su último y más reciente trabajo, *Comentarios á la vida*, es una colección de artículos publicados en diversos periódicos. Cúpome la gloria de la dedicatoria de este libro, prologado por el claro espíritu de Teixeira Bastos. Hállase en este momento en vías de publicación otra novela de Caïel, *Testamento de madre*. Finalmente, en la última temporada teatral, púsose en escena en el Teatro Nor-

mal de *Doña María*, de Lisboa, su composición dramática en un acto, *Primera agonía*.

Es cierto que la mujer de treinta años, según el gran entendedor Balzac, se halla en esa edad en que tiene conciencia de su encanto. De la mujer de cuarenta, hemos de decir que se encuentra en aquella otra en que sabe unir á la energía la ternura, con las cuales puede ejercer la más profunda acción social. Caïel comprende, de seguro, la verdad de este vaticinio.

TEÓFILO BRAGA.

# GENOVEVA MONTAÑA

(NOVELA)



A HUGO SANTA ANA

LISBOA.

París, Julio de 183...

Mi pobre Hugo: Te consideraba muerto ó casi, cuando los periódicos portugueses que recibo hoy me sacan inesperadamente de ese cuidado. Veo tu nombre á la cabeza de la lista de aquellos gloriosos que acaban de terminar el curso superior de Letras de nuestra tierra.

¡Hurra! y un apretón de manos.

Pero ¿por qué diablo no me escribes? ¿De tal suerte te prendió la convivencia con los dioses del Olimpo, el sánscrito y las edades clásicas, que desdeñas hablar con los simples mortales en el lenguaje vulgar é insulso de estos tiempos sin carácter que corren?

Pues ahí va, caro mío, un consejo sensato: ahora que ya hiciste todo lo que estaba á tu alcance para volverte *un sabio*, conviene que bajes sin pérdida de tiempo á la esfera de la prosa y de los *monises*.

Y no me juzgues por esto un animal.

Homero, si fue hombre, fue un grande hombre; y Virgilio, mostrando exuberantemente que tenía cabeza, es una memoria que yo acato.

Pero, pobre amigo mío, estas adoraciones, demasiado platónicas, pueden ser un medio de hacernos la vida pintoresca, nunca el expediente con que tratemos de saldar las dificultades inherentes que ella nos acarrea.

Bien sabes que nunca te aprobé esa ingenua orientación.

Luchando con las grandes dificultades de la vida, mal costeada con el escaso peculio que te quedó de tus padres, te empeñaste en seguir ese largo curso que—perdona la franqueza—no va á servirte de nada.

Mucho mejor si hubieras seguido mis consejos.

Podías, sin apenas costarte, haber estudiado una cosa que constituye la preparación para la diplomacia, y sacarías provecho de la influencia, aún no extinguida, de tu difunto padre en esa esfera del monóculo, de los botines claros y de la *novela* vistosa. No ganarías dinero, pero gozarías vida ligera en perpetua atmósfera de reverencias y mujeres rubias.

Otro proyecto mío, rechazado por ti con orgullo—¡nefastas repugnancias hidalgas!,—fue el de beber ahí á grandes tragos la compleja ciencia del Instituto Comercial y venirte para aquí, como yo hice, á aplicar tu fuerza algorítmica á la positiva unidad *franco*.

Escucha: por lo que á mí toca, aún no me he arrepentido del partido que tomé. Gano para vivir desahogadamente en esta moderna Babilonia; lo que ya no es poco. Después, me llevo perfectamente con esta gente del *Crédit*; todos parecen mis amigos. Cada año aumenta mi satisfacción por haber desertado de la madre tierra. *Ubi bene, ubi patria*. Va el latín con la idea de lisonjear tus deidades.

Sí, amigo mío, el patriotismo hasta la abnegación es una bella cosa que yo acato como tipo arqueológico, pero que no conmueve mi sensibilidad afectiva más de lo que cualquier momia egipcia del *British Museum* ó de *South Kensington*. La vida moderna tiene exigencias ineludibles, que, en un país de las condiciones del nuestro, se convierten muchas veces en martirio, bestializando las criaturas.

Aquí todo es fácil. Se vive con mucho ó con poco dinero, y la otra gente nunca sabe de cierto cómo vivimos.

En esa aldea del Tajo todos están enterados de lo que comemos, todos conocen á nuestro sastre y se saben al dedillo nuestros acreedores y nuestros amores.....

De cuando en cuando me acomete cierto deseo de abrazar al tío Velloso y á la tía María Rita, ¡pobrecilla!... pero la vida es larga é incierta—considero á manera de consuelo.—¡Sabe Dios si no me quedará todavía mucho tiempo para aburrirme soberanamente en aquellas tiernas y santas compañías!

Como ves, reobro contra la *sensiblería* traidora. No conozco nada más pequeño que dejarnos coger por la melancolía de los poetas, cuando no debemos al estro el favor de un solo verso.

Nada para triunfar de la vida como el estudio de los *medios* y la adaptación completa. En París trato de ser parisiense. Y si en días de *manía* negra, el importuno pensamiento de la familia viene á asediarme con alguna violencia, ¿sabes lo que hago? Compro á escape billete para *Folies-Bergères* y me voy allí á considerar la vida á través de las canciones de Ivette Guilbert. Se ríe á mandíbula batiente. Reír es la panacea universal que ha valido á la humanidad desde Adán. Si esa maravillosa facultad no se le hubiese dado desde luego al pobre proscrito del Paraíso, ¿cómo habría resistido al desastre monumental, en términos de venir todavía á ser el prolífico y robusto ascendiente de todos nosotros?

Amigo Hugo, estás al borde del abismo llamado hambre. Una nada puede precipitarte. Atiende. Escucha el aviso de amistad que te mando desde las orillas de este Sena práctico y sabio.

Da las más afligidas y cordiales despedidas á los doctos profesores del curso superior; guarda en cofre perfumado tu diploma del curso, y mientras tanto, confiéreme poderes para ir promoviendo tu colocación aquí mismo, en este *Crédit Lyonnais*, donde los compañeros son excelentes, el trabajo leve y los lucros incitantes.

Y que perdonen las musas, de que te has hecho cultivador  
devoto, el inocente desacato de  
Tu amigo de corazón,

ENRIQUE.

\*  
\* \*

## Á ENRIQUE VELLOSO

PARÍS.

Lisboa, Julio 188...

Enrique mío: Muy agradecido á tu carta. Se desprende de este papel el buen humor de la salud, prueba de que continúas bien en esa maravillosa Galia, de que tanto malo y tanto bueno se dice. Huélgome con todas tus prosperidades de bolsa y demás.

En cuanto á mudar yo de rumbo, tomándote por piloto, no es cosa, amigo mío, para resolverse á ella á vuelta de correo.

*Age quod agis.* Creí siempre en la herencia atávica de los temperamentos intelectuales. Mi abuelo paterno fue uno de nuestros primeros latinistas; mi padre conocía la lengua griega como pocos, y la portuguesa como raros. Fueron dos acérrimos batalladores de la vieja educación clásica, que púlía y templaba los hombres, sin recurrir á los brutales procedimientos que ilustran falsamente á la moderna.

Siento correr por mis venas sangre que me viene de ellos. No sé lo que soy; ni, ciñéndome á la desacreditada teoría de las predestinaciones, podría ahora decirte cuál es el fin directo que tengo para que me acuñase el dedo creador. Pero lo cierto es que me siento vibrar al contacto de cualquier trozo de arte, y que esa vibración adquiere particular intensidad cuando el móvil es uno de estos monumentos de literatura con que la palabra humana, mármol inalterable, ha edificado para los siglos.

¿Cómo quieres tú, pues, mi hacendista Hugo, que así, en un momento, de repente, caiga sobre tus libros de comercio que ni de vista conozco, y de que yo abomino?

Te ciega la amistad.

¿Qué papel iría yo á hacer al *Crédit*, conociendo mal las cuatro operaciones de la Aritmética? Un escandaloso *fiasco*. Tan disparatado era presentarme como absurdo ser admitido. No pensemos más en tal cosa. Y, francamente, no encuentro que debamos afligirnos por semejante abstención.

Yo, si realmente siento en mí disposición para alguna cosa, es para la carrera de las letras. Pues bien: seguir la inclinación natural parece que debe simplificar mucho el enmarañado problema de la vida.

Bien sé que en Portugal—país de miniaturas—es del todo imposible crearse en la vía literaria una de esas vistosas fortunas que ahí fuera constituyen buena parte de la gloria de muchos nombres queridos.

Pero, ¿en qué otra esfera pueden crearse aquí esas fortunas? Creo que sólo en la de los ladrones de levita. En otra, no.

Y todavía tenemos ejemplos de grandes batalladores, sosteniendo familias numerosas únicamente con su labor literaria.

Creer que sólo en París se piensa y se trabaja es también una preocupación traidora, que se infiltra en el cerebro del viajero portugués.

La vibración de las naciones pequeñas es muy intensa para el oído que sabe auscultarlas. Digas tú lo que quieras, hace años ya que se ha manifestado progreso en la vida intelectual de nuestro apático país.

Se lee más, se critica más, se escribe más. Aparecen periódicos de todas las clases; algunos, menos que mediocres; pero otros, regularmente buenos.

En el teatro se reaviva el interés por los originales portugueses. Todo esto son estímulos, incitaciones sugestivas para quien desee trabajar.

Yo creo—perdona la modestia—que no me será extremadamente difícil ganar aquí, llenando cuartillas de papel, lo que tu enfatuado *Crédit Lyonnais* te da por el enojoso y ma-

terialísimo trabajo de llenar de cifras sus libros detestables. Voy á poner manos á la obra.

Pero..... ¡aún no te lo dije.....! Es posible que muy pronto aparezca en tu *apartement* de la *Rue Miromesnil*. No será para pedirte ser compañero de oficio en el *Credit*, sino simplemente para darte un buen abrazo de paso para una visita á mi tío, Lord Robert Duff, Lancaster Tenace, Regent, Park, London.

Todavía tengo que resolver, en el fuero íntimo de mi conciencia, si estará bien á la plena mayoría de mis veinticuatro años aceptar el reiteradísimo convite de este tío por afinidad, para *partir de plaisir* en que él debe de hacer el más completo papel de anfitrión. *Hic jacet lepus*.

Mientras resuelvo esto, tal vez saque doble ventaja del tiempo, desempeñándome de una promesa antigua. Prometí visitar á unas primas que apenas conozco, pero que se carteaban mucho con mi madre, y que tienen la amabilidad de desear mucho verme desde que pasé de niño á varón. Estoy medio resuelto á ir á matar la curiosidad de las primas, que viven en una quinta suya, llamada del Juncal, á un tiro de fusil, como diría Camilo de Villa Verde. Al menos, encontraré por allá aires puros, mucho verdor, montes de flores, excelente agua, cosas que Lisboa no tiene, y, á la vez, aquel acogimiento franco y antiguo en que tanto se distinguen todavía nuestros provincianos. Hace bien de ensanchar de cuando en cuando el alma, descansando de los amanerados atavíos de las ciudades. Es casi cierto que parto.

A la vuelta, ó iré con el tío ricacho, cediendo á la natural ambición de ver mundo, ó—hipótesis más plausible—no iré, acatando mi rígido orgullo de pobre y lanzándome, desde luego, á la literatura por el camino escabroso que conduce á la gloria. No te rías. Siento latir en mí la vocación literaria, sobre todo para el teatro. ¡Oh, el teatro! ¡Si te dijera que sueño muchas veces con el triunfo hipotético de mis piezas! Hace días me representaba en un palco, agradeciendo aplausos delirantes y recogiendo flores que las muchachas bonitas me ti-



raban..... Desperté, tropezando mis ojos con el simple de mi José Miguel, que entraba en el cuarto con el agua caliente..... ¡Terrible despertar!

Pero, en serio, tengo un asunto espléndido para drama. Voy á intentarlo.

Escríbeme siempre.

Tuyo,

HUGO.

\*  
\*  
\*

A HUGO SANTA ANA

LISBOA.

Paris, Agosto de 188...

Desventurado amigo: No te diré el lacrimoso *requiescat in pace* sin intentar una vez más salvarte de tí mismo.

Espero que aun sea tiempo. Ese romanticismo que te envenena la sangre es la dolencia más nefasta del mundo.

Pero hablemos primero de las cosas serias, positivas.

En dos tarjetas postales, escritas con días de intervalo, te avisé de que iba á vacar en el *Crédit* una plaza igual á la mía.

Pedía en ellas tu presencia sin demora. No apareces ni respondes. Estoy desesperado.

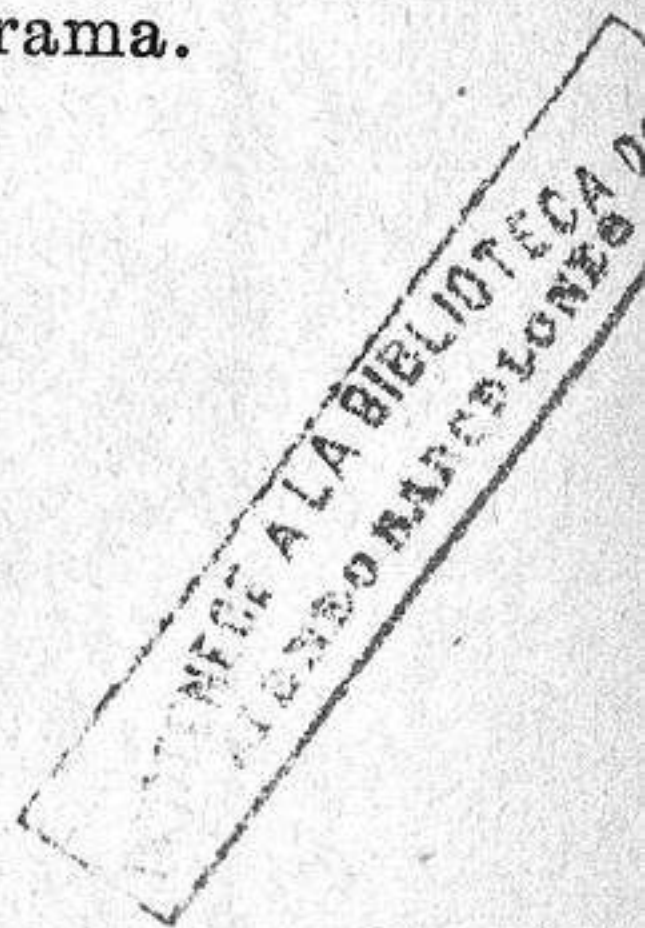
Tengo todas las facilidades para recomendarte, y creo que los directores atenderían mi petición. Pero era indispensable que te vieses, que aparecieses. Con estas demoras te arriesgas mucho á perder una espléndida ocasión de *porvenir*. Tarde se te ofrecerá otra semejante. ¡Qué curiosa es la vida!

Otro cualquiera, en tu caso, correría. Tú te paras.

¡Vivir en París! ¿No es este el sueño irrealizado de tantos?

Fijarte en la cuestión de aptitudes es una puerilidad. Esos escrúpulos ingenuos no dejan de sentar bien creando una cierta aureola de inocencia; pero en la vida real entorpecen mucho, créelo. El sentido práctico y la práctica sensata mandan arreglar, primero el empleo, y tratar después de la capacidad. Es la manera segura de no perder el tiempo.

E. M.—Julio 1900.



Tú estás habilitadísimo para las cuentas del *Crédit*, créelo. Y además, considera que también esa tendencia literaria que dices ir medrando en tí no haría sino ganar con tu inmediato trasplante á este medio.

Aquí, en las horas destinadas por los herejes como yo á la haraganería ó al placer, tú podías libremente cultivar tu musa, fortalecida por el ambiente, en una florecencia exuberante, artísticamente moderna, que nunca podrá lograr en esa mezquina estufa de Lisboa.

¡Te vanaglorías del progreso intelectual de tus gomosos! Es una apreciación patriotera. Yo también considero unas santas personas á esos mis compatricios. Pero... *cuique suum*. ¿Y es eso vida intelectual, sin independencia, sin orientación estética, sin nada?

Se escriben ahí más libros, dices. ¿Qué importa, si nadie los lee?

Se critica más, afirmas. Bien lo sé. La crítica en nuestro país es un proceso funambulesco, mediante el cual las nulidades crasas se confieren dignidad de árbitros en las más delicadas cuestiones de arte, que ignoran profundamente. La palabra de esos críticos farsantes no ilustra; enoja y ni siquiera divierte.

Hablas del teatro. Pero... ¡qué diablo!... el teatro, ese escollo donde han zozobrado tantos talentos de primera plana, apenas tolera dos géneros: la torpeza, de levita ó en camisa, —escuela Alejandro Dumas (hijo)—modernizada ó quintaesenciada, ó esa otra complicada ficción ultramoderna, cerebros en desequilibrio, visiones espectrales, actitudes y expresiones vesiánicas á lo Ibsen, á lo Stindberg, á lo Hauptmann, á lo Bjömson, talentos, por lo demás, que yo admiro mucho, tal vez porque soy un decadente.

Pero tú, Hugo amigo, ¿tendrás armadura que resista cualquiera de estos sistemas? Perdona, pero dudo.

Tú, inflado de clasicismo, contaminado hasta la médula por la poesía de los cercados que te lleva á pasar las vacacio-

nes *sub tegmine fagi* con las primas provincianas de la quinta del Juncal!

Tú, que por esa digresión bucólico-sentimental dejas de partir con los brazos abiertos para la señorial mansión de Lord Robert Duff, el acaudalado tío de Regent'Park!...

Infortunado Hugo, estoy viéndote, cándido, abrazado á tu manuscrito, el corazón con un temblor devoto, yendo en consulta á las empresas de los teatros portugueses.

Todas hallaron óptimo lo que escribiste, y en tesis cortés incensaron tu ingenio ideal; pero detrás han de reirse de tí, de tus viejas y honestas supersticiones. Si viene á cuento, te llamarán retóricamente hijo de los grandes maestros, invocarán con respeto las memorias de Racine, de Corneille, de Shakespeare, de Garret... Pero—no se olvidarán de agregar después—el público, el caprichoso público les priva de intentar la interpretación de cualquier pieza que no traiga el sello moderno que la torna viable.

Y la verdad es que el público sólo quiere prestar oídos á las dos notas estridentes, hoy predilectas tuyas: la nota literario-patológica, que atribuye á la vida una crisis de descerebración completa; y la nota innoble, sucia, confiriendo al hombre la subversión total del carácter por la torpe animalidad.

Eres sincero y romántico en demasía para meterte precipitadamente por cualquiera de esos caminos, como hacen tantos—acá y allá—con una fatuidad grosera, sin convicción, sin conciencia, sin dignidad, remedando grotescamente á los geniales maestros del nuevo arte.

Por todo ello auguro una carrera de hambre á tu carrera literaria. Eres también pacífico, modesto, cualidades negativas en la actual *struggle for ang thing*.

Te falta *pose*, empaque, atrevimiento. Te enorgulleces de hablar sin galicismos, y no te resignas á usar monóculo. Riéndote, no llegas á evidenciar el *quantum satis*, tomando siempre en serio esta farsa de la vida.

Todo esto te hace mucho mal. Serás sempiternamente el literato de pantalón con rodilleras, chaleco gastado y mucha grasa en el alá del sombrero. ¡Una vida abominable!

Decídetete por el *Crédit*, hombre. Deslígate del idílico lazo de las primas del *Juncal*, que no te hará progresar. Que piensen ellas de tí lo que quieran, y tú parte cuanto antes.

¡Oh grandísimo bruto! ¡teniendo un tío millonario, que te paga viaje y te llama cariñosamente á sus brazos, vacilas y te paras, como un *baby*! Decididamente, no eres hombre del siglo.

Los respetabilísimos profesores del *Superior*, te dieron sánscrito de más y sentido común de menos.

¡Ni siquiera dices si Lord Duff tiene descendencia femenina! una solución espléndida en las dificultades de tu existencia corriente.

Piénsalo y resuelve presto. Y, sobre todo, ven ó responde.  
Tuyo,

ENRIQUE.

\*  
\* \*

## A ENRIQUE VELLOSO

PARÍS.

Lisboa, Agosto.

Querido Enrique: Tienes razón á espuertas. Mi silencio debe haberte parecido brutal.

Toda la culpa fue de mi José Miguel, que se olvidó de mandarme la correspondencia durante los quince días de mi visita á la prima Doña Feliciano, del *Juncal*.

¡Es ideal mi *ménaje*! No hay como un criado antiguo para reducirnos á la obediencia y al desarreglo. Quien da aquí ciento y raya en todo es él. Y todavía..... *ipourou que céla dure!*.....

Llegué de Villa Verde hoy por la noche. Aquí encontré las dos postales y la carta última, en que se me aparece siempre

tu *Delenda Carthago*. Deja correr su destino á la plaza del *Crédit*. Decididamente soy incapaz de ponerme á un empleo que me repugna por varias causas.

Ese torbellino de París no me atrae ahora. Estoy, efectivamente, atravesando una crisis bucólico-contemplativa. Estos quince días pasados en la provincia me han producido la sensación de un gran refrigerio espiritual.

Sería muy feliz quien, dotado de fuertes cualidades sensitivas, se contentase *siempre* con una vida así, en perpetuo contacto con la naturaleza, libre de ambiciones estúpidas, de feroces egoísmos, de helados fingimientos, vida en que las mayores conmociones fuesen los accidentes de la atmósfera y los pequeños sucesos de la familia. Lo que llamamos civilización nos obliga á huir de la naturaleza, tal vez de la felicidad.

He sentido esto intensamente en los quince días que pasé ahora en el campo, en medio del aire vivo y puro, en convivencia íntima con los vegetales.

Voy á describirte en pocas palabras el escenario y los personajes de mayor bulto. Vastísima propiedad, completamente aprovechada. Por todas partes, macizos de flores entremezclándose con todos los géneros productivos que aquí se cultivan: vino, aceite, naranjas, pastos, etc. No ves un pedazo de tierra que puedas llamar propiamente *el jardín*; pero estás siempre rodeado de flores y plantas decorativas. Se hermanan así muy bien lo bello y lo útil. Hay en este ambiente una estética particular que nos invade y encanta. No creas, sin embargo, que moran aquí la inacción y el silencio, apenas cortado por el cantar de los pájaros. El trabajo que la tierra pide para producir es enorme. Baste decirte que la Quinta del *Juncal* lanza abundantemente al comercio vino, aceite, naranjas, manteca, hortalizas; un tráfigo incesante todo el año.

¿Y sabes quién dirige todo, alma, siempre presente, de esta feracísima propiedad? La propia dueña, á pesar de que debe andar ya muy cerca de los sesenta. Es prodigiosa la energía de esta mujer. ¡Y todavía hay quien pretende que las mujeres

no tienen sentido de gobierno! ¡En esta doña Feliciana Montaña hay un modelo del género!

Es completamente iletrada. Ejemplo de su lenguaje es una orden que ayer mismo le oí dar á un grupo de trabajadores: ¡*Eh! vayan ustés á proguntar*, etc. ¿Qué tal? Pone los pelos de punta.

Pero en compensación, la prima doña Feliciana está dotada de cualidades que es costumbre considerar varoniles, y que han sostenido en excelente pie la casa desde la precoz viudez que la dejó señora absoluta de todos sus dominios. No es menos de estimar la gran dosis que patentiza de aquella honradez antigua que adorna todavía al provinciano puro, y la franca índole hospitalaria que nos pone completamente á voluntad, libres del menor embarazo, llegando á sentir dentro de aquella casa, poco antes extraña, las delicias incomparables del *home*. Un verdadero ideal para suegra, ¿sabes?

Personaje inmediato en importancia: voy á ver si te presento ahora á la prima Genoveva Montaña, un originalísimo tipo de muchacha de veinte y no sé cuantos años.

Delante de este epíteto de *originalísima*, aplicado á una sencilla é ingenua provinciana del término de Villa Verde en Portugal, veo desde aquí, querido Enrique, apuntar tu sonrisa despreciativa y escéptica. Pues, viejo mío, aunque te pese, es *originalísima*. Y es que á veces la naturaleza produce espontáneamente caprichosos compuestos, más difíciles de interpretar que los engendros artificiosos de la civilización.

Esbelta, físicamente muy interesante, lo que impresiona más aún en la prima Genoveva, del *Juncal*, impregnada de un fuerte tono de distinción nativa, es cierto aire enigmático, incoherente, hasta diré paradójico, en el cual, á la par de una infantil sencillez que encanta y subyuga, aparece una persistente ironía, con dejos de pedantismo, que inquieta y repele. En los primeros días de convivencia con este mito, te lo confieso, corrí el riesgo de apasionarme ingenuamente. Me salvó la expresión irónica con que siempre exabrupto me enfriaba ella en los momentos de mayor peligro.

En el proceso, no siempre seguro, de las interpretaciones gratuitas, comencé luego á atribuir tal sonrisa á fatuidades de la riqueza, todavía más manifiestas en presencia del primo pobretón.

La gente muy rica tiene seguramente una manera muy original de considerar á nosotros los desheredados.

En el menosprecio de esas ollas de dinero, irá muchas veces una insolente apreciación de inferioridad y servilismo, que no tolero.

Es natural y probable que todos los jóvenes de las familias del concejo hayan hecho á la gentil Genoveva Montaña la corte más asidua y más sumisa. Tal vez juzgó ella que mi visita á sus dominios no pasaba de una de tantas embestidas como se habrán dirigido á su ópimo dote. De aquí, ironías subrayadas, desprecios mal encubiertos..... y — consecuencia lógica—mi vuelta adelantada á Lisboa, resistiendo á las amistosas sollicitaciones de la prima doña Feliciano, que vive y vivirá siempre en la más absoluta ignorancia de todo lo que no sean sus hortalizas, sus bichos y sus labranzas.

Estarás pensando para tu capote que la primita Genoveva no vale la complicación y trascendencia de mis pensamientos con respecto á ella. El *parisiennismo* agudo porfiará por hacererte ver este retoño de mi familia materna como un dote apreciable y nada más. ¡Puro estrabismo!

Esta y su hermana Laura quedaron muy pequeñas sin padre. Comprendiendo por instinto que tenía de puertas adentro una grave tarea que no podía desempeñar por completo, la prima doña Feliciano tuvo un gran pensamiento: importó una inglesa, que vivió aquí algunos años, ilustrando á las dos herederas con el pulimento de una instrucción que—con sorpresa lo noté—no ha tenido nada de superficial.

Laura, la más vieja, casó hace años con Antero Moreira, empleado del Ministerio de Estado y actualmente secretario particular de este Ministro. Por lo que oí, viven bien en Lisboa, donde la prima pasó ya un invierno con la hermana para

iniciarse, según la madre declaró en términos más ó menos pintorescos, que no he retenido, en los secretos de la vida elegante.

No parece que del aprendizaje le quedase la impresión más grata, porque no ha vuelto á Lisboa, á pesar—según también la madre informa—de las repetidas instancias de la otra, que rara vez va al *Juncal*, por detestar la provincia.

En las habitaciones de la prima Genoveva hay una biblioteca muy regular y una constante circulación de revistas francesas é inglesas, dando buena cuenta de todo lo que pasa por el mundo. Por eso no me sentí fuera de Europa mientras he permanecido en el *Juncal*.

Espero haberte convencido ahora de que la prima Genoveva, hasta intelectualmente, no es tan *despicienda* como todo eso, y vale por lo menos el cuidado de no dejarnos pisar por sus dorados zapatitos.

A pesar de esta preocupación molesta, reconozco que he pasado en el *Juncal* quince días de los más deliciosos de mi vida, y estoy en volver allá para presenciar las faenas de la vendimia, suceso de trascendental importancia para la buena doña Feliciano. ¡Son realmente sugestivas, interesantísimas estas escenas de la vida agrícola!

Visita á Lord Duff, indefinidamente aplazada por ahora.

Voy á darme todo á la ambición literaria. Tengo enfocados dos asuntos espléndidos: uno para drama, otro para novela. Para comenzar sólo me queda *l'embaras du choix*.

Hay quien á un tiempo compone obras heterogéneas. Yo sólo entiendo el trabajo en el que todas nuestras facultades vibran en concierto unísono.

Antes de partir para Villa Verde me tenían ofrecida colaboración en un periódico. Estoy tentado á aceptar. Es ganancia cierta; debe convenirme, ¿no te parece? También me será agradable tener siempre una puerta abierta por donde, de cuando en cuando, salga á parlamentar con el público.

Me olvidaba de satisfacerte una curiosidad: existe, efecti-



vamente, una hija, heredera única de Lord Duff. Pero este juvenil retoño del tronco británico de mi familia, en nada puede contribuir á la solución de mis dificultades en la vida material. Tuve siempre el mayor horror á la falsísima posición en que se coloca el hombre á quien la mezquina ambición del dinero llevó al matrimonio. El *ausi sacra fames* nunca fue, ni será, mi mote favorito. Librarme de Villa Verde para caer en Regents's Park, en cualquiera de las hipótesis, esclavizado por cadenas de oro, sería reeditar el triste caso de Escila y Caribdis. Aunque en los bordes del Támesis correría siempre menos riesgo de prevaricación de los buenos principios. Es innato en mí preferir á las rubias... todas las otras.

¿Y tú, decididamente, no piensas en venir á Lisboa?  
Escribe en serio y créeme siempre  
Tuyo de corazón,

HUGO.

\*  
\* \*

Á HUGO SANTA ANA

LISBOA.

París, Agosto.

Amigo Hugo: Termina á fin de mes el plazo del concurso. Decididamente ¿no? Mal harás.

*Ab mio pectore* te considero cautivado por la prima del *Juncal*. Yo, en tu caso, juzgo que intentaría siempre antes la prima del Támesis. ¡Horizonte más despejado! ¡Programa de vida más intensa!

Veo que profesas, á la portuguesa, el desprecio del kilométrico pie londinense. ¡Qué tontería! La inglesa es la mujer más deliciosa del mundo.

*Errare humanum est*. Mide bien tus pasos. Uno solo que demos impensadamente decide muchas veces, despótico, de nuestro destino.

Tu amigo,

ENRIQUE.

\*  
\* \*

## A ENRIQUE VELLOSO

PARÍS.

Lisboa, Agosto.

*Fidus Achates.**Quod scripsi, scripsi.* Sigo las letras.

Resolví comenzar por la novela. Tengo ya tres capítulos.

HUGO.

\*  
\* \*  
\*

## A LAURA MOREIRA

LISBOA.

Juncal, Agosto.

Querida Laura: Ahí te va hoy la gran carta que ando prometiendo ha tantos días.

Quéjaste de mi falta de confianza para contigo, y con este pretexto insinúas chanzas un tanto pesadas, á propósito de nuestro huésped.

Te participo que ya va el tal primo Hugo camino de Lisboa.

No te rías. Me sentía agobiada. Esta obligación impuesta por mamá de divertir al primo literato con el pequeño caudal de conocimientos generales que nos dió la pobre Miss Dellaney, era para mí una pesadez. Por más que hacía, estoy cierta de que quedaba siempre muy *provinciana*. Estos señores de la ciudad deben observarnos con unos anteojos terribles. La ignorancia de la última modalidad del *chic* en las relaciones mundanas ha de llevarnos á cometer altos delitos en el clásico *snobismo* de Thackeray.

Habitados á un vivir en que todo es artificio y conveni-  
ción, nos ven, á través de nuestra sencillez campesina, como unos animalillos rudimentarios sin importancia.

A veces, conversando con el primo Hugo, veníame de repente este pensamiento como viene una tortura. Y me entra-  
ba en seguida un deseo de tratarlo desabridamente, de molestarlo, de hacerle entender que también una provinciana puede

sentir el mayor desprecio por las costumbres amaneradas de la vanidosa civilización. Y de ahí un creciente deseo de verlo partir, de terminar aquella situación forzada, de no importunarme con sus apreciaciones favorables ó desfavorables.

El primo Hugo merece, debo confesarlo, el calificativo de simpático. Es instruído, tiene buenas maneras, á veces hasta tiene una expresión de ingenua bondad. A pesar de todo eso, la impresión de su ausencia es para mí de alivio; cierto desahogo como supongo deben sentir los actores dramáticos cuando, terminado el espectáculo, se encuentran otra vez en posesión de su naturaleza, libres de un papel opresivo que les pesaba como verdadera armadura de hierro.

¡Luchar para no parecer provinciana á los ojos perspicaces de los primos repletos de civilización fin de siglo! ¡Ingrato y estéril esfuerzo!

No te imaginas cómo aprecié hoy mi paseo matinal por la quinta, y después por entre las viñas llenas de rocío, hasta abajo en el valle. Mientras estuvo aquí el primo Hugo, nunca salí de mañana. También él acostumbraba á pasear antes del almuerzo. Si nos encontrábamos, tenía que habérmelas, desde que salía el sol, con todos los nombres antiguos y modernos que no me son extraños en literatura, ó decir paradojas y disparates, por la irreprimible necesidad de hacer la oposición al primo Hugo. Ninguna de las hipótesis era divertida.

Por fin, ¡qué bueno es estar sola! ¡Adoro la calma, el reposo de la soledad! Esta mañana, sentada allí abajo al pie de la aceña, al sentir correr el agua y piar los pajaritos tan graciosos, hasta lloré; ¡lágrimas tan buenas, tan consoladoras! Hasta un burrito nuevo, que, lejos, la madre amamantaba y rascaba con amor, me enterneció.

¡Podría decir de qué provenían aquellas lágrimas, de qué nacían!

Sentíame feliz allí, en contacto íntimo con la naturaleza de Dios, en una vibración suave, calmante y completa de todo mi sér. ¡Es tan bueno llorar así! ¡Si tú supieras! Es verdad

que hay mucha melancolía en estas lágrimas; parece á veces que en ellas se diluyen nuestras mejores ilusiones de la vida, sonrosadas quimeras construídas á los quince años, que nos mostraban el mundo como un vasto paraíso. El corazón, destilándolas, siente una indefinida *saudade* aguda. Pero al mismo tiempo es suave esta melancolía en que, descreídos ya de las promesas fascinadoras, nos volvemos hacia la naturaleza sencilla, pidiendo á la amenidad de las cosas vegetativas una pacificación espiritual que sólo en ella existe.

Iba cayendo en *hacer estilo*. Ten paciencia. Me encuentro hoy en aquella disposición en que es absolutamente preciso á nuestro espíritu la confianza.

Pasemos adelante.

¿Sabes que mamá me declara hoy, á cada momento, que el primo Hugo nos hace muchísima falta? Ha quedado enteramente catequizada, gracias á los inacabables *solos* sobre asuntos agrícolas que el primo tuvo el valor de soportar con el mayor denuedo. Mostrábase interesadísimo, sin desconcertarse nunca en este papel. Un prodigio de *savoir vivre*.

No te imaginas hasta qué punto se enfadó hoy cuando le declaré que la ausencia de un huésped me da siempre alivio y sosiego.

Laura mía, por quien eres, procura retardar esa visita de tu Vizconde de Sendim da Beira.

Mamá, en su predilección por todos los huéspedes que tú le recomiendas y remites, ya está en el aire. ¡Los preparativos que por aquí se hacen!...

Felizmente, dices que serán sólo tres días. Pero, Laura, por piedad, un compás de espera. Es preciso descansar antes de entrar otra vez en escena. Sin esto, recibiré detestablemente á tu recomendado.

Vé si me dices alguna cosa más respecto de ese señor. ¿En qué se le habla? ¿Cuáles son sus gustos? ¿La especialidad que cultiva?

¿Política? ¿Ciencia? ¿Musas? ¿Música? ¿Ociosidad...? Es importantísimo para mí saber esto.

¿Y vosotros, decididamente no venís, para estar aquí unos días antes de la partida para Cintra? Desde que Antero es secretario, estais mucho más alejados. Nunca juzgué que había de desear tanto la caída de un Ministerio.

¡Es verdad.....! Me olvidaba. El primo Hugo prometió ir á visitarte. Tal vez le conozcas de vista. Va, según dice, muy poco á sociedad. Mamá te recomienda, y á Antero, *que le tratéis bien*. Mira que la recomendación es de ella. El primo Hugo es su último entusiasmo.

Pierde esa idea de que vayamos á Cintra. ¿Y la vendimia? ¡Salir de aquí mamá en este tiempo!

Dices que en esta soledad he de aburrirme enormemente. No; nunca me desagradó esto menos. Me gustaría estar aquí en vuestra compañía, eso sí. En Lisboa ó en Cintra, no llega á quedarte tiempo para mí. Y la cháchara de tus amigos, francamente, no me divierte. En medio de esa gente artificial es donde me siento sola. No sé si comprenderás.

Creo que mamá piensa hoy escribirte; pero, como siempre, anda por la quinta con los trabajadores. Es probable que mi carta no tenga compañera.

Envía telegrama anunciando al Vizconde.

Para tí y Antero un abrazo de vuestra

GENOVEVA.

\* \* \*

A LAURA MOREIRA

LISBOA.

Juncal, agosto.

Rica ija mia del corazon: Te rremito estas cortas lineas en la carta de tu ermana.

Yo gracias adios boy tirando; tu ermana es la que anda bastante ruin. La comida que come es poca y la vida que yeba también no es pa lograr saluz. Por mas que me digan de modernerias siempre me quedo con la mia.

Y es que no ay pa una persona andar tiesa como el aire libre y buena comida. La gente, si vamos a tener miedo de chamuscar la piel, nos volvemos plantas de estufa. En biniendo cualquier airecillo, da luego en tierra.

Yo bien lo canto; pero los nuebos de aora lo que no quieren es andar por las cartillas antiguas. Por eso tanta gente nueva que bale mas camina pa el hoyo sin saberse como ni el porque.

Despues todo es andar á bueltas con la letura. Estas leturas entoavía an de dar cabo de ella. Y despues, la falta de comer tambien es una grandisima falta. Una persona bive de lo que come. Aun que no aiga boluntaz, siempre la jente debe acer por tenerla.

Yo aqui con esto me consumo, de ber á tu ermana la cara amariya que tiene.

Be tu si deai la conbences de que tome la leche de burras, que toavia es de las mejores medecinas quai. Nuestra *Russa* tiene aora una cria y tiene leche pa que se arte.

Quien á mi me metiese en casa con las leturas á bueltas luego me daba cabo de los guesos. Lo que á mi me tiene valido mucho es bivar asi al sol y ala yubia. Me lo se yo! Y buestro padre que Dios tenga era lo mismo. Siempre la tierra fué la distracion del.

A mi dios me mate de pie. Tengo dias que ni me asiento a no ser pa las comidas.

Se lebanta el sol, se pone el sol, siempre ai que lidiar en una casa, bendito seha dios.

Quien quie trabajar sienpre topa onde.

Esta semana, senbré reseda, enjerte rosales acode clavos; y tambien se cojieron simientes y se corto el cespel. Ayer fue pa enjertar de escudo de boton durmiente en algunos rosales y tambien pa las podas bibas á otras que lo precisaban. Bernardo diz quen otoño ande florecer munchas de las tales que mandastes, nunca macuerdo del nombre de las condenas de las rosas.

La guerta este mes tamien es cansa con los riegos. Sea de regar todo por preceto por mañana y noche; despues ai muncho que escardar. Antiayer andamos arrancando patata. Ayer truje unos pocos de onbres pa cojer las simientes tan grande de las abas y de los guisantes como de las azanorias y de las coles. Y oy se senbraron rabanos lechugas chicorias espinacas nabos y diablos.

Emos tenido fresas que es una bendicion. Queria ber si entoavia te mandaba pa ai algunas. Ai pocas, pero encuanto a cualida de comer pedir más seria golleria. Se derriten en la boca lo mismo que turrone de azucar. Ija mía, no sé si la Genoveva te da parte de que el primo Hugo ya se marchó. El ira ai azerte visita. A ora ustes beran como lo rreciben. El es persona de muncha estimacion. Me paece que a el le gusta de estar por aca, que tu ermana, por eso franquezas no las acia. Nunca toavia vi un espiritu asi! mas contrario a ciertas finuras.

No se de donde le bino esto. Buestro padre bien amigo era de tener huespedes, binieran de donde biniesen. Y es como debe ser. Mi madre, y con mas que eramos siete siempre asi nos educo. Y mas pa mi, por que este es pariente. Alla una tema que ella tomo.

Ni yo se como el prometio tornar aquí pa la vendimia. Yo solamente queria que esta muchacha me perdiese aquellos modos. Soberbia no lo es, que a la gente baja es a quien ella mas se umilla.

Buen pago le ban adar! Mis pecados!

¿Yel tal señor bizconde cuando llegará aca? Los cuartos esos ya estan prontos del todo. Tambien ayer andube con los ojos en eso, que aqui la gente de serbir en dandola suelta no hace sino burradas. Seria bueno que tu pusieras paca un parte, luego que supieses de cierto el dia, por causa de la comida. Sienpre tengo de poner algun plato demas, que esas bocas finas de la corte no se contentan con judias secas.

Escucha, Anacleto te manda muchos rrecuerdos y mas

Maria de las Calabazas. José Travauciñu tambien me pidio que te diera espresiones. ¡Probecillo! Tiene la mujer casi ida con una tisis.

En el pueblo siempre todos preguntan por tí. Fortunato esta todo disgustao por causa de que a su mozo le toco la suerte. Ve si Antero pue acer ai algo. Quien llevo un par de cozes en la cara que la tubo como un pan fue el chico de la Josefina. Estubo mas de cinco semanas en el ospital. Le dio una fiebre que se lo iba comiendo. Toavia esta a sopicaldos. Pero el la berda es que se metio debajo de los pies de la bestia. ¡Baliente animal! Quien tambien se va pael Brasil es Procopio. La mujer se izo una cabra. El aora lo que quiere es irse de aqui pa fuera, que ella le dejo y se fue a bivar pa el pueblo que es mismamente una lastima.

Mira aber si tu me mandas un poquito de te negro de lo mejor. Y tambien tal vez no fuese malo que viniese una pizca del verde. El, el vizconde de cual tomará? El té que se vende en el pueblo es una grandisima porquería.

La manteca aora a salido escelente, no las encontrado?

Adios, ija, Dios te de saluz y a tu marido. ¿Fuma mucho entoavia? Eso dicen que no conbiene, que enbenena. La Maria Romana te manda rrecuerdos y la Escolástica tambien. Tubo aora otro ijo. No lo quería bautizar. Bestias! Es pa darles con un bergajo. Tu ermana andubo metida en el ajo con sus dulzuras. Pa eso con un garrote es con lo que debia conbencerse los. ¡Canalla! Adios, rrica mia. Memorias a Antero.

De tu madre que te estima mucho

FELICIANA.

Ellos en tratandolos con palabritas dulces, aun abusan mas. A cierta gentuza ai que tratarla como a las bestias.

FELICIANA.

\*  
\* \*



## A GENOVEVA MONTAÑA

JUNCAL.—VILLA VERDE.

Lisboa, Agosto.

Mi querida Genoveva:

Tienes razón. Yo no *diquelo* nada de ese estado de alma que me revela tu carta. Lo que me ha parecido siempre es que la vida de aislamiento que llevas acabará por alterarte la salud y hasta el espíritu..... Eso debe ser malo para todo.

Que mamá viva enterrada en el *Juncal*, pase. Nació hija de labradores, crióse en eso, no puede desear otra cosa. ¡Pero tú, que entiendes de agricultura tanto como yo! Y además, con ese decaimiento melancólico y soñador, envejecerás; vas á quedarte en los huesos.

Deseo mucho, mucho, que te vengas ahora conmigo á Cintra. La poesía alpina de las serranías parece mucho mejor, condimentada con la nota alegre que derramó por ella nuestra sociedad elegante, hasta que se desbanda para Cascaes.

Nosotros tenemos intención de estar allá hasta mediados de Setiembre.

Después, aprovecharemos en Cascaes el *chalet* de un amigo de Antero que vendrá aquí este año. No debe perderse.

Te haría mucho bien esta corta *villegiatura*; te daría alma nueva.

Para mí, estar con mucha gente es la vida. Faltándome esta animación, me falta todo.

Deja ahí á mamá hacer sola los honores de la vendimia al ilustre primo Hugo, y ven á ayudarme en las tareas de Cintra.

No extrañes el término. La vida es siempre una tarea; ¿no es eso.....? ¡Pero una tarea divertida!

Antero tiene que venir todos los días á Lisboa; y no siempre vuelve á comer á Cintra. En los días en que lo hace, llega tan aplanado por el calor, que quiere acostarse en seguida, y nunca me acompaña á ninguna parte. El, pobrecillo, es condesciente y no se opone á que yo vaya á todas partes. Pero

E. M.—Julio 1900.

mi suegra—á causa de las conveniencias, dice ella—es la que se permite hacerme de cuando en cuando algunas observaciones fastidiosas. Ahora, teniendo conmigo á mi hermanita soltera, con obligación de presentarla, de divertirla, Antero no me haría siquiera esos leves reparos que me hace, ni mi suegra encontraría pretexto para cuidarse tanto de las conveniencias, fastidiándome. Te digo esto así, con toda franqueza, para convencerte de que puedes prestarme aquí grandes servicios, aparte del placer de tu compañía, *ça va sans dire*.

A veces, cuando paso la noche fuera, me cuesta trabajo dejar á Antero solo en casa. ¿Pero él también, por qué no hace alguna vez el sacrificio de acompañarme? Es ser egoísta. Yo creo que todos los hombres son egoístas; y eso que Antero es quizás de lo mejorcito.

Quedarme en casa para bostezar una velada entera, confieso que me cuesta. Leer ó bordar al pie de un quinquó, con este calor, es una grandísima tontería. ¡Cuán preferible no es el aire fresquísimo de fuera, con la sal de sus *cancans*, que tanto divierten! Además, aquella bobada es inofensiva.... Inofensiva, sí, santa Genoveva mía. Sin exceso de escrúpulos, se dicen liviandades, convengo en ello; pero todo pasa, se olvida pronto, como hojas secas que el viento llevase.

¡Cómo me divierto con todo esto! Quiero absolutamente que vengas. Verás cómo te diviertes entre Pena, Seteaes y Víctor. ¡La vida es tan corta! ¡La juventud pasa tan deprisa! Si no lo aprovechamos todo cuando es tiempo, ¿de qué nos sirve haber vivido? Este año Cintra está *au grand complet*. El Vizconde de Sendim da Beira me aseguró ya que, para fin de mes, sería de los nuestros. Va ahora al Norte sólo por causas de asuntos agrícolas; no se detendrá mucho. Creo que Sendim da Beira está para el Miño ó Traz-os-Montes... Pero no... ¡qué tontería!... Debe ser en la misma Beira.

Estoy muerta por saber la impresión que te hará el Vizconde. De seguro que él no pára ahí más de tres días; pero... con eso basta para atizar un incendio. No te rías. Mira que

tengo gran empeño en esta visita del Vizconde. Las bellas lo traen siempre en palmas. Este invierno se contaron tres muchachas de la *high-life* apasionadas por él. Llámanle por ahí voluble. Probablemente no encontró todavía quien de veras le supiese coger. ¡Si hicieses tú el milagro! Confieso que me pondría radiante. Debía tal vez dejarte la sorpresa. Pero no resisto á la tentación de describirte á grandes trazos al Vizconde. Quizás feo, pero fisonomía insinuante; ni alto ni bajo; aire presuntuoso de suyo, que le cae bien; hasta lo último en la *toilette*, á cualquier hora que le veas; monóculo siempre en ristre, con cierta *pose* petulante que enloquece á las mujeres... Aquí tienes, en la apariencia, *mi hombre*, ó por mejor decir, *el tuyo*.

¿Quieres saber ahora de qué has de hablarle? De todo. El Vizconde es enciclopédico. Puedes variar los asuntos desde el último libro al último figurín, desde el último invento de Edison hasta la más reciente innovación musical; lo encontrarás siempre al día.

Apostaría que piensa en casarse. Tiene reputación de rico. Ha de ambicionar las comodidades de familia, ahora que ya traspone el período más inquieto de la juventud. Calculo que todavía no tiene los cuarenta años.

Entre paréntesis y confidencialmente—el *empressement* con que aprobó mi proyecto de que, á su paso para el Norte, fuese ahora á conocer á mamá, me hace creer que el Vizconde siente ya una puntita de curiosidad por cierta flor de campo, recatadamente escondida entre el follaje espeso, oculta por completo á ojos civilizados. ¿Por qué admirarse? ¡si yo le hablo siempre de esa planta exótica de mis afectos á él y á todos!

No lloves el caso á mal. Siempre tuve la manía de que este Vizconde, tan de nuestra casa, vendría á ser tratado en ella por el simple nombre de bautismo, Ruy, ¿te gusta?

Aquel invierno que pasaste en Lisboa me cargó enormemente que estuviera él entonces en París. Si os hubieseis encontrado entonces, tal vez se habría realizado ya mi sueño. No

hay como poner la lumbre al pie de la estopa para atizar la llama.

Dices que tengo la manía casamentera. ¡Vaya si la tengo! ¡Nuestra vida, mientras somos solteras, es de una insipidez! No nos divertimos nada. Con el casamiento terminan todas las dificultades. Gózase entonces de la vida. Siéntese lo bueno que es tener juventud. Las mujeres deben casarse.

Además, como no tengo hijos, no ambiciono en ti, para ellos, una tía celibataria, la más consagrada de las tías. Te quiero de preferencia casada con un bueno é inteligente muchacho que, sin fastidiarte mucho, te lleve á abandonar de buen grado esa detestable y antihigiénica vida que haces en la Quinta.

Si lo supiese la mamá, tal vez no me perdonase esta conspiración que solapadamente ando tejiendo. Pero... que tenga santa paciencia. Bien dispuesta como está, con los excelentes criados antiguos que tiene, puede pasarse perfectamente sin ti en el *Juncal*. Para mí, esta es la gran cuestión de tu futuro. Si te viese aquí dirigiendo alegremente un *cotillón* ó revoloteando locamente en un vals, me daría incomparablemente más placer del que ahora siento cuando, al recogerme de madrugada de una *soirée*, me ocurre que estarás á esa hora *gozando* tu paseo matinal, llorando al pie de la aceña, oyendo correr el agua, gorjear los pájaros, etc., etc., etc.

Hermanita mía querida, dirás que soy muy imbécil; que debería, por el contrario, haberte ocultado mis planes respecto del Vizconde y dejarlo ir enteramente á la ventura. ¡Qué quieres! Tuve más fe en este procedimiento. Y, además, las mujeres son pésimas diplomáticas. Lo que quieren y lo que sienten se les viene siempre á la boca.

A mamá, ni pizca de todo esto. Le dirás simplemente que no dejaré de mandar el telegrama que desea, y que el Vizconde, como toda persona de gusto, toma té negro. Va hoy la provisión que ella me pidió.

Sería bueno que tu Hugo Santa Ana se despachase á hacer

la visita cuanto antes. Además, se arriesga á encontrar la casa cerrada. Huyo para la frescura de Cintra apenas Antero dé la voz de partida. Querría que fuese ya hoy.

No sé por qué, me está cargando este primo que ahora me sale del Curso Superior de Letras. ¿Presentiré en él un rival encapotado para mi pobre Vizconde? No te fíes de literatos. Es bueno estar á pie firme con esa gente. Traficando con sentimientos que ponen en letra redonda, bien pueden dejar de ser leales en la vida real. Yo encuentro que los escritores son una especie de actores.

Las contradicciones de que viene llena tu carta me dan algún sobresalto: gustar y no gustar del primo, sentir alivio con su partida y dar expansión á ese alivio en lágrimas lloradas junto á la aceña, etc., etc.; todo esto me parece alarmante.....

Mi querida Genoveva, el caso es muy serio. Si te sientes en peligro de sacrificarte á una novela ridículamente sentimental y sin porvenir, huye cuanto antes. Deja todo, mamá, aceña, soledades alpinas, arreboles de madrugada, burritos gentiles que las madres amamantan bucólicamente, y ven en seguida para Cintra á jugar al *tennis* y á dar hermosos paseos por la sierra, en las que yo montaré el caballo de Antero y tú uno de los del Vizconde, mientras él, jinete en otro, nos servirá de escudero, muy á su contento, quiero creer. En ellos te irá divirtiéndote el espíritu mordaz, verdaderamente parisiense, con que el Vizconde diseña los más intrincados casos de cierta sociedad bastante *plaquée* que por ahí se deja ver. Yo río siempre cuando tiene la palabra.

¿Sabes de lo que se ha hablado muchísimo este invierno? De una novela de Teresa R. con Ricardo V. El le hace una corte escandalosa en las propias narices del marido, que parece no darse por enterado. Ella, ya se ve, lo acoge; pero aseguro que sin la menor intención de pasar de un mero capricho de salón, de un sencillo é inocente galanteo. Teresa, después de todo, es una excelente muchacha. La sociedad, según costumbre, es la que va más lejos en sus juicios temerarios. Se cuen-

tan ya cosas graves; se murmura á más no poder. Por mucho que no se quiera tomar parte en la maledicencia general, no hay otro remedio que oír. Tomar una defensa acalorada, tiene sus peligros. ¿Sabes lo que á este respecto dice el baron de P.? Que toda mujer que sale calurosamente á defender á otra es, por lo menos, tan culpable como ella, y por eso procura *cultivar* la indulgencia social. ¿Qué tal encuentras esta teoría? ¿Te parece una enormidad? Pues estoy en que, para la mayoría de los casos, el barón habla con sabiduría.

Voy á escribir á mamá para convencerla de lo bien que te hará venir á estar con nosotros en Cintra. Ayudándome ella, tal vez se pueda vencer mejor esa tu obstinación bucólica.

¿Qué lees?

Antero me trajo hace días el último libro de Zola, *Au Bonheur des Dames*. Luego que lo acabe, te lo mando. Leí hoy más de la mitad; te ha de gustar. En lo descriptivo es cargante, pero no deja de tener algún interés, ¿sabes? Es de una inocencia angelical. Mme. de Witt y la condesa de Segur no le levan ventaja. *Ni la vertu va-t-elle se nicher!*... Bastante insípido, en fin...

También leí ahora *Madame Bowary*, de Flaubert. Me la prestó Luisita Antúnez. Es una novela interesantísima. Antero, al principio, no quería dejármela leer. Por fin cedió. Pobrecillo, siempre cede. Y el libro, realmente, no tiene nada muy malo. Peor mil veces es lo que oímos en el teatro, sobre todo en el teatro francés, como el invierno pasado. Allí sí que hay crudezas. Pero, después de cierta edad, esas cosas no hacen impresión. Pasados los veinte años, nuestra razón está formada.

Estaba avergonzada de no conocer á Flaubert, ¿sabes? Desde que es moda que las mujeres lean novelas, se pone una cara muy idiota cuando hay que confesar que no se leyó, por lo menos, una obra de cada novelista de fama.

Me apena tener tan poca memoria! Conozco muchachas que, sabiendo poquísimo, hacen un gran papel en los salones,

auxiliadas solamente por la memoria. Las Mendozas son de estas. ¡Y mira como todos las llaman espirituales!

¡Qué tamaño de carta! Cuando te escribo me olvido de todo.

¿Quieres que te mande la *Bowary*?

Dime francamente tu primera impresión del vizconde. Yo, por presentimiento, cuento con el *coup de fondee*.—Tu

LAURA.

¿Sabes que Mimi Fonseca se resolvió por fin á aceptar á Juan de M.? Parece que se casan á principio de invierno. La familia está radiante. El novio, riquísimo, como sabes. Antero dice que fue toda la vida un disipador de la peor especie, dado á actrices, etc. Pero los hombres sosiegan á veces con el casamiento. Tal vez lleguen á ser muy felices.

CAÏEL.

(Continuará.)

# DOMINACIÓN Y GUERRAS DE ESPAÑA

## EN LOS PAÍSES BAJOS

---

### MOTÍN DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS

Germinaba en el seno del ejército español la semilla de la rebeldía, cuya existencia dió á conocer el motín de Harlem. No destruída por completo allí, puesto que con harto trabajo pudo hacerse una parte del pagamento, y fomentada por las contemporizaciones á que obligaban los nuevos atrasos, otra vez manifestaba su resistencia en las calles de Amsterdam y en los arrabales de Utrech, sin que lograra concluir con ella el enérgico Duque de Alba, cuyo prestigio era tan grande entre los soldados. Ahora, el estado de cosas, con ser más grave, era también más difícil de dominar, porque, á favor de aquellas contemporizaciones, la indisciplina había tomado tales vuelos, que rayaba en el desenfreno, y para reducirla carecía el Comendador Requesens del ascendiente y de la energía del Duque, sobre hallarse tan aislado en el país como éste. Críticas muy duras se han hecho de esta falta de energía; pero quien recuerde la forma en que el Duque tuvo que huir de su alojamiento de Amsterdam, comprenderá que la situación del Comendador, con ser más apurada, no ofrecía mejores salidas. Sobre todo, el dilema planteado era muy grave, porque el ejército católico, indisciplinado ó no, era el



verdadero baluarte de nuestra dominación. Los elementos nacionales, aun obrando con sinceridad, no podían constituir una seria garantía, porque su tendencia principal iba encaminada á sacudir una tutela que les era odiosa. Por manera, que el Gobernador español hallábase colocado entre la sedición armada y la hostilidad más ó menos encubierta. Puesto en este dilema, Alba lo resolvía sacando del país, por la fuerza de las armas, los últimos recursos, por más que el país se hallara muy esquilado. Requesens, que era la personificación de una política de templanza, hallábase *atado de manos* para tomar resoluciones que, sobre ser extrañas, no estaban justificadas. Es más; el escandaloso motín que iba á estallar en el mismo campo de Mook, propagándose hasta las fronteras de Holanda y llevando á la opulenta Amberes los horrores de la licencia militar, iba á justificar las demandas de los flamencos que, no satisfechos ya con las concesiones del Rey, pedían la marcha de los soldados españoles.

La noche misma de la batalla de Mook, sobre el campo en que acaba de lograrse triunfo tan brillante, los tercios españoles, en los que la indisciplina no se había repuesto del todo desde los sucesos de Harlem y Alckmaer, se declararon en rebeldía. Los primeros actos fueron despedir á sus capitanes, despedazar sus banderas y nombrar un *Electo*. Una parte de los tercios fué aquella misma noche á colocarse en el arrabal de Grave, la otra permaneció en el campo. A la mañana siguiente se juntaron todos en Grave, y allí platicaron con Sancho Dávila. A lo que parece, el propósito de amotinarse estaba hecho antes del combate. Defirieron su ejecución, porque, según Mendoza, *esta era la costumbre de la nación española*, costumbre diferente de las demás, en que éstas exigen el pago «antes del pelear y al tiempo de venir á las manos con el enemigo.» Por desgracia para los caudillos españoles, en esta ocasión sólo pudieron darles buenas palabras. Oídas y desoídas éstas, los amotinados, con su *Electo* á la cabeza, emprendieron el camino de Amberes, resueltos á sacar de la

opulenta villa lo que buenamente no podían de sus jefes. El peligro era gravísimo. Pero aumentaba su gravedad la propagación del motín en el resto de las tropas que guarnecían el Brabante y Holanda. Los altos y bajos alemanes que se hallaban en tierra holandesa disponíanse á abandonar los diques y fuertes que defendían. Los españoles que presidiaban á Utrech no querían regresar á Holanda. Requesens, falto de dinero, no acertaba á encontrar remedio á la situación, y acudía en vano á los principales mercaderes ambereses. Todo parecía conjurarse contra nuestra dominación en los precisos momentos en que podía recogerse el fruto de una victoria tan brillante como la conseguida en las márgenes del Mosa. Y este fruto estaba totalmente perdido. *Tam prosperae victoriae fructum atrox Hispanorum seditio plane perdidit*, dice sentenciosamente Strada. Si algo faltaba para hacer odiosa la dominación española, ese algo lo procuró la indisciplina. Y esa indisciplina sacó á la superficie los elementos nocivos que encerraba nuestra milicia: desorden administrativo, inmoralidad en la gestión económica, codicia sin freno, violencias y osadía nunca vistas.

Guarnecida la populosa Amberes por cuatro compañías valonas y cuatro de alemanes al mando de Federico Perrenot, señor de Champagney, no bien éste tuvo aviso del motín y avance de los españoles, mandó cerrar las principales puertas de la ciudad y púsose al habla con el gobernador de la ciudadela, cuya guarnición no ofrecía, por desgracia, garantía de prestarle apoyo alguno. Seguidamente ordenó á los valones que vigilaran desde las murallas las inmediaciones de la ciudadela. Pero tales medidas no dieron resultado. En la mañana del 22 de Abril de 1574, Sancho Dávila, seguido de una compañía de arcabuceros, entró en la fortaleza. El resto de las tropas amotinadas debía llegar pocos días después. Ya estaba avisado de estas novedades Requesens, que el 24 trasladóse á Amberes creído de que con su presencia impediría la entrada de los sediciosos en la ciudad. Mas tales estaban los ánimos,

que Chapin Vitelli advirtió al Comendador que difícilmente lo recibiría en la ciudadela la guarnición. Empero el peligro aumentaba por momentos. Los habitantes temían que la ciudad fuese entregada al saqueo; Champagney pedía inútilmente que se le permitiera abrir trincheras en el espacio que mediaba entre aquella y la ciudadela. Requesens, cada vez más dudoso, limitábase por una parte á despachar á Sancho Dávila al encuentro de los rebeldes para disuadirles con buenas palabras, y por otra á prohibir que los valones tomaran la ofensiva, encargando á su jefe que se trasladara á la Casa Consistorial y pidiera al Magistrado un préstamo de 200.000 escudos. En estos pasos y vacilaciones llegaron al glasis de la ciudadela los sediciosos con Dávila á la cabeza. Ni del castillo ni de las murallas fueron hostilizados, puesto que si bien Champagney, desobedeciendo al Comendador, quiso atacar, prohibióselo Requesens, y gracias á la debilidad de éste, los españoles se establecieron en el espacio que mediaba entre las murallas y el castillo, mientras que los valones se retiraban de sus puestos. Confiaba el segundo en que podría ganar con esto algunas horas, pues los españoles mandáronle á decir que platicarían con él tan pronto se les incorporasen las tropas de retaguardia. Pero no fue así. Tomadas todas sus medidas, los sediciosos, sin más espera, se pusieron en movimiento y entraron en Amberes dando grandes voces de: *Dinero, y fuera valones*. La cifra de estos sería de dos á tres mil.

Iba á comenzar para el Gran Comendador un verdadero calvario del que no podían salir bien librados su prestigio personal ni su autoridad. Retiradas las fuerzas valonas á la ciudad nueva, y dueñas de la casa hanseática, en la que se hicieron fuertes, los sediciosos dirigiéronse á la casa alojamiento de Requesens, lanzando imprecaciones y amenazas: Ya estaba prevenido el Comendador, y montando á caballo, seguido de Sancho Dávila, fué á colocarse entre los amotinados, á los que dirigió un discurso elocuente y sentido. Puso ante su vista la enormidad de la falta cometida, sobre todo en las circunstan-

cias por que estaban atravesando, cuando podía tocarse el resultado de las victorias conseguidas; el agravio hecho á Dios y al Rey, el deshonor arrojado sobre la nación y la alegría que esto causaba al enemigo. Representóles el estado en que había encontrado al país, cuantos sacrificios hiciera para saldar sus atrasos, y las dificultades con que tropezaba. Añadió que no podían haber elegido peor camino para conseguir su objeto que la marcha sobre Amberes, pues esto le quitaba á él fuerza para conseguir recursos. Citóles el ejemplo de otras *naciones*, á las que se debía más que á ellos. Y, por último, trató de persuadirles de la conveniencia de salir de la ciudad y alojarse en los arrabales, donde se les daría satisfacción, presentadas que fueran sus cuentas, y con ella el perdón de lo pasado (1). Hecho este discurso, Requesens pasó cuatro veces por entre filas hablando á los soldados; empero sólo consiguió de ellos grandes reverencias y ninguna satisfacción. Los gritos de *Dinero y fuera valones*, no cesaban.

Pero el desorden tomó por momentos mayores vuelos. Apenas se despidió el Comendador dirigiéronse al mercado, ocuparon la Casa Consistorial y entraron por grupos en las vecinas, haciéndose servir y regalar como grandes señores. En seguida comenzaron las requisas y exacciones. Nadie se libraba de ellas, aunque fuera eclesiástico ó afecto á España. El *Electo* tuvo la osadía de aposentarse en la casa frontera á la de Requesens. En su desvergüenza llegaban al extremo de dar gritos contra el mismo Comendador. Débil éste, y cada vez más indeciso, ni se atrevía á seguir los consejos de Champagny, que, dueño de la villa nueva, y apoyado por las naves artilladas del Escalda y la burguesía de Amberes se ofrecía á Requesens para conseguir la evacuación de Amberes por los sediciosos, ni tampoco tenía el necesario arrojo para sostener á los únicos que en Amberes representaban la autoridad y la disciplina. A todo esto, los amotinados pedían que en el plazo

---

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tomo III, págs. 56 á 58.

de veinticuatro horas salieran Champagney y los valones de la ciudad, los alemanes dejaban solos á los valones, y los españoles amenazaban con atacar á éstos, caso de que no se retiraran. Todavía se resistía su jefe, pero una orden escrita del Comendador puso término á esta resistencia. Vitelli, que fue portador de la orden, dijo á Champagney que era necesario conservar á los españoles por ser la mejor gente de guerra de que disponía el Rey, y que, por lo demás, el Comendador libraría muy pronto de ellos la ciudad. Con esto retiráronse los valones á Eeckeren y Wilmarsdonck, y quedaron los españoles dueños y señores de la segunda capital de Flandes.

Cuanto de más venal y corrompido encerraba el cuerpo de nuestra milicia, salió entonces á la luz. El motín se constituyó en toda regla. Púsose guardia á las puertas de la ciudad, arrebatáronse las llaves á los magistrados, invadiéronse casas y cuarteles, convirtiéndose la más dura exigencia en ley, y en costumbre el atropello. Sobre 500 españoles procedentes de Holanda y 400 valones españolizados, con más todos los bribones y *churrilleros* del país acudieron á la presa. El terror era tal, que todos los negocios se hallaban paralizados, suspendidos los giros, interrumpida la llegada de comestibles. Nada importaba ya el enemigo. Los sediciosos declararon que aunque Orange se presentara á las puertas de Amberes, no por eso saldrían de la ciudad, y al hablarles del arreglo añadieron que no sólo querían todos sus atrasos, sino lo que se debía á los muertos, conforme á su postrera voluntad consignada en testamento. En balde les propuso Vitelli que se les pagaría diez meses en metálico y cinco en telas de seda, lana ó lienzo. Contestáronle que *todo dinero y nada de palabras*. Ni las promesas ni las súplicas de su mismo Electo les convencían. Lejos de ello, pusiéronse á recorrer las calles, rompiendo puertas y ventanas, disparando las armas y dando voces de muerte. El atribulado Requesens, sin fuerza ni prestigio para dominar aquel tumulto, aprovechóse del terror sembrado por los sediciosos, pidiendo prestado á la ciudad 400.000 escudos, para los

que ofrecía en garantía no sólo toda su vajilla, sino su misma persona y la de sus allegados. Resignáronse los burgueses, y Sancho Dávila hizo de nuevo á los soldados la oferta de cinco pagas en telas y diez en dinero, oferta que esta vez fue aceptada. Entonces un jesuíta les hizo una plática, que á juzgar por los resultados, sirvió de poco ó nada, y por el momento retiráronse tranquilos á sus alojamientos.

Tenía aquel motín, como la hidra, cien cabezas, porque sus raíces estaban tanto ó más en la necesidad que en la corrupción. El 2 de Mayo pasóse *muestra* á las tropas para formalizar las cuentas, y ya este acto contrarió vivamente á los capitanes, alféreces y sargentos que en Lierre esperaban el desenlace de tan graves sucesos. Quejábanse de que las listas mandadas por ellos fuesen intervenidas por los mandatarios de los soldados. Amenazaban también al Comendador con la dimisión. Contestóles éste que obraran de otra suerte, pues de no poner enmienda, podían perder el mando y quizás la vida, y dióles orden de presentarse en Amberes, ganoso sin duda de que contribuyeran á lograr el acomodo. Mas por desgracia no pudo llegarse á éste. El 8 de Mayo, Requesens, que había ordenado ya la revisión de las cuentas, se encontraba sin el completo de la suma necesaria para hacer el pagamento. Vióse, pues, en la triste precisión de declararlo así, y entonces el furor de los soldados no tuvo límites ni freno. Persuadidos de que los oficiales obraban de acuerdo con el Comendador, dieron un bando obligándoles á salir de la ciudad en el término de una hora, rompieron á mosquetazos la puerta del alojamiento de Julián Romero y exigieron que tan sólo los *alféreces* intervinieran en la formalización de las cuentas. Al siguiente día se amotinó la guarnición de la ciudadela, espectadora indiferente de los sucesos, aunque simpática á los sediciosos, «alteración—dice Mendoza—que jamás ha hecho la nación española, hallándose en castillo, por muchas pagas que se le debiesen»; y aunque esta sedición se sofocó gracias á la energía del alférez Salvatierra, que hizo justicia por su mano en

las cabezas de motín, en la ciudad continuaba con más fuerza que nunca, sin que bastara á calmar los ánimos el reparto de telas que comenzó á efectuarse el día 11 de Mayo. Nuevamente el Comendador trató de arengar á los soldados é hizo repartir entre ellos un papel en el que, á vueltas de promesas y amenazas, les pedía otro plazo para el pago. Fueron inútiles palabras y papeles. Por débil y contemporizador arrojaron al Electo, sustituyéndole con otro que, á juzgar por sus obras, «era el hombre más malo que había en la tierra.» Cuanto á Requesens, llegaron al extremo de amenazarle con la expulsión y de proferir esta amenaza bajo las ventanas de su residencia; ¡tan poco valía ya su autoridad! Por no sacrificar aquellos soldados, «cuya arcabucería era la mejor del mundo», corría el peligro grave de que se hundiera toda la máquina militar, asentada sobre base tan movediza y deleznable. Ya los ecos del motín repercutían en Holanda entre los alemanes que guarnecían á Harlem y que trataban de efectuar en esta villa lo que los españoles en Amberes, ya se recibían de otros presidios noticias no menos amenazadoras. Requesens, entre airado y abatido, busca en balde los recursos. «No hay mercader ni hombre de negocios—escribía al monarca—que no se encarezca en esta ocasión para hacer su negocio; de manera que se puede decir que no hay nadie que no esté amotinado, *cada uno por su camino*» (1). Con grandes súplicas logra obtener por fin de los de la villa, con enorme interés, 200.000 escudos, en cuya suma están comprendidos los 50.000 ofrecidos por las naciones y toda su vajilla, para dar con esto *ejemplo y ánimo á los demás*. Mas el reunir esta suma cuesta no pocos trabajos, y Requesens teme que, aun alcanzada, los amotinados se nieguen á salir de Amberes. Teme que no saqueen é incendien la villa, se apoderen del castillo y lo entreguen al enemigo, ofreciéndole al mismo tiempo sus servicios; teme y se aflige porque estos soldados son los mejores del Rey

---

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tomo III, pág. 88.

y con ellos puede pelearse uno contra diez. Pero no le inspira menos alarmas el sublevar la villa y el país entero contra ellos, porque esto traería consecuencias funestísimas á la causa del monarca, ya que estos soldados dicen públicamente que Francia y otros países consideraríanse dichosos con tenerlos, que no les importaría servir á Orange, etc.... Las noticias que recibe de Harlem no le preocupan menos. Los alemanes de la guarnición de Utrech se han negado á salir para Holanda, los de Harlem no han querido hacerlo para la expedición confiada al coronel Verdugo. La indisciplina comienza á cundir entre los valones, algunas de cuyas compañías están sublevadas y cometen toda clase de excesos... Todos estos detalles, entresacados de la correspondencia de Requesens á Felipe II, pintan con sus verdaderos colores la situación de los Países Bajos en Mayo de 1574. ¡Triste y terrible situación en verdad! Con dominarla, todavía quedaba manando sangre la profunda herida, ó por mejor decir, el cáncer del motín.

Apremiado por el peligro y la necesidad, Requesens hubo de pasar por todo. Convínose en que los soldados recibieran sobre su sueldo veinte ducados por cada testamento (su número ascendía á más de 1.500, *en su mayor parte falsos*), pero á condición de que esperasen tres meses, *á lo más*, el pago del resto de lo adeudado, y de que renunciasen á las extravagantes peticiones de garantía hechas por ellos. Contentáronse con la firma del Comendador y el juramento público que ofreció hacer después de oída una misa en la Catedral, juramento que también debían prestar Dávila, Vitelli, Jerónimo de Roda y Sancho de Vargas. Concluyóse este acomodo el 21 de Mayo, pero hasta el 31 no quedó todo terminado, porque todavía el 23, á punto de trasladarse el Comendador á la Catedral, corrió entre los soldados la voz de que no se prestase el juramento hasta haber recibido el completo de la deuda. Fue preciso negociar otra vez, pasando por nuevas humillaciones. Sin embargo, el peligro era gravísimo. El nuevo Electo había amenazado con el saqueo de la villa; ésta se hallaba llena



de ingleses y gente sospechosa, porque los amotinados no habían impedido á nadie la entrada; hasta dudábase del mismo Embajador de Francia, que por aquellos días trasladóse de Bruselas á la ciudad del Escalda. Por todos estos motivos no pudo ya demorarse el pago, que comenzó en definitiva el 27. El día 30 de Mayo trasladóse Requesens á la Catedral para prestar el juramento ofrecido. No se lo permitieron los soldados, contentándose con su palabra, porque, según ellos, del juramento podía ser absuelto, y con la palabra de honor quedaba fuertemente obligado. Requesens ordenó, acto seguido, que se reunieran los maestros de campo y alféreces. Hablóles acerca del estado de las cosas, ordenóles que no hicieran cargo alguno á los soldados, y les encareció la necesidad de procurar por el restablecimiento de la disciplina (1). Acto seguido hizo arbolar las banderas. Los tercios españoles, puestos á las órdenes de Julián Romero, Maestro de campo de acreditada severidad, salieron el 5 de Junio de la ciudad, y con esto terminó el famoso motín, preliminar tan sólo de otros sucesos más tristes y de más resonancia que habían de tener los mismos actores y teatro. Hablando de él Mendoza, dice lo siguiente: «Ataron las manos del Comendador, de suerte que no pudo aprovecharse de la gente que tenía levantada ni darle forma de ejército con que ejecutar las empresas que deseaba hacer acometiendo con su ejército á tres partes, sin perder el buen tiempo del campear ni la ocasión de la batalla ganada, que se aguló, atrasando grandemente la reducción de los Estados...» No fue esto lo peor, sino el quebranto de la autoridad del Rey

---

(1) Los citados capitanes — dice Requesens en carta al Rey de fecha 12 de Junio — estaban muy descontentos de que se hubieran pasado la muestra y ajustado las cuentas con los soldados sin su intervención; habían visto con desagrado que no se les permitiese ya robar como lo hicieran hasta entonces. Por lo tanto, manifestaron al Comendador que, en atención á las circunstancias, permanecerían al frente de sus compañías hasta el mes de Setiembre; pero que, pasada esta época, sólo servirían en clase de soldados particulares. Requesens estuvo tentado de admitir su dimisión en el acto, y se abstuvo, creyendo más prudente el disimular. (*Correspondencia*, t. III, pág. 97.)

en la persona de su representante en los Países Bajos. Desde aquel punto y hora vieron los naturales que éste carecía de fuerza para amparar su derecho, para garantir su propia persona. El hombre y el sistema resultaban débiles, al extremo de preguntarse los mismos católicos partidarios de España si no eran preferibles á ellos Guillermo de Orange y sus soldados. ¿Qué más podían exigirles éstos? Requesens, sobre todo, quedó en una situación en alto grado desairada. Mal visto por el país, poco respetado por los soldados, desatendido por el Rey, vino por distintos caminos á ser tan odioso al país como el Duque de Alba. Cuando á la vuelta de inútiles ensayos de conciliación fracasó ésta, pudo Felipe II convencerse de que el problema de los Países Bajos requería soluciones más radicales.

Mas por de pronto, iba á ensayarse la nueva política simbolizada por Requesens. Ya estaban convocados los Estados generales de los Países Bajos para tratar de la cuestión de subsidios y servicios, cuando los sucesos de Amberes obligaron al Comendador á trasladarse á esta ciudad. Cuando regresó á Bruselas, su primer cuidado fue la solemne publicación del perdón general (6 de Junio), perdón que se hacía extensivo á cuantos hubiesen tomado parte en la rebeldía desde 1556, y que no ofrecía otras excepciones que las de los cabezas de esta rebeldía, propagadores y apóstatas. Acto tardío éste, en poco ni en mucho influyó en mejorar el estado de cosas, y otro tanto ocurrió con las declaraciones que hizo Requesens en nombre del Rey en la Asamblea de los Estados. Eran éstas, sin embargo, importantes, porque el monarca suprimía definitiva é irrevocablemente el *décimo* y el *vigésimo* á condición de que los Estados le pagaran, durante seis años, dos millones anuales, y además abolía el odioso Tribunal de los Tumultos; dos motivos serios que hasta entonces sirvieran de pretexto á los rebelados. Pero como desde la convocatoria de los Estados en 30 de Abril, hasta la reunión de éstos, el 5 de Junio, transcurrieron los aciagos días del motín de Amberes, y el Comendador se halló separado del Gobierno, este lapso de tiempo

ocasionó una nueva contrariedad, que fue la reunión privada de los Diputados y la discusión y aprobación de ciertas representaciones preparadas por los del Brabante, en las que, anticipándose á todas las concesiones del Rey, pedíase que los extranjeros fueran separados del Gobierno y de la milicia, que el dinero procedente de las *ayudas* se administrara por comisionados y recaudadores flamencos, que se pusiera coto á los desmanes de la gente de guerra, fueran restablecidos los antiguos privilegios, y volviera todo al ser y estado que en los tiempos de María de Hungría. Solicitaban además, la presencia del Rey, y advertían á su Gobernador, que los últimos sucesos habían contristado tanto á los leales, como en valentónado á los enemigos.

Aceptó Requesens la representación de los Estados, mas por de pronto, exigió por separado, de cada provincia, la cuota proporcional en el subsidio pedido, y su pago sin dilación alguna; premura justificada, no sólo por la precaria situación del ejército en Flandes, sino por los peligros que amenazaban por el costado de Francia; pero los Estados no sólo demostraron escaso deseo de servir al Rey, sino que opusieron al pago buen número de obstáculos, ya protestando de la dureza con que se aplicaban los *placartes*, ya de que los extranjeros ocuparan cargos provinciales, ya, en fin, declarando ser lo más conveniente una nueva reunión para tratar del acomodo con los rebeldes. En el fondo de todo ello dibujábase bien á las claras el propósito de expulsar á los españoles de los Países, y esto era lo que irritaba á Requesens, harto amargado por las funestas consecuencias del motín. El 27 de Junio escribía al Rey que hasta esta fecha, ningún hereje, ninguno de los que hicieron armas, ni de las villas rebeladas habían intentado la reconciliación. A fines de Julio era general el descontento, y tan activa la propaganda contra España, que se provocaba á flamencos y brabantinos á la lucha armada. La situación de Requesens era difícilísima. De una parte — decía — el país no puede conservarse por la fuerza, sin

número respetable de tropas, y falta dinero para pagarlas; de otra, la insolencia del enemigo es un obstáculo para que se adopten medios conciliatorios. Tal era el dilema, dilema que no pudo resolver el Comendador, por la sencilla razón de que sus dos términos estaban limitados por una sola negación.

Mas ya que no lograra hallar fácil salida á situación tan angustiosa, recurrió á un expediente intermedio, que fue, de un lado, apretar la reducción de las villas de Holanda, Leyden en primer lugar; de otro, autorizar negociaciones más ó menos indirectas con Guillermo de Orange. Estas negociaciones, á que se hizo referencia en otro capítulo, y que tuvieron por mediadores á Marnix de Santa Aldegunda y á Noircarmes, habían sido objeto desde Marzo de 1574 de una consulta con el Rey; empero, poco ó nada podía esperarse de ellas desde el momento en que á la tenacidad de éste oponíase la astucia del Príncipe de Orange. Para Guillermo tratábase tan sólo de ganar tiempo, puesto que su doble juego consistía en dar oídos á toda demanda, y en ampararse con la autoridad de los Estados holandeses, hábilmente manejados por él. Felipe, en cambio, aceptábalas de buena fe, aunque con la eterna salvedad del respeto á la religión.

«Y no será menester advertiros,—decía á Requesens— que si se llegara á tratar de algún medio, no se ha de dar oídos á cosa que toque en menoscabo de alguna de las de nuestra santa fe católica, porque jamás verné en que en estas haya un punto de quiebra, *aunque se pierdan los Estados*; y con ella también se ha de tener en cuenta que conviene con mi autoridad, reputación y soberanía.....» En las mismas ideas abundaba Requesens, quien escribía al monarca que «si no se aventuraba en buscar *otro camino, sino el perder los Estados*, fuera de opinión que se hiciera, pero viendo que con ellos se acaba de perder la religión en estos paises..., me fuerza á parecerme que se ataje este daño por cualquier vía.» Menos preocupados que estos dos personajes, los prelados flamencos pedían que se dulcificaran los placartes, y tampoco faltaban

Abades y Obispos que ponían en tela de juicio si sería preferible para ellos vivir sometidos á los herejes que á los católicos. Pero las negociaciones con el Príncipe de Orange, aunque de un modo indirecto, llegaron á establecerse. Basáronse sólo en las dos condiciones antes expuestas: mantenimiento de la religión y de la autoridad real. Hechas estas salvedades, en todo lo demás el monarca llegaría á un acomodo, para lo cual invitábase á Orange á una conferencia en territorio liejés entre diputados de su partido y señores leales al monarca. Empero los designios de Orange eran muy otros. Contentóse por de pronto con protestar de sus buenos deseos y aun de su fidelidad al Rey; mas con advertir que en lo de la conferencia debían entender los Estados, añadió que era de esperar temieran por la seguridad de sus representantes, y que además el acto resultaba atentatorio á la dignidad del monarca, por razón «de haber capitulado engañosamente con sus súbditos.» Aparte de esto, el Rey conocía de sobra el estado del país para acudir *motu proprio* á su remedio con un edicto en el que diera á las provincias las garantías necesarias. Todavía mediaron algunas contestaciones entre el mediador por parte de Requesens y el Príncipe de Orange; pero en suma, cuando éste por los argumentos de aquél, vióse obligado á transigir tocante á la conferencia, aún se encerró en el argumento relativo á la *fe nueva*, que según él debía conservarse en Holanda y Zelanda, dejando la antigua á las provincias no rebeldas. Con decir esto, huelga añadir que ni esta negociación ni otra entablada por medio de Marnix de Santa Aldegunda dieron resultado alguno. En la segunda, Orange declaró que era imposible trato alguno si antes no salían los españoles de los Estados, en los que constituían un peligro constante y un sobresalto permanente. Y como argumento indestrucible, presentaba el hecho de que la Duquesa de Parma logró pacificar las provincias empleando sólo á los naturales, y el de que la rebeldía de las provincias holandesas y zelandesas fue contra los españoles y no contra el Rey. Era este un pretexto que

por fuerza había de ser altamente simpático á los Países, puesto que lo justificaban los sucesos de Amberes. Es más, el mismo Champagney, que tomó parte directa en esta segunda negociación, creía de urgente necesidad la salida de los españoles, ya que en Holanda en vez de servir al monarca, sólo ocasionaban trastornos y desórdenes. Pero Requesens se negó en absoluto á ello. Y aunque los Estados holandeses llegaron por último á solicitarlo como medio de una reconciliación general, sin hacer las obligadas salvedades respecto á la libertad de conciencia, el hecho es que no pudo llegarse á un acuerdo y que por el momento las negociaciones quedaron rotas. No se llevaron, es cierto, con gran habilidad, y si hemos de juzgar por las cartas de Requesens, agitábase éste en el vacío, siendo las soluciones propuestas tan poco fundadas, como erróneos los cálculos relativos á la pacificación. Error no menos grave fue el canje efectuado pocos meses después entre Marnix de Santa Aldegunda y el coronel Mondragón, pese á los avisos de Champagney y á los antecedentes personales de Marnix, porque el apóstol cobarde de la Reforma, apenas recobrada la libertad, fue el enemigo más encarnizado de España. Inquieto, vacilante y esperanzado algunas veces con esperanzas vanas, Requesens no hallaba soluciones á un problema planteado en la forma más clara para España. Entre tanto el país iba hundiéndose en la ruína. El ejército, minado por la indisciplina, aniquilándose de día en día. El sitio de Leyden, no menos célebre, aunque para él más funesto que el de Hardem, iba á ocasionarle un rudísimo descalabro. En tres meses, este ejército llevaba perdidos en los pantanos holandeses más de setecientos cañones. El crédito de los Generales había mermado mucho á la vuelta de sediciones y desastres. Y el gran Comendador fracasado en sus medidas de clemencia, pues el perdón no había producido efecto alguno, encontrábase al promediar el año 1574 en situación tan crítica como desairada.

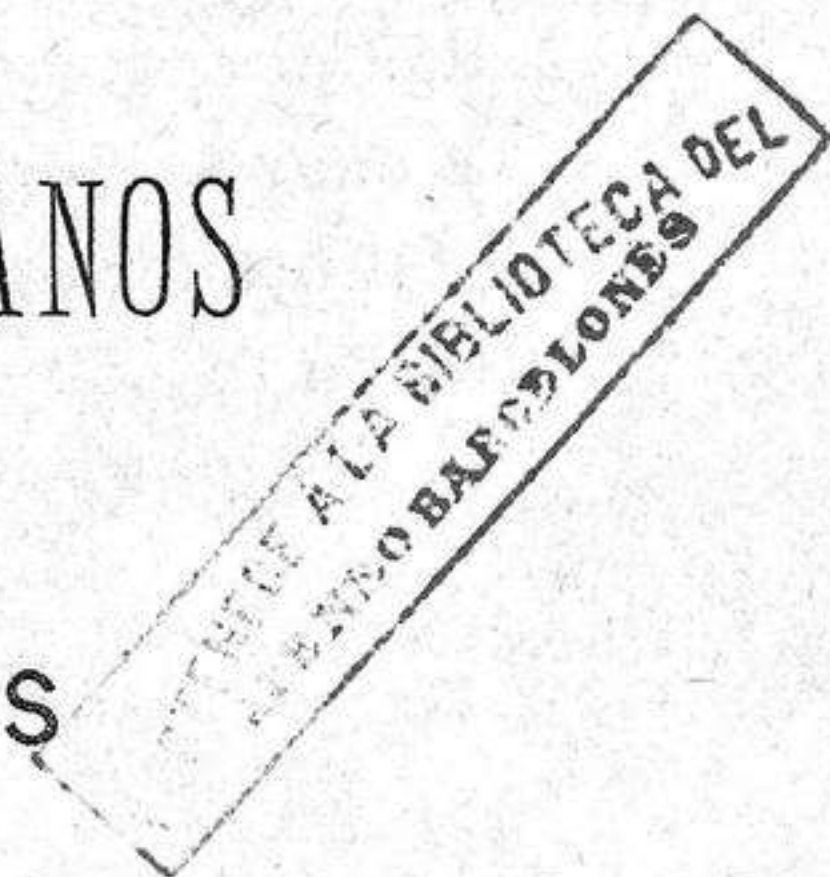
FRANCISCO BARADO.

# POETAS AMERICANOS

---

## DOS SONETOS

---



A veces nuestros labios, como locas  
Mariposas de amor, se perseguían;  
Los tuyos de los míos siempre huían  
Y siempre se juntaban nuestras bocas.

Los míos murmuraban: «¡Me provocas!»  
Los tuyos: «¡Me amedrentas!» respondían;  
Y aunque siempre á la fuga se atenían  
Las veces que jugaron fueron pocas.

Recuerdo que una tarde, la querella  
En el jardín llevando hasta el exceso,  
quisiste huir; que, por mi buena estrella,

En una rosa el faldellín fue preso;  
Y que después besé la rosa aquella  
Por haberme ayudado á darte un beso.

\*  
\* \*

Bañada en la fatal melancolía,  
Do te sumió tu mal, por mis amores,  
Me pediste una tarde las mejores  
Rojas gardenias que en el huerto había.

Y cuando, enamorado, te traía,

Como una ofrenda á tu querer, las flores,  
Huyeron, enlazados, tus colores  
Con las sonrisas últimas del día.....

Vencida á tu pesar, pálida y triste,  
Las purpurinas flores recibiste;  
Y cuando, loco por calmar tus males,  
Pinté mi amor con la pasión más pura,  
De tu balcón una lechuza obscura  
Vino á golpear, graznando, los cristales.....

MANUEL UGARTE.  
Argentino.

\*  
\* \*

## EL CURA DE ALDEA

---

Junto á un peñón agreste y solitario,  
En el grupo de chozas que rodea  
La enhiesta cruz del viejo campanario,  
Vive feliz el cura de la aldea.

Discípulo del Mártir del Calvario,  
Su misión es de paz: ¡bendito sea!  
Lleva afanoso el pan al proletario  
Y alienta, con amor, al que flaquea.

Noble guardián del templo y la cabaña,  
Comparte con el huérfano su duelo  
Y á Dios, en su abandono, lo acompaña.

¡Misionero de amor! es en el suelo  
Nuevo Moisés que habita la montaña  
Celebrando la alianza con el cielo.

REMIGIO ROMERO LEÓN,  
Ecuatoriano.

Cuenca, 1899.



---

## EL ARTE

---

Pláceme, oh Byron, recorrer contigo  
El carmen de la inglesa poesía,  
Y gozar de tu oceánica armonía  
Sobre el Océano inmenso y sin testigo.

Mas si en el haza de tu obra espigo  
Al punto se conturba mi alegría:  
Cuán breves triunfos ilumina el día  
Y de cuántas derrotas es testigo.....

Potro es el ARTE, y para ser domado  
Golpes que enfrenen y dominen quiere  
La inquietud arterial que lo caldea.....

Luego aplana su lomo codiciado  
Y al domador, que de delicia muere,  
Ante el concurso universal pasea.....

FRANCISCO SOTO Y CALVO.  
Argentino.

# POLITICA PEDAGÓGICA

---

## I

Ante las varias manifestaciones que en estos últimos tiempos, sobre todo, se han producido en demanda de un mejoramiento radical, de las condiciones en que á duras penas vive ó vegeta la enseñanza pública en España, ¿puede decirse que el problema pedagógico sea un problema verdaderamente nacional? «¿Estamos—como decía, interrogando con decisión y sin rodeos el Sr. Unamuno—los españoles persuadidos, persuadidos de corazón y no sólo convencidos de cabeza, de la importancia de la enseñanza pública?» (1). Realmente, para contestar de un modo afirmativo á la primer pregunta, era necesario poder contestar que sí á la segunda. Y no es esto cosa fácil.

No puede, en verdad, estimarse el problema de la enseñanza un problema *nacional*, es decir, cuestión planteada en la mayoría ó, por lo menos, en una importante minoría de las conciencias españolas, mientras lo que supone y da la enseñanza, no sea una necesidad general, y una aspiración común el alcanzar sus beneficios. Los españoles, triste es decirlo, en su inmensa mayoría, ni sienten la necesidad de aprender más de lo que saben, ni aprecian en su justo valor los medios que una

---

(1) *De la enseñanza superior en España*, pág. 10.

cultura regular pone en manos de quien la posee: tiene en este punto razón que le sobra el Sr. Unamuno.

Hay, en efecto, en España una masa enorme, verdadera losa de plomo que con su peso nos impide seguir el paso de los demás pueblos, la cual está en la ignorancia como en su atmósfera propia, por ser tal estado el más conforme con su manera de vivir, mezquina, sucia, pobre, y dominada por un fatalismo casi invencible. Encuentra esa ignorancia un apoyo tan fuerte en la tradición, y se ve tan favorecida por las condiciones en que la moral de nuestro pueblo se produce, que á nadie puede sorprender la repugnancia que á numerosísimos elementos de éste inspiran todas las manifestaciones de la cultura moderna, con sus sollicitaciones á la acción y sus exigencias y refinamientos.

Hay, además, en nuestra sociedad otra masa menos numerosa, aunque más dominante y de mayor influjo en la total definición de nuestro carácter actual, la cual, si bien no rechaza la cultura, la busca, no como condición positiva de un mejoramiento real de la vida humana, ni como un instrumento de perfección moral y de educación, sino como algo pegadizo, exterior y de brillo, como un medio de dominación y de engaño, para aparentar, para lograr posiciones sociales, obtener éxitos, conquistar glorias del momento. Entraña la existencia de un elemento tal en la composición de la sociedad española, un peligro gravísimo, en cuanto revela el falseamiento de uno de los cimientos más necesarios en toda nación culta: basta tener en cuenta que su orientación artificiosa, su amor á la parte puramente brillante y efectista de la cultura, ó mejor, del saber—pseudociencia, pedantismo, concupiscencia en el fondo todo ello,—marchan muy al compás con la hipocresía y el disimulo en todas las relaciones más importantes de la vida, desde la política hasta la religiosa. Y ¿cómo maravillarnos de que entre nosotros se produzca lozana y potente la raza de los hipócritas y de los débiles, de los pedantes y sacamuelas, de las gentes superficiales y enamoradas del brillo exterior, de los

escépticos y charlatanes, de las personas sin fe en nada, temerosas de toda lucha noble y sometidas á cualquier exigencia de la moda ó cualquier corriente de la opinión, incapaces para el trabajo serio y honrado, para el orden y la economía, para la investigación científica desinteresada, si todo nuestro sistema de educación pública y privada, más quizá ésta aún que aquélla, es un sistema á propósito para producirlo? Desde la escuela hasta la Universidad, en el colegio particular como en la Academia preparatoria, se genera con verdadero afán por maestros hábiles en las artes del disimulo y del engaño, el espíritu superficial, el amor á todo lo exterior y el desprecio por el trabajo verdaderamente noble y productivo. En la escuela se embrutece al niño con el régimen verdaderamente cruel de las lecciones de memoria, de las enseñanzas que el niño no entiende, sugiriéndole la idea, imposible casi de borrar después, del carácter libresco del saber y del abismo que existe entre la naturaleza y los conocimientos. En los Institutos se sigue la labor de la escuela, agravándola con el sistema de los exámenes, de los premios, y con la falta absoluta de todo interés educativo; labor aquella que es aún más fuerte y eficaz—para el mal—en los colegios privados, donde el alumno es á menudo casi una mercancía, ó por lo menos un anuncio..... y las cosas no mejoran nada, sino empeoran, en la enseñanza superior de nuestras muertas Universidades.

Por último, al lado de estos dos componentes de la sociedad española hay un tercero, el que cuenta con menos fuerzas, el más escaso de personal, constituido por los que sienten, en la medida que un medio tan contrario se lo permite, la necesidad real de una cultura cada vez más elevada, que quisieran, además, difundir por todo el país. El grupo de personas que forman este tercer elemento cree, tiene fe en la enseñanza, y estima que es urgentísimo hacer mucho, muchísimo, en esto de crear una educación para todos los elementos sociales en España.

La situación, pues, con lo que dejo expuesto, no es, en ma-

nera alguna, ni halagüeña ni menos aún animadora; porque, considerados esos tres componentes en el movimiento de la vida nacional, ofrece el primero una resistencia pasiva tan enorme, manda tantas fuerzas y dispone de tantos recursos, hasta el del ridículo inclusive, el segundo, y es tan pobre de medios el tercero, que parece punto menos que imposible imaginarse un procedimiento adecuado para cambiar, en parte al menos, la situación, influjos y poder respectivos, de esos elementos de nuestra escasa cultura.

Pero, aun cuando la situación sea tan angustiosa y difícil, ¿la debemos considerar sin más como desesperada, hasta el punto de arrojarnos en brazos del pesimismo absoluto, para dejarnos llevar fatalmente á una total y perfecta *africanización* —y valga el vocablo— de la sociedad española? ¿No hay salvación posible en este océano de vulgaridad y de ignorancia en que vivimos? ¿No se advierten algunos síntomas que revelen condiciones á propósito para hacer algo en el sentido que supondría la creación de una educación nacional, de un mejoramiento de la composición interna del espíritu español? Si se conceptúa posible vencer tantas fatalidades geográficas del medio físico en que vegetamos, convirtiendo en terrenos de regadío miles de hectáreas de tierras secas é incultas; encauzando nuestros ríos torrenciales, y no menos indisciplinados que el espíritu rebelde del vulgo ignorante; recogiendo y economizando el agua de las lluvias; construyendo canales y caminos baratos; haciendo, en suma, mucho de lo que siempre ha pedido un Costa, y ahora piden ligas y partidos y prometen manifiestos y ministros; si se conceptúa, repito, posible dominar la naturaleza física, ¿no podríamos vencer esa otra fatalidad de nuestra raza, inculta, *de secano*, en tantos millones de individuos, sin riego alguno vivificante, vigorizándola con reconstituyentes morales de esos que sólo cabe proporcionar mediante una acción continuada de la enseñanza y en virtud de un verdadero derroche de todos los elementos que supone la cultura?

Yo creo que sí: es decir, no afirmo que estemos en condiciones de realizar un esfuerzo *nacional* en pro de la enseñanza y de nuestra rápida redención moral. Opónese á ello la consideración antes apuntada y á causa de la cual sostengo que no es el problema de la enseñanza un verdadero problema *nacional*; si lo fuera, no tendríamos por qué preocuparnos, de la manera que ahora nos preocupamos, con la necesidad de promover de algún modo un movimiento en pro de nuestra regeneración pedagógica: la opinión pública, soberana siempre y en todos los órdenes, se encargaría de imponer á los gobernantes, y á cuantos de esta ó de aquella manera dirigen al país, la cuestión de la enseñanza como una cuestión de interés inmediato, y á la cual se debe prestar una atención constante y especial. Mi idea es otra. Estimo que se puede, y, por tanto, se debe, intentar el esfuerzo que exige el propósito de la difusión de la cultura por toda la sociedad española, y de la iniciación de una educación nacional, por parte de cuantos en el país se den cuenta de la gravedad y trascendencia del asunto, y del peligro inminente que corremos de desaparecer como pueblo europeo, en virtud de nuestro hundimiento definitivo en el pozo de la ignorancia, ó de ser conquistados suave y dulcemente por el extranjero, que poco á poco, sin necesidad de provocar ningún conflicto violento, internacional, se irá apoderando de todos nuestros elementos de trabajo, de todas nuestras riquezas, y de cuanto como españoles nos pertenece y distingue.

## II

Después de todo, un análisis de los términos en que el problema pedagógico se ofrece planteado, en estos momentos, en nuestro país, si no justifica un pleno optimismo ni motiva suficientemente la esperanza en un porvenir próximo mejor, en punto al valor que la opinión pública da á la cultura intelec-

tual y moral, tampoco justifica el temperamento contrario. Lo que hace es imponer á todos, como un deber social que cada cual habrá de cumplir, en la medida en que del deber se dé cuenta, y hasta donde los medios se lo permitan, la *acción pedagógica*; es preciso *luchar por la cultura* en todos los terrenos. *Culturkampf*, entendido así, al pie de la letra: he ahí el movimiento más necesario para salvar al país de los peligros anotados. Esos *moldes nuevos* que con tantas retóricas y pedantismo piden los que han explotado á su gusto los moldes antiguos de nuestra política; esas *nuevas direcciones*, que con premura se reclaman por tantas gentes cansadas de la torcida marcha seguida hasta ahora por el país, debieran consistir, sin mas, en un cambio radical y completo de la orientación social y política en el problema de la cultura, y especialmente en el de la educación.

Y hay que tener ánimos: la desesperación no conduce á nada bueno ni nuevo. Para la fe en el porvenir, debe servirnos de mucho una modestísima enseñanza del pasado, ó si se quiere, en gran parte del presente.

Es evidente y notorio que, desde hace algún tiempo, la opinión de las gentes políticas y de las llamadas *neutras*, toma en cuenta, con cierto entusiasmo y apremio, el problema de la enseñanza pública; la pedagogía era, no hace mucho, cosa de pedantes, palabra antipática. Hombres de alguna ilustración consideraban eso de la pedagogía como una *chifladura krausista*, como una manía exótica, como un verdadero *alemanismo*. ¡Pedagogo!, casi un mote despreciativo. Las cosas han cambiado mucho. Fue, es verdad, necesaria esa serie de desastres que, á partir de la campaña de Melilla, hemos sufrido; fue preciso que desde el extranjero nos llamasen reaccionarios, obscurantistas, ignorantes, y que palpásemos heridos y maltrechos las consecuencias terribles de nuestra obstinada ignorancia, para que la pedagogía adquiriese entre nosotros una relativa popularidad, para que los políticos que viven del gusto más ó menos pronunciado del público, se determinasen á hablar de ella

como parte de sus programas, y los publicistas *efectistas*, de esos que buscan la gloria de un día, y que bailan no más que al son que les tocan, estudiasen (digámoslo así) el problema de la enseñanza.

Pero no importa. No importa que esos políticos hablen la mayor parte de las veces de lo que no entienden, y digan, á propósito de la enseñanza, cosas tan peregrinas como las que se han oído en la discusión del último presupuesto de Instrucción pública en el Congreso; ni importa que se presenten publicistas sugestionados por libros tan superficiales como los de Mr. Demoulin (1), y descubran el termómetro como cosa nueva, no ya para este siglo, sino para el que viene; ni que se plantee el problema de la segunda enseñanza, sobre todo, porque se quejan los padres de lo que cuestan los libros de texto, y no por causas mucho más hondas y reales; ni menos importa que todo un Parlamento se pase días y días discutiendo proposiciones insustanciales y ridículas; todo esto, al fin, es natural, es el producto necesario de nuestro estado de atraso:

---

(1) *A quoi tient la supériorité des Angles-Saxons* (traducido al español con un prólogo del Sr. Alba) y *L'Education nouvelle*. Estos dos libros, interesantes sin duda, y de una lectura fácil y agradable, han sido, especialmente el primero, una revelación: la revelación de la enseñanza moderna, para muchísimos españoles. Conviene advertir que se trata de una propaganda hecha, aun refiriéndose á Francia, con imperdonable precipitación. Como oportunamente se ha hecho notar por algunos críticos franceses bien enterados de las direcciones pedagógicas representadas en los distintos centros de enseñanza de la vecina República, mucho de lo que el Sr. Demoulin presenta como original y exclusivo de la educación anglo-sajona, se practica desde hace tiempo en Francia. Y en cuanto á España, pudiéramos decir á los que por tal modo se han entusiasmado con las revelaciones pedagógicas de los libros citados, que lo capital, lo que constituye el núcleo de la orientación educativa admirada en las obras del Sr. Demoulin, tampoco es desconocido entre nosotros. En la misma enseñanza oficial podríamos señalar manifestaciones más serias de esa orientación, que la escuela proyectada en *L'Education nouvelle*, y fuera de aquella la *Pedagogía de la Institución libre de enseñanza* tiene un alcance más profundo en todos respectos.



Diputados, publicistas, periodistas y honrados padres de familia, son, en general, gentes á quienes coje de nuevo eso de la pedagogía y sus problemas: se ha ido á la pedagogía por moda, porque cierta parte de la nación, la que en alguna medida puede darse cuenta de su estado, empieza á sentir como una necesidad la cultura, y á considerar como cosa de algún interés la enseñanza.

¿No es de todas maneras esto relativamente animador? ¿No significa algo el que los diputados y los publicistas, que tienen como único criterio la moda, consideren *buen asunto* la pedagogía? ¿No es cosa que debe tomarse en cuenta la de que los periódicos diarios hablen de los problemas de educación, dispensándoles el inusitado honor de tratarles al lado de materias de tan alto interés popular, como los toros y el crimen de la calle de tal, dedicándoles un espacio no tan amplio, pero al fin tan preferente como á las crónicas de los salones de la buena sociedad? A veces hasta le entran á uno ganas de aplaudir á los que han abusado y abusan de los libros de texto, porque al atacar la parte más sensible de tantos honrados padres de familia, han excitado la curiosidad general en favor de las cuestiones de la enseñanza pública...

Y es preciso no olvidarlo; ese movimiento de los momentos presentes en el campo de la pedagogía nacional, y el que España al volver los ojos hacia su enseñanza pública encuentre semillas germinando, elementos modestísimos, sin duda, aprovechables para una renovación educativa, se debe en gran parte á la labor callada y ridiculizada de una minoría exigua, apenas apreciada en el país por los que, habiendo caído del asno, creen ahora llegado el instante de preocuparse con la reforma de la escuela en todos sus grados y órdenes. Ahora bien: si aquella labor efectuada en condiciones verdaderamente ingratas no fue tiempo perdido, si al fin se recogen sus frutos, ¿no es ocasión la presente para redoblar el esfuerzo, para trabajar mucho más y procurar convertir esas manifestaciones favorables en corriente continua y fecunda que provoque en el país

una adhesión verdadera á los ideales implícitos en una regeneración pedagógica?

Así lo creo. Todos los elementos de la nación, todas las fuerzas vivas del pueblo, aun las dominadas por los prejuicios tradicionales, harto conformes con el quietismo y la ignorancia de nuestras clases populares, deberían concurrir á esta nueva vida, y es necesario atraerlas para que vean en la obra educativa su única salvación, el medio único de romper las cadenas invisibles con que hoy los atan preocupaciones, supersticiones y miserias de muy varia especie.

Ahora ó nunca pudiera decirse que es el momento oportuno de intentar en España una acción colectiva en pro de la educación nacional. Mas se dirá, ¿y cómo realizar esa acción? El problema que esto entraña es harto complicado, y no pienso que sea posible tratarlo con toda la amplitud necesaria en un artículo de una revista. A esa acción tendrían que contribuir elementos muy complejos y difíciles de manejar; exigiría su iniciación tanteos muy varios, algunos hechos ya, como v. gr., el intentado con tan simpático espíritu por el Ateneo de Valencia; la prensa diaria, esa prensa que, como dejo dicho, parece que comienza á advertir la conveniencia de tratar y de agitar los asuntos pedagógicos, tendría muchísimo que hacer, como también correspondería un papel preeminente á las instituciones docentes, tan muertas y tan apartadas—cosa verdaderamente inconcebible—del movimiento educativo, y tan indiferentes, por lo común, ante las necesidades reales de su misión... remunerada. Pero de nada de esto quiero hablar hoy, al menos especialmente. Para esa acción colectiva importa también la intervención decidida é inteligente de aquel poder directivo de la vida nacional que es capaz de aunar en un sentido dado mayor suma de medios y de esfuerzos, pues nadie como él está en condiciones de provocar un movimiento general en el país. Me refiero al Estado y á su órgano específico, el Gobierno. Considero necesarios todos los elementos indicados y muchos otros que un análisis social nos haría descu-

brir, para la eficacia de la acción colectiva en la reforma educativa que España pide con tanta urgencia; pero por el momento sólo voy á fijarme en la intervención que toca al Estado, intervención que para darle un nombre propio y breve llamaremos *política pedagógica*. A mi ver, una de las cosas más indicadas en la situación presente es esa precisamente: es necesario *iniciar* pronto, muy pronto, una *política pedagógica*, cosa nueva, sin duda, en España, absolutamente nueva, pues no merecen el nombre de tal las calamitosas intervenciones con que se señala el paso de la mayoría de los Ministros de Fomento por la Instrucción pública, ni tampoco las reformas parciales inspiradas en alto sentido algunas veces, acometidas por las contadísimas personas de ideal y de ideas que, por casualidad, han dirigido entre nosotros la enseñanza. Apenas si se ve algún destello rápido y brillante de lo que debería ser esa política pedagógica, allá en las épocas nada normales de la revolución de Setiembre, y en alguna discusión parlamentaria.

### III

Pero ¿qué es, qué debe ser una política pedagógica? Aunque al designar con ese nombre la participación que corresponde al Estado en la acción colectiva de todos los elementos del país para crear una educación nacional, se indica ya algo de lo que es, conviene insistir, para definirla primero de una manera que pudiéramos llamar sintéticamente, sin perjuicio de detenernos después en justificarla y en marcar su proceso deseable y las cosas más interesantes y urgentes en que podría concretarse de una manera histórica y práctica.

La política pedagógica no implica sólo la intervención del Gobierno en la enseñanza como mero inspector y pagador más ó menos moroso y espléndido, ni supone que el Gobierno enseñe, efectivamente, ya que no tiene ni debe tener competencia para ello. En mi concepto, una política pedagógica es algo

análogo á la acción iniciada por un Ferry en Francia, y mantenida y continuada desde Ferry por todos los Ministros de Instrucción pública de la tercer República: si queremos ver tal política en sus resultados, hay que considerarla en la energía con que allí se dió carácter propio de neutralidad verdadera á la escuela primaria, en el aumento verdaderamente asombroso del número de escuelas, en su mejoramiento incalculable, en el crecer incesante de los gastos de la enseñanza, en la multiplicación de los centros de instrucción popular, técnica, de la mujer, y en la reforma no interrumpida de las instituciones de enseñanza superior, sobre todo en la transformación pedagógica de las Universidades. La acción más palmaria de esa política se advierte en Francia, como se advierte en Inglaterra, en el desprendimiento con que el Estado se conduce cuando de mejorar la educación nacional se trata.

Comparad, si no, países como los dos citados, que han desarrollado una política viva y decidida en la enseñanza, con el nuestro, que desconoce en absoluto lo que es eso: nuestro presupuesto de escuelas—provincial, municipal y del Estado—anda alrededor de los 27 millones de pesetas, y en cambio en Inglaterra la subvención sólo del Parlamento para Inglaterra y País de Gales, era en 1897 de cerca de 6 millones de libras esterlinas. Pasa en Francia la cifra del presupuesto de la primera enseñanza de 198 millones de francos. Un maestro en Francia no cobra menos de 1.000 francos al año si es titular, y 800 si es auxiliar: el sueldo mínimo de un maestro en Inglaterra es de 1.250 pesetas. ¿Y en España? ¡Ah! en España hay más de 2.000 maestros con menos de 250 pesetas, y unos 800 con menos de 125: en un concurso de escuelas he visto algunas anunciadas con ¡90 pesetas y hasta con 62,50 de sueldo anual! Un país que tiene tales vergüenzas en la instrucción pública, no puede decirse que sabe lo que es la política pedagógica.

Porque, ¿cómo si la enseñanza fuese una *preocupación* permanente de los políticos, un verdadero problema de gobier-

no, habría de ofrecerse ese espectáculo lamentable que ofrece el presupuesto de nuestra instrucción pública? ¿Cómo consentir maestros condenados á percibir esos sueldos irrisorios? ¿Qué idea tiene el Estado de la misión del maestro cuando lo coloca cien codos por debajo del jornalero más humilde? Eso sin contar con la vergüenza de las vergüenzas de la deuda escolar, que anda siempre alrededor de ¡nueve millones de pesetas!

Y, ¿se puede hablar de política pedagógica, es decir, de que la haya hasta ahora, cuando tan reciente está lo ocurrido con el presupuesto de instrucción pública últimamente discutido por las Cortes y vigente en la actualidad? ¿Qué manera más estrambótica de hacer patria y de regenerar el país! ¿Qué idea más levantada de su misión revela el redactor del proyecto sometido á las Cortes! Tomando al pie de la letra peticiones harto precipitadas de Cámaras de Comercio y Agrícolas, sobre supresión de Universidades, el Ministro proponía supresiones de Facultades, y además la de Institutos tan importantes como la Estación biológica de Santander y el Meteorológico de Madrid. ¿No comprendía el Ministro que de ese modo subíamos al nivel de Turquía, que, en efecto, no tiene semejantes Institutos? Además, como hemos gastado, con exceso por lo visto, en la construcción de edificios escolares, rebajábase la exigua cantidad asignada á ese servicio..... Era, en verdad, el desdichado presupuesto, obra de reacción encubierta, como hacía notar, si no recuerdo mal, el señor Conde de Romanones, aunque luego se procurase disfrazar la obra ministerial con tonadillas más ó menos liberales.

Realmente, pocas veces se ha despreciado como ahora el clamor bien definido de las varias representaciones de la opinión pública. Porque si las estudiásemos con detenimiento, veríamos que en libros como el del malogrado escritor señor Macías y Picavea (1), en las manifestaciones hechas en los pe-

---

(1) *El problema nacional*: Véase también el reciente libro del señor Morote, *La moral de la derrota*, especialmente. Parte segunda.

riódicos por tantos y tan varios representantes del genio nacional, así como en los manifiestos más notables en que se han condensado las aspiraciones del país *neutro*, y en las Asambleas de Zaragoza, se pide una reforma radical en la enseñanza (1), y se reclama para esta función social todo género de medios y sacrificios; las diversas clases sociales han visto claro que los millones que se apliquen á ese fin son reproductivos, revelando, aunque de una manera implícita, que reconocen la necesidad urgentísima de desarrollar una *política pedagógica*; están, en verdad, los comerciantes y los labradores muy por encima de los políticos que usufructúan el Gobierno (2).

#### IV

Y ¿cómo podríamos desenvolver esa política pedagógica en España? Es esta la parte más difícil del asunto, no de concebir ni aun de explicar, sino desde el punto de vista de la acción. Porque es tal el género de condiciones que semejante política exige, para producirse de una manera eficaz y no ficticia, que después de considerar imparcialmente el personal disponible, conocido y experimentado, se cae, sin poderlo remediar, en el más desesperante de los pesimismoes.

Una política pedagógica pide orientación culta y elevada, y el mundo político al uso ni peca por su excesiva elevación de miras, ni muere, de seguro, de empacho de cultura; exige

---

(1) Un resumen muy completo de estas diferentes reclamaciones de la opinión en lo referente al problema de la enseñanza, puede verse en el artículo del señor Giner, *El Problema de la educación nacional y las clases productoras*, publicado en el *Boletín de la institución libre de enseñanza* (núm. 478) del 31 de Enero de 1899.

(2) Véase el libro, obra sin duda del señor Costa, *Reconstitución y europeización de España, Programa para un partido nacional*. Madrid, 1900.

sinceridad, y la política en España es la más continuada de las hipocresías, un mundo de la mentira y del engaño, comedia pura; requiere fe en el ideal, y nuestros políticos son, en general, escépticos; muchos de ellos viven en perpetua y extraña contradicción: enemigos encubiertos de la política moderna, formados no pocos en las tendencias más contrarias, á las que suponen é inspiran el régimen moderno, régimen de libertades, representativo, democrático, proceden por necesidad falseando en su cimiento mismo las instituciones del país: tendría que ser la política de la enseñanza una política liberal, progresiva, de ancha base, neutral ante las confesiones dogmáticas, respetuosa en grado sumo con todas las creencias, con vistas á la ciencia y no á la teología, y en España el partido conservador tiene, como principal factor intelectual, ciertos elementos de la unión católica, enemigos jurados de la educación por el Estado, y, por otra parte, el llamado partido liberal jamás ha sabido darse cuenta de lo que es desarrollar un programa progresivo en la enseñanza (1). Constituído este partido con personalidades de muy varia procedencia, si á veces ha iniciado alguna reforma de alta significación educativa, repercusión simpática de lo que se estima indispensable en los pueblos cul-

---

(1) La idea que sostengo en el texto puede verse, en cierto sentido, confirmada por un muy distinguido diputado liberal, el Sr. Conde de Romanones, de quien es el párrafo que copio á continuación, párrafo tomado de uno de los discursos pronunciados por dicho señor en la discusión del vigente presupuesto de Instrucción pública; dice así: «Ya ha llegado el momento, para todo aquel que sea liberal, de ponerse á la defensiva. ¡Ah! En este caso pudiera yo lamentarme de que *los afines no cuidaran á tiempo de mantener incólumes los principios liberales de la enseñanza, como debieran hacerlo.*» Y luego añade: «Yo tengo mi esperanza en el porvenir; sé que aguardan á los liberales mejores tiempos: y lo que *no han podido hacer hasta ahora, por razones que no voy á dilucidar.....*, lo harán en lo porvenir, cuando el partido liberal, con una bandera homogénea, sea la defensa, en todos los terrenos y en todos los conceptos, de los principios democráticos.» (V. Congreso de los Diputados.—Extracto oficial.— Sesión del 5 de Enero de 1900, p. 21.)

tos, otras, las más, ha dejado que la enseñanza cayese por completo en manos de liberales *grises*, los cuales, ú ofrecían, bajo apariencias engañosas, con el barniz de la pedagogía moderna, verdaderos retrocesos pedagógicos, ó bien consentían actos de debilidad tan sorprendentes como el de la restauración de las cátedras de Religión en la segunda enseñanza, cosa á que el partido conservador no se atrevió en los momentos que pudieron aparecer más favorables. ¡Ah! ¡Si el partido liberal se hubiera dado cuenta de su misión en la enseñanza! ¡Si hubiera seguido la orientación iniciada por el Ministro Albareda!

Pero aunque sea teniendo presente todo lo expuesto, aun no abrigando, por tanto, esperanzas ni teniendo excesivas ilusiones respecto de lo que haya de hacerse en un porvenir más ó menos remoto, desde el poder por la educación nacional, veamos en breves palabras y de una manera positiva lo que una política pedagógica supondría necesariamente.

Supondría primero que el partido, liga ó lo que fuese que la iniciase, viese en el problema de la enseñanza el problema primero de nuestra tan manoseada regeneración nacional. No estoy en este punto conforme con la opinión del respetable jurisconsulto Sr. Durán y Bas, cuando afirma en general la opinión «de que la reconstitución de nuestras fuerzas sociales ha de comenzar por las de carácter económico» (1). La reforma económica, entendiéndola por ella no la liquidación financiera del desastre, sino lo que con profundo conocimiento de la materia entiende el Sr. Durán y Bas, aunque urgente, no puede estimarse como la primera en la reconstitución nacional; si ésta, como el mismo escritor citado declara, ha de ser una reconstitución que simultáneamente abarque todas las fuerzas sociales, porque «en el estado de la sociedad española es necesaria una reconstitución integral» (2), ¿cómo no poner en pri-

---

(1) *Nuevas direcciones* en la *Revista Contemporánea*, núms. 579-580 de Enero y Febrero de 1900, págs. 8 y 9.

(2) *Idem*.



mera línea la reforma, integral también, de nuestra enseñanza, cuando de lo que más carecemos en este desdichado país es del pan del espíritu? No pongo en duda ni por un momento, que el español se nutre mal, que es sobrio, no tanto por virtud como por necesidad, pero al fin el español tiene por lo común el alimento mínimo del cuerpo, y en cambio millones de españoles—lo dice el censo—no reciben alimento alguno intelectual. Cierto es que urge en España una reforma administrativa que oriente de un modo más libre las fuerzas nacionales, que rompa las cadenas de una burocracia insoportable; pero es más urgente aún llenar de escuelas regulares, por lo menos, al país, pagar á los maestros, formar, en suma, al español para la vida moderna, porque no es pequeño el peligro que corremos si con una precipitación excesiva, y llevados por la fuerza de las palabras, reformamos radicalmente la organización política de España, sin contar con que los elementos que al fin se manejan están constituídos por masas de hombres ineducados é ignorantes.

Supondría además esa política que el partido llamado á realizarla, se habría hecho á la idea de que hay que gastar en enseñanza sumas relativamente enormes; es preciso decirlo: no se puede pensar en nada mientras no estemos dispuestos á gastar en el presupuesto de Instrucción pública un dineral; un país como el nuestro, que no tiene, en rigor, enseñanza, necesita realizar un gran esfuerzo económico si quiere tenerla: mientras escatimemos, no ya los millones, sino las pesetas en este *ramo* de la administración, estaremos perdidos. ¿Se puede pensar siquiera en tener enseñanza pública sin tener el número suficiente de escuelas? ¿Quién pretenderá con esto hacer la enseñanza primaria obligatoria de una manera efectiva, si no hay locales donde darla ni maestros en número suficiente? No importa que un Ministro afirme, sin duda con la mejor intención del mundo, que no estamos tan mal, porque tenemos tanto número de escuelas ¡como Inglaterra! Partíase ahí probablemente de una equiparación errónea entre lo que aquí llama-

mos escuela—un grupo de niños con un maestro—y lo que en Inglaterra es una escuela. Cada escuela ó grupo escolar en Inglaterra tiene varias clases: y así ocurre que en España tenemos unos 30.000 maestros, mientras en Inglaterra y País de Gales sólo hay nada más que 130.773; por otro lado, en España están matriculados en las escuelas 1.104.779 niños, quedando fuera ¡dos millones y medio aproximadamente! Y en Inglaterra y Gales asisten á sus escuelas 5.507.039 (1). Todo esto sin contar con la situación de las normales, la falta de una inspección de la enseñanza—que tiene que costar más de lo que cuesta,—la mala distribución del gasto de la segunda enseñanza, la creación urgentísima de enseñanza para la mujer, las subvenciones indispensables para promover la educación de los adultos de las clases obreras, las pensiones que por centenares debieran concederse á profesores y alumnos de las enseñanzas técnicas y superiores para estudiar en el extranjero, el aumento *colosal* de las partidas destinadas á material científico, etc., etc. Fíjese, fíjese el lector el dinero que todo eso exige, y díganos si cabe política eficaz en la educación nacional sin esta condición que venimos razonando. ¿Y no podría esperarse un esfuerzo económico como el que se solicita, de un país que ha derrochado varias veces su fortuna en guerras desatentadas, en escuadras inútiles, y que mantiene presupuestos tan considerables para ejército y culto y clero?

Y no sólo esto. Nuestra deseada política pedagógica exigiría también que el Ministerio de *Instrucción pública* se considerase, no como se consideraba el de *Fomento*, como un Ministerio *de entrada*, sino de *término*, en la carrera política ministerial. No debería jugarse con él para premiar servicios parlamentarios y de partido, más ó menos meritorios y estimables; es un Ministerio el de Instrucción pública, en las con-

---

(1) V. la Memoria leída por el señor Marqués de Palomares en la Asamblea de las Cámaras agrícolas de Zaragoza, y Cossío, *La enseñanza primaria en España*.

diciones en que el país se encuentra, que debiera ir á manos de persona de empuje, y de prestigio político suficientes, para poder pedir todo lo necesario, con autoridad tal, que ninguno de sus compañeros de Gabinete se atreviese á discutir. Mientras no veamos llegar al Ministerio de que hablamos á un político eminente, indicado para el caso por la opinión, en razón de la confianza que hubiera sabido inspirar y de la competencia por él revelada en asuntos de educación, hombre en suma *buscado* para el caso, ¿qué garantía seria podrá ofrecérsenos de que se iniciará vigorosamente la campaña difícil y *costosísima* que la política pedagógica exige? Sin duda, aun así, es decir, aun llevando al hombre indicado á la enseñanza pública, todo podría fracasar, empezando por el hombre mismo, pero ¿no se piensa siquiera en el efecto general que en la masa del país debe producir la consideración de que el Departamento de la educación no es de primera categoría en la gradación ministerial?

Por otro lado, el Ministerio de Instrucción pública, como entidad administrativa, como centro ó colmena de funcionarios, tendría que transformarse por completo, tanto en el personal como en los procedimientos burocráticos. Las Obras públicas las dirigen *técnicamente* los ingenieros, la enseñanza tiene una dirección oficinesca, incompatible con todo espíritu verdaderamente pedagógico; el expedienteo la mata; la política la desorganiza; los influjos del *parlamentarismo* en el funcionamiento de cuanto se refiere á la vida del profesorado — oposiciones, concursos, nombramiento de personal, etc. — y del magisterio primario, á la disciplina escolar, á la distribución de las partidas destinadas á subvenciones, etc., etc., son desmoralizadoras en extremo. Notorio es lo que pasa con el nombramiento de Tribunales de oposiciones; notoria la desconsideración con que suele tratarse á los claustros de las Universidades en la designación de auxiliares, y en materia de disciplina escolar.....; notorios, en fin, los mil y mil abusos que la enseñanza padece, reflejo, sin duda, de lo que pasa

con toda la administración española, pero no por eso disculpable y sostenible. Esto, sin contar la necesidad urgentísima de dar cierta estabilidad á la dirección inmediata de los distintos grados de la enseñanza pública, como ocurre, v. gr., en Francia, donde Mr. Buisson fue el Director técnico y pedagógico de la educación primaria lo menos diez y seis años, y Mr. Liard es, desde hace mucho tiempo, Director de la Superior, sin consideración alguna á los cambios ministeriales que impone á veces con excesiva frecuencia el régimen parlamentario.

Y aún podríamos señalar otras condiciones, no menos deseables, para que en España fuese legítimo pensar en la posibilidad práctica de una política pedagógica; pero basta lo dicho: quizá deben estimarse las expuestas como el *mínimum* de las exigencias; insistir en recargar el cuadro de estas, no lo creo preciso; con ello, contribuiríamos á acentuar aquel desesperante pesimismo á que poco más arriba me refería, cosa que después de todo no estimo patriótica, por mucho á que obligue la absoluta sinceridad con que se debe hablar siempre al público.

Nos falta ahora por examinar otro aspecto del problema, que á vuela pluma no más estamos tratando. ¿Qué debería hacer esa *política pedagógica*, una vez declarada posible? ¿Sobre qué asuntos debería ejercerse la acción bienhechora y redentora, como pocas, de una política reflexiva, firme y serena, en la educación nacional? Hay en verdad tanto que intentar, tantas cosas sobre que poner la mano, que la gran dificultad está en saber elegir, graduando con arte la urgencia relativa de las cuestiones que es preciso plantear y resolver en el campo, sin espigar casi por completo, de la instrucción pública.

Pero, por rápido que sea el examen del programa ó cosa así, de la política pedagógica, no es posible hacerlo aquí: requiere estudio aparte, que en otra ocasión haremos.

ADOLFO POSADA.

# LOS HIJOS VENGADORES

## EN LA LITERATURA DRAMÁTICA

---

### CONCLUSIÓN

### VI

#### LEYENDA PRIMITIVA DE HAMLET

(Traducción de la narración latina de *Saxo-Grammaticus*.)

Por aquel tiempo, Rorico le dió por sucesores á Horvendilo y Fengo, cuyo padre Gervendilo había sido Virrey de Yutlandia. Durante un reinado de tres años, Horvendilo se granjeó tal renombre como pirata, que Colero, Rey de Dinamarca, envidioso de su gloria, juzgó que para él sería mengua no eclipsar con proezas superiores á aquel famoso navegante. Recorrió el mar en busca de su amada, y al cabo dió con ella. Había en medio de aquel mar una isla, cuya amena ribera atrajo á ambos piratas con sus naves. La grata perspectiva indujo á los caudillos á internarse en la arboleda y en la maleza, y á recorrer la selva, muy abundante en caza. Encontráronse en una de sus correrías Colero y Horvendilo, y esto dió margen á un reto. Horvendilo preguntó entonces al Rey qué especie de combate sería más de su agrado para poner término á aquella disensión, añadiendo que era preferible el menor número posible de campeones, y que no había medio más seguro para alcanzar la palma de la victoria, que acudir á un combate singular, pues el valor verdadero prescinde de ajena ayuda.

Colero, cautivado por el valeroso lenguaje de su adversario, le contestó:

«No cabe en mí negarme á la propuesta que me haces; sólo requiere el brío de dos hombres y evita toda incertidumbre. Así es, en verdad, como se logra el triunfo con mayor prontitud y aliento. En este punto concuerdan nuestros pensamientos. Mas el éxito es dudoso; hay que tener en cuenta los sentimientos humanos, y no nos cumple dejarnos llevar á tal punto de las impresiones del momento, que olvidemos los últimos deberes. Tregua al encono que enciende nuestro ánimo, para atender oportunamente á los fueros de la piedad. Si la discordia de nuestros corazones nos separa, nos avienen los derechos de la naturaleza, y común conciencia nos liga, á despecho de la envidia que nuestras almas emponzoña. Dejémonos gobernar ahora por la piedad, y quede encargado el vencedor de las honras funerales del vencido. Así se satisface la obligación postrera de la humanidad, de la cual no se exime ningún hombre piadoso. Cumple á todo campeón rendir á su adversario tal homenaje cuando el odio se halla extinguido. La suerte pondrá fin á nuestra querella, y los funerales apaciguarán nuestra animosidad. No quede rastro de crueldad entre nosotros, á pesar del resentimiento que en vida nos aparta, y respetemos nuestras cenizas. Gala será del vencedor hacer con pompa el duelo del vencido. Honrar los muertos, granjea la voluntad de los vivos: todos tienen por noble acción otorgar á los difuntos cuanto á la dignidad humana es debido.

»Heridas graves nos afligen á veces con males no menos lamentables. Un adalid pierde uno de sus miembros y conserva el soplo de su vida; justo creo, en tal caso, guardarle miramientos, del propio modo que cuando ha espirado. Semejante contratiempo, es considerado como más desastroso que el trance postrero. La muerte nos libra de la memoria de nuestros males: el vivo no puede olvidar la ruina de su propio cuerpo. Hay que dar alivio á tamaña desgracia. Convengamos en que aquel que hiera al otro, ha de darle, como indemniza-

ción, diez libras de oro. Debemos compadecer los males ajenos; pero es más natural todavía que nos apiademos de los males propios. Nadie debe prescindir de sí mismo, y quien lo hace, se hiere como con mano parricida.»

Hecha recíprocamente la promesa, trabaron el combate, pues ni lo casual del encuentro, ni los apacibles encantos de aquel paraje, fueron parte á evitar que desnudasen los aceros. Llevado Gordenvilo de su ardimiento, más pensaba en atacar que en defenderse: arrojó la adarga y empuñó la espada con ambas manos. El éxito coronó su arrojo. Derribó á Colero, exánime, después de haberle roto su escudo con redoblados golpes y de haberle cortado un pie.

No olvidó lo convenido. Con regia grandeza erigió en honor del vencido una suntuosa tumba, y celebró sus funerales con pompa extraordinaria. Poco tiempo después atacó y mató á Sela, hermana de Colero, la cual tomaba parte en las empresas de los piratas, y estaba acostumbrada á batallar.

Después de tres años de guerreras hazañas, Hordenvilo ofreció á Rorico escogido y rico botín, con el fin de granjearse el primer lugar en su voluntad. Logró, en efecto, su favor y obtuvo la mano de su hija Geruta. De esta unión nació Amleto.

En vista de tamaña ventura, Fengo, enardecido por la envidia, formó el propósito de tender lazos á su hermano. Ni el hombre más esforzado está al abrigo de la perfidia de sus más cercanos parientes. Hallando ocasión para el parricidio, sació con sangre el ansia funesta de su corazón. Fengo añadió al asesinato el incesto, apoderándose de la esposa de su hermano, á quien había degollado. El que se ha engolfado en la sangre no se para ante nuevas maldades. Un crimen lleva á otro crimen. A fin de disculpar sus atrocidades con las apariencias de un motivo laudable, acudió á la más osada arteria, cohonestando el parricidio con el nombre de una acción honrada. Afirmó que había dado muerte á su hermano con el único fin de librar á Geruta, dechado de humildad y dulzura,

é incapaz de dañar á nadie, de las violencias de su esposo, que profundamente la aborrecía. Coronó el éxito su abominable empresa, porque la mentira fácilmente es bien recibida entre los magnates, donde los truhanes suelen hallar favor y los calumniadores honra. Por donde Fengo no titubeó en entregar su parricida mano á torpes caricias, dando remate á su doble impiedad con un nuevo crimen.

Temeroso Amleto, después de tales actos, de parecer peligroso á su tío si obrase como un sér dotado de razón, aparentó haber perdido el seso; fingióse bobo, y con tal traza ocultó sus prendas naturales, atendiendo á su salvación. A vista de su madre se revolcaba todos los días en sitios asquerosos, poniéndose sucio y repugnante. La descomposición y el desaseo de su rostro le daban el aspecto de un loco estrafalario. Sus palabras denotaban delirio, y sus acciones carencia de entendimiento. En suma, no parecía un sér humano, sino un monstruo, que en su vil condición se gozaba. Colocábase á veces en cuclillas junto al hogar, removiendo la ceniza con las manos, y entretenido en labrar estacas que endurecía al fuego, uniéndolas después con garfios que colocaba en los cabos, para darles mayor consistencia. Cuando le preguntaban cuál era su objeto, contestaba que hacía agudos dardos para vengar la muerte de su padre. Esta contestación provocó grandemente á risa y fue escuchada con desprecio. Más adelante, sin embargo, aquella obra de las estacas le fue muy provechosa en su empresa. No faltaban gentes de más delicado discernimiento, que, en vista de aquella tarea, concibieron la primera sospecha de que allí había alguna sutileza escondida. Por sencilla que fuese la obra, revelaba cierto instinto de artífice, y no era dable creer en la enagenación mental de quien con tanto afán ejercitaba la mano en aquel oficio. Además de esto, iba Amleto guardando cuidadosamente todos aquellos palos endurecidos al fuego. Persuadidos de que había en todo ello una astucia encaminada á disimular profundas intenciones del corazón, algunos cortesanos imaginaban que tras de aquella supuesta fla-



queza del entendimiento se columbraba la cordura de un alma sana. Pensaban, pues, que el medio más eficaz para poner en claro la sagacidad de Amleto, sería proporcionarle, en paraje lejano, el encuentro de una mujer de singular belleza, que encendiese en sus sentidos los deseos del deleite. El súbito arranque de la naturaleza le impediría persistir en el disimulo, la astucia no podría sobreponerse á un impulso tan poderoso, y el Príncipe mancebo olvidaría su fingimiento, arrastrado por un incentivo irresistible. Escogiéronse personas que acompañasen á Amleto en una excursión á caballo hacia la parte más distante de la selva, donde debía verificarse la tentación proyectada. Por casualidad era una de ellas un hermano de leche de Amleto, que no había olvidado el afecto que los unió en edad temprana; y más enamorado de lo pasado que de lo presente, formó el ideal propósito de advertir á su amigo de la intención engañosa de los cortesanos que le rodeaban. Había comprendido el riesgo á que Amleto quedaría expuesto si llegaba á manifestar el menor destello de cordura ó se rendía al embeleso del amor. Amleto, por su parte, no estaba desprevenido. Cuando le mandaron que montase á caballo, se colocó de espaldas á las crines y mirando á la cola, la cual agarró como para que le sirviese de brida. Con la ingeniosa traza desbarató en aquel punto la trama de su tío, evitando caer en el lazo. Fue irrisorio el espectáculo cuando el caballo echó á andar guiado por la cola.

Ya en camino, Amleto encontró un lobo en la espesura. Dijéronle sus compañeros que era un potro, y él replicó que Fengo tenía en su caballería pocos animalas de tal ralea, haciendo así, en forma donairosa, una alusión maligna á la situación de su tío. Discreta pareció esta réplica, y él añadió que deliberadamente se había expresado en aquellos términos, para no ser motejado de embustero; pues, deseoso de ser tenido por enemigo del engaño, confundía en sus palabras lo verdadero con lo fingido, á fin de que no faltase la verdad en ellas, y que, al propio tiempo, la ingenuidad no frustrase la sutileza.

Caminando á orillas del mar, hallaron sus compañeros el timón de una nave que había naufragado, y exclamaron que era un cuchillo de desmesurado tamaño. Amleto dijo que serviría para cortar inmensos perniles, indicando así la inmensidad del mar. Cuando en las dunas le enseñaron la arena, dándole por harina, dijo que había sido molida por las espumosas ondas del mar. Al aplaudir sus compañeros esta réplica, él les afirmó que lo había hecho con todo su sentido.

Dejéronle al cabo solo, para que procediese con entera libertad, y á poco encontró á una doncella que su tío había hecho colocar en un lugar distante. Acaso se habría dejado llevar de sus naturales impulsos si su hermano de leche, por medio de una señal secreta, no le hubiera infundido recelos de las asechanzas de que era blanco. Pensando en el modo de darle un consejo reservado y de contener los peligrosos ímpetus sensuales de la juventud, ocurrió al hermano de leche sujetar una pajita en la extremidad de un tábano. Al punto encaminó al insecto hacia el sitio donde Amleto se hallaba, prestándole con esta advertencia un favor insigne, pues la señal fue comprendida con la misma perspicacia que la había sugerido. En cuanto atisbó Amleto el tábano que llevaba la paja, entendió que era misterioso aviso de una traición, de la cual era forzoso precaverse. Alarmado y cauteloso, llevó consigo á la doncella á un sitio distante, pantanoso y casi inaccesible, á fin de poder gozar de sus caricias con absoluta seguridad. Logrado su objeto, rogó con vivo encarecimiento á la joven que á nadie revelase lo que había acontecido. Ella y Amleto habían sido criados en su infancia por unas mismas personas. La costumbre de vivir juntos había inspirado á la niña afición al Príncipe: así es que la promesa por éste requerida fue fácil y sinceramente otorgada.

De vuelta al palacio, todos le preguntaron, en son de burlas, si había gozado con la niña de los deleites del amor. Respondió afirmativamente. Hiciéronle otras preguntas acerca del sitio y la manera, y dijo que habían descansado sobre el casco

de una acémila, sobre la cresta de un gallo y sobre un tejado, porque el marchar con la mujer había recogido fragmentos de aquellas cosas á fin de evitar la mentira. Tan extraña contestación hizo reir á todos los presentes, aunque la broma del Príncipe en nada alteraba los hechos. Preguntaron entonces á la joven, y ella aseguró que nada de aquello había ocurrido. Creyéronla con tanta mayor facilidad, cuanto que los que acompañaron á Amleto nada habían advertido.

El que había prevenido del riesgo al Príncipe por medio del tábano, deseoso de manifestarle que su astucia le había salvado, dijo que poco antes había tenido de él especial cuidado. Amleto contestó con igual discreción. Para demostrar á su amigo que le había entendido, refirió haber visto un pájaro, sostenido con alas, bajar repentinamente con una paja sujeta en la parte posterior del cuerpo. Esta respuesta, que causó risa á los demás, dejó á dicho amigo muy complacido de su cordura.

Evitados aquellos lazos, sin que se lograra descubrir el misterio de las facultades intelectuales de Amleto, un amigo de Fengo, más presuntuoso que hábil, fue de dictamen que no era fácil coger desprevenida, con trazas vulgares, la extremada sagacidad del ingenio del Príncipe, y que con medios ordinarios y sencillos sería en balde poner á prueba su obstinada y singular astucia. Añadió que le había ocurrido un plan por todo extremo ingenioso, el cual, sin ofrecer inconveniente alguno, daría desde luego el resultado que el Rey apetecía. Con pretexto de negocios graves se ausentaría Fengo durante algún tiempo. Entonces se encerraría á Amleto con su madre, y sin que ellos lo supiesen, se escondería una persona en algún sitio recóndito de la casa, á fin de escuchar todas sus conversaciones. Si el hijo estaba en uso de razón, no titubearía en declararlo á su madre, pues no podía abrigar desconfianza alguna de la mujer á quien debía la vida.

Brindóse para el oficio de espía el mismo que daba este consejo, mostrándose tan oficioso en sugerir el plan como en

llevarlo á cabo. Cautivó á Fengo la idea, y partió, pretextando un largo viaje. El consejero se introdujo cautelosamente en la cámara donde Amleto se hallaba encerrado con su madre, y para mejor ocultarse, se metió debajo de una cama de paja. Amleto, temeroso de que alguien le escuchase, supo preservarse de aquel ardid acudiendo á sus extravagancias de loco. Empezó á cantar cual los gallos al despertar; sacudió los brazos á guisa de alas, y saltó encima de la paja, donde se puso á bailar, haciendo contorsiones con el cuerpo para cerciorarse de si había allí algo escondido. Sintiendo cierta mole bajo las plantas, registró con la espada el sitio donde estaba, y habiendo sacado al espía, le dió muerte. Cortó el cuerpo en pedazos, los hizo hervir en agua y los echó en el muladar, á la vista de unos cerdos, que hallaron sabroso alimento en aquellos tristes despojos. Libre así de la pasada asechanza, volvió á la cámara de la Reina.

Cuando Geruta empezó á deplorar la violenta demencia que acababa de desplegar su hijo, éste le dijo: «Tú, la más vil de las mujeres, ¿por qué intentas ocultar el más execrable de los delitos bajo la falsa apariencia de tus lamentaciones? ¡Tú, que, cual prostituta, has aceptado un horrendo y criminal enlace, entregándote con incestuoso afecto al asesino de tu esposo! ¡Tú, que halagas con vergonzosas caricias al que ha dado muerte al padre de tu hijo! Así se juntan las yeguas á los vencedores de sus machos.

»Propio es de animales unirse de tal modo donde quiera que les aguija su apetito. A ejemplo suyo, has arrancado de tu corazón la memoria de tu primer esposo. Con fundado motivo estoy fingiendo la locura. No hay duda que quien asesinó á su hermano, haría igualmente al hijo de éste, blanco de su sangriento encono. Para dar alguna garantía á mi seguridad, más vale parecer demente que entendido. Pero el ansia de vengar á mi padre no muere en mi corazón; estoy en acecho de la ocasión, y espero que me ayuden las circunstancias. No sale todo bien siempre y donde quiera. Contra un alma cruel

y torcida hay que valerse de la astucia. A ti mal te cuadra condolerte de mi demencia; mejor te estaría llorar tu propia mengua. Por lo demás, fuerza será que calles.»

Destrozando Amleto con tales reconvenciones el corazón de su madre, despertó en ella el sentimiento de la virtud, y la indujo á anteponer á la liviandad presente el recuerdo de su amor primero. Fengo, á su regreso, buscó solícito á su confidente, y como nadie le había visto, preguntó por broma á Amleto si tenía noticia de su paradero. Contó el Príncipe que, habiendo ido aquel hombre á la letrina demasiado repleto de alimentos, había caído dentro, y que allí, por no poder levantarse, lo habían devorado los cerdos. Los presentes tomaron como de un loco aquella contestación verídica. Fengo, no obstante, recelaba sin tregua de los engaños de su hijastro, y habría querido deshacerse de él. Mas le contenían miramientos al abuelo Rorico y á su propia esposa. Resolvió valerse para ello del Rey de Britania ó Bretaña, salvando así las apariencias con el empleo de mano extraña. Prefería esconder su fiereza, haciendo recaer en un amigo la responsabilidad de su crimen.

Amleto, al marchar, rogó reservadamente á su madre que mandase cubrir con muy dobles y tupidos paños el salón de los banquetes, y que, transcurrido un año, hiciese celebrar en él sus funerales, prometiéndole volver para aquella época. Partieron con él dos hombres de la servidumbre de Fengo, á quienes confió éste una carta grabada en madera, modo usual de escribir en aquel tiempo. En la carta, Fengo prevenía al Rey que diese muerte al Príncipe. Pero entró él en sus camarotes mientras dormían, leyó las tablas, raspó lo escrito, y cambiando los términos, puso en lugar de su nombre el de sus compañeros. No satisfecho con haber eludido el peligro, apartando de sí la funesta sentencia, añadió, en nombre de Fengo, una falsa demanda de la mano de la hija del Rey para el virtuoso mancebo que le enviaba.

En cuanto desembarcaron en Bretaña, pasaron los envia-

dos á presentarse al Rey, y le entregaron la carta que encerraba su propia sentencia, cuando la juzgaban instrumento de muerte para otro. Disimuló el Rey, y los acogió con la más urbana hospitalidad.

Amleto, en el regio banquete, manifestó desvío á todos los manjares, como si fueran vulgar sustento. Todos se asombraron al ver que el Príncipe extranjero se abstenía de todas las bebidas y de todos los esmerados platos de la mesa real, como si aquel festín ostentoso fuese un obsequio mal escogido. Cuando, terminado el banquete, se despidieron los huéspedes, retirándose á sus habitaciones para pasar la noche, dispuso el Rey que se escondiese en ellas una persona que pudiese escuchar sus pláticas. Los que acompañaban á Amleto le preguntaron por qué se había abstenido en la comida como si temiese ser envenenado. Contestó que el pan sabía á sangre y la bebida á hierro, y que los manjares de carne olían como los cadáveres y recordaban los cementerios. Añadió que el Rey tenía mirada de siervo, y que la Reina, en tres ocasiones, había mostrado modales de criada. Los del séquito del Príncipe atribuyeron á extravío mental la áspera censura que hacía, no sólo de la comida, sino de los que la habían dado, y se burlaron de su atolondramiento. Dijéronle que hacía mal en ofender con descortesés palabras á un Rey esclarecido y á una dama de tan nobles costumbres, y que había correspondido mal á su cordial hospitalidad.

Enterado de todo el Rey por su confidente, quedó persuadido de que quien había proferido tales razones no era un mortal como los demás. Sólo cabía en un sabio ó un loco encerrar así en tan pocas palabras intuición tan profunda. Llamó á su presencia, para pedirle informes, al mayordomo que había proporcionado el pan; el mayordomo transfirió el asunto al panadero de la casa real, el cual fue igualmente llamado. Preguntóle el Rey de qué terreno procedía el trigo que había producido la harina, y si había en él vestigios de hombres muertos. Contó el panadero que aquel terreno había sido cam-

po de batalla, que estaba lleno de huesos humanos, evidentes indicios de una gran matanza, y que en él habían hecho la siembra con la esperanza de abundante cosecha, sin imaginar que el trigo pudiese tomar mal sabor. Esta explicación hizo comprender al Rey que tenía fundamento lo que Amleto había dicho, y preguntó de dónde provenía el tocino. Le informaron de que, habiéndose escapado un día los cerdos por descuido del porquero, comieron hasta la saciedad del cadáver podrido de un ladrón, de modo que pudo inficionarlos la carne corrompida. Viendo el Rey que también en esto había acertado Amleto, preguntó con qué líquido habían compuesto la bebida. Cuando supo que era una mezcla de cebada y agua, mandó cavar el pozo. Hallaron en el fondo espadas corroídas por el orín, que habían debido comunicar al agua un gusto desabrido. No faltó quien explicase el mal sabor de la bebida por la circunstancia de que, al sacarla, se encontraron abejas que se habían alimentado en el abdomen de un muerto: tal vez la peste que transmitieron á sus panales había pasado al líquido.

Al ver el Rey que la censura del festín no era infundada, pensó que su mirada, que había sido tachada de traidora, podría emanar de impureza de raza. Se avistó secretamente con su madre, y le preguntó quién era su verdadero padre. Contestó ella que sólo con el Rey, su esposo, había tenido amorosas conexiones. Amenazóla su hijo con la tortura, y logró de este modo la confesión de su ilegítimo nacimiento. Su padre era un esclavo. Mortificóle en gran manera esta revelación afrentosa; pero no pudo menos de admirar la perspicacia del joven. Preguntóle por qué causa había ajado á la Reina atribuyéndole modales de criada, y á fuerza de darse por resentido del desfavorable juicio que el Príncipe extranjero había formado de su esposa, acabó por saber que era ésta de servil ralea. Amleto le dijo que había notado tres veces en la Reina actos de criada: se había cubierto la cabeza con un mantón; se había recogido el vestido al andar, y, por último, había

mascado un mondadientes de madera. Fuera de esto, recordaba el Rey que la madre de la Reina, á consecuencia de haber caído prisionera, había sido esclava, por donde su hija, así en modales como en origen, era de condición servil.

Convencido de que Amleto estaba dotado de ingenio casi divino, le otorgó la mano de su hija. Cuanto decía Amleto le parecía fruto de inspiración sobrehumana. A fin de dar cumplimiento al encargo de su amigo, mandó ahorcar al día siguiente á los compañeros del Príncipe. Aparentó Amleto ofenderse de lo que le complacía, y el Rey, para desagraviarle, le dió una pepita de oro. Amleto hizo fundir el oro, y le escondió en dos varales huecos.

Al cabo de un año se despidió y regresó á su país, sin llevar de toda aquella regia opulencia más que las dos varas rellenas de oro. Al llegar á Yutlandia, dejando su porte de los últimos tiempos, volvió á sus antiguas apariencias de desaseo y de los estrafalarios ademanes que le habían sido tan provechosos.

Habíase divulgado la falsa noticia de su muerte, y cuando se presentó de improviso, cubierto de harapos, en el salón donde se celebraba el banquete de sus funerales, quedaron todos consternados. Pero, pasada la sorpresa, al terror sucedió la risa, y los circunstantes señalaban con mofa á aquel cuyo duelo estaban haciendo. Preguntáronle por sus compañeros, y enseñó como tales los dos varales. «Aquí está uno—dijo;—aquí está el otro.» No es fácil determinar lo que predominaba en estas palabras, si la verdad ó la burla. Si bien la contestación parecía desvarío, no se desviaba mucho de los hechos, pues presentaba en lugar de los hombres la indemnización por ellos recibida. Colocóse entonces entre los escanciadores, y para aumentar el regocijo de los convidados, se esmeraba en servirles la bebida. Molestábale al andar la excesiva anchura de su ropa, y para recogerla, se ciñó una espada, la desenvainó, y adrede se hirió los dedos con el filo. Al verlo, los que estaban cerca sujetaron la hoja á la vaina por medio de un clavo. Para



realizar con más seguridad sus propósitos, Amleto llenaba sin descanso las copas de los próceres convidados. Todos se rindieron al vino: ya no podían moverse, y quedaron postrados en el regio salón, que les sirvió de cama después del banquete.

Habían caído en las redes de Amleto, y viendo éste que era propicia la ocasión para dar cima á sus designios, sacó del escondite en que se hallaban las estacas que había preparado, y volvió al palacio, donde los magnates se revolcaban en el suelo, dominados por la embriaguez y el sueño. Arrancando en seguida á viva fuerza las varas de hierro que sostenían los tapices colocados por su madre en las paredes del salón, los hizo caer sobre los durmientes, y los sujetó de tal manera con intrincados nudos, valiéndose de las estacas con ganchos, que ni uno solo de los que se hallaban debajo, por más esfuerzos que hicieron, pudo levantarse. Al punto prendió fuego al edificio, y un voraz incendio, rápidamente propagado por todas partes, abrasó á los convidados, que dormían ó en balde pugnaban por levantarse. Sin demora se encaminó Amleto á la cámara de Fengo, á quien antes habían acostado personas de su servidumbre; cogió su espada, que por casualidad estaba colgada junto á su lecho, y la reemplazó con la suya propia. Despertó entonces á su tío, y después de participarle que los magnates habían perecido en el fuego, «aquí está Amleto—le dijo— poderoso con la ayuda de sus ganchos de otro tiempo, y ansioso de exigir el justo castigo por el asesinato de su padre». Al oír estas palabras, Fengo saltó del lecho y fue muerto, mientras infructuosamente intentaba, á falta de la suya, desenvainar la espada de Amleto.

Tal fue aquel animoso Príncipe, digno de eterno aplauso, que se defendió cuerdamente, escondiendo con la ficción de la demencia un entendimiento superior á la índole humana. Así, no solamente preservó su vida de perversas asechanzas, sino que logró tomar venganza, preparada de un modo peregrino, del asesinato de su padre. Hábil guardador de sí mismo, brio-

so vengador de su sangre, no se sabe qué admirar más en él, si el valor ó la cordura.

Aquí acaba el tercer libro. Comienza el cuarto. (*Historias de los Reyes y Héroes de Dinamarca*, de Saxo-Grammaticus, folio 30.)

Amleto, después de satisfecha su venganza, andaba temeroso de someter su triunfo al fallo inseguro de la multitud. Juzgó prudente guardar reserva hasta ver el rumbo que tomaba la plebe, escasa de discernimiento. Las gentes de las cercanías, que habían divisado el incendio nocturno, acudieron temprano para enterarse de la causa, y hallaron el alcázar del Rey convertido en escombros. Registraron las ruinas, calientes todavía, y sólo descubrieron informes restos de los cadáveres abrasados. Todo había sido devorado por las llamas inexorables, y no quedaba rastro por donde hubiera podido columbrarse la causa de tamaño desastre. Encontróse también entre los vestigios sangrientos, el cadáver de Fengo, traspasado por el acero. Unos sintieron indignación, otros tristeza, otros secreta alegría. Quién deploraba la muerte del caudillo, quién se complacía en la desaparición del tirano parricida. La muerte violenta del Rey causó diversas impresiones. La pacífica actitud del pueblo animó á Amleto á salir del paraje donde se hallaba oculto. Reunió desde luego á algunos que le habían manifestado constante adhesión, y después convocó una asamblea, á la cual habló de esta manera:

«Si aún os doléis del fin desventurado de Hordenvilo, si respetáis la lealtad de los súbditos y la piedad de los hijos, no habéis de conmoveos ahora por la calamidad de que han sido víctimas vuestros señores. Aquí no se presenta á vuestros ojos la muerte de un Príncipe, sino la de un parricida. Más digno de conmiseración era aquel Monarca asesinado por el más atroz de los malvados, que no merecía el nombre de hermano. Todos habéis contemplado con lágrimas los miembros ensangrentados de Hordenvilo, su cuerpo cubierto de heridas. Este odioso verdugo obró así (es indudable) para privar á la nación de

sus fueros, de tal manera, que de un solo golpe dió á él la muerte y á vosotros la esclavitud. ¿Quién ha de ser tan desatentado que prefiera la crueldad de Fengo á la venerable memoria de Hordenvilo? Recordad con cuánto amor mi padre os atendía, cómo respetaba vuestros derechos, cómo os colmaba de bondades. Pensad en la pérdida del más benévolo de los señores y del más justo de los padres, reemplazado por un tirano, muerto por un asesino: volved los ojos á vuestras franquicias desconocidas y violadas, á vuestro país manchado por crímenes, al yugo que abrumba vuestros hombros. Mas ya llegó el término de tantos males. El delincuente cayó al peso de sus propios delitos; el parricida recibió el castigo de sus iniquidades. ¿Qué hombre cuerdo ha de preferir el daño al beneficio? ¿A qué alma, dueña de sí misma, le pesaría ver caer la sangre sobre la cabeza del que la ha derramado? ¿Quién se afligiría por la ruina del más sanguinario de los verdugos? ¿Quién lamentaría la caída del más despiadado de los tiranos?

»Yo, que ante vosotros me presento, soy autor de cuanto ha acontecido. Me declaro vengador de mi padre y de mi patria. He hecho solo lo que hubiéramos debido hacer juntos. Nadie me ha dado auxilio en semejante empresa; nadie me ha ayudado á llevarla á glorioso remate. No ignoro, sin embargo, que no me habríais negado generoso apoyo si os le hubiese pedido en nombre de la fidelidad debida á vuestro legítimo Príncipe; pero no he querido exponeros á riesgo alguno para castigar á los malvados, ni echar sobre vuestros hombros una carga que bastaban á llevar los míos. No he quemado, como los demás, el cuerpo de Fengo, á fin de que, entregándolo á las llamas, podais saciar en él vuestra justa venganza. No os detengais: levantad la hoguera, quemad ese cuerpo maldito, esparcid las cenizas del malvado, arrojad al viento esos restos odiosos: ¡ni urna ni sepulcro encierren los vestigios impíos de sus huesos! No quede rastro alguno del parricida. No descansen sus miembros en la tierra, ni contagien lugar alguno. No se manchen el mar ni la tierra, dando abrigo á este cuerpo vil.

»Lo demás ya lo he hecho. Sólo os queda cumplir este último deber piadoso. Esos son los funerales que merece el tirano: ese es el duelo debido al parricida. No debe conservar la nación los restos de quien le impuso dura servidumbre. En fin, ¿qué necesidad tengo de recordaros las penalidades que he sufrido, mis grandes cuitas y las desventuras, que conocéis mejor que yo mismo? Años enteros he pasado en la angustia, amenazado de muerte por mi padrastro, despreciado por mi madre, escarnecido por mis amigos: mi vida ha sido un infortunio sin tregua, una serie de sobresaltos y peligros. En una palabra, he vivido abismado en horrenda calamidad. Las quejas íntimas con que á veces deplorábais mi locura como obstáculo al castigo del parricidio, eran para mí testimonio secreto de vuestra simpatía, y además claro indicio de que no había salido de vuestro ánimo la sagrada memoria de la afrentosa pérdida de vuestro Rey. ¿Quién habría podido tener el alma tan dura y el corazón tan empedernido, que no se compadeciese de mis penas ni se conmoviese ante el espectáculo de mi infortunio? Vosotros no habéis manchado vuestras manos con la sangre de Hordenvilo, y no podéis menos de apiadaros de este desventurado, que se ha criado entre vosotros. Tened asimismo lástima de mi afligida madre, de vuestra antigua Reina, libre ya de la vergonzosa obligación, carga harto pesada para los flacos hombros de una mujer, de amar al hermano y al asesino de su esposo.

»Ya véis las circunstancias que me han obligado para dar cima á mi venganza, á envilecer mi inteligencia dándome trazas de bobo, á esconder la luz de la razón, á aparentar demencia. Juzgad ahora del acierto y eficacia de los medios empleados para lograr mi objeto. Me complazco en que seais los jueces de mi empresa. Hollad los restos del parricida, ensañaos con las cenizas de quien ha degradado á la esposa de su hermano inmolado, cometido todos los delitos, causado tantos desastres, puesto la traidora mano en su legítimo soberano, introducido la odiosa tiranía, y coronado con el incesto el pa-

rricidio. Llegó el momento de que déis vuestro amparo á quien ha sido ministro de la venganza y ejecutor de tan justo castigo. Prestadme ayuda y devolvedme mis derechos. He preservado de la mengua á la nación, he salvado de la infamia á mi madre, he acabado con la opresión, he sido juez del parricida, he evitado, volviéndolo en contra suya, los mortíferos é interminables ardides de mi tío. Yo padecía con los atentados cometidos contra mi patria y contra mi padre. He aniquilado al que tendía sobre vosotros su cetro de hierro, y ejercía mayor autoridad que la que conviene al hombre.

»Reconoced estos beneficios y el ingenio que los ha inspirado, y si la he merecido, otorgadme la potestad suprema. Recibidme cual cumple al autor de bien tamaño, como al sucesor de mi padre, que llega á vosotros, no manchado con sangre generosa, sino como legítimo heredero del trono, como vengador leal del crimen cometido contra su padre. Me debéis el bien de vuestra libertad recobrada, de vuestra cadena y vuestro yugo hechos pedazos. He puesto fin á un reinado afrentoso y á un poder tiránico: os he redimido de la esclavitud, os he vuelto á vuestro verdadero sér, os he restituído vuestra dignidad y vuestra gloria, he destruído al tirano, he triunfado del verdugo. En vuestras manos está el premio: ya conocéis mis merecimientos: mi título al galardón es mi valor.»

Esta oración del brioso mancebo cautivó todas las voluntades é hizo derramar lágrimas. Calmada la primera impresión dolorosa, fue Amleto declarado Rey por aclamación universal. Todos cifraban sus esperanzas en el claro entendimiento de un Príncipe que había sabido cubrir con un tupido velo su difícil empresa, y llevarla á feliz término con incomparable entereza. De admirar es, en efecto, que durante tan largo espacio lograrse esconder á todos sus misteriosos designios.

Después de su triunfo en Dinamarca, volvió Amleto á Bretaña, con tres bajeles espléndidamente equipados, para volver á ver á su suegro y á su esposa. Llevaba consigo la flor y nata de la juventud dinamarquesa, bien adiestrada en las armas, y

llena de gentileza y gallardía; que si en otro tiempo afectaba menesterosa y sórdida traza, ahora ostentaba pompa y magnificencia. Antes parecía inclinado á la pobreza; ahora hacía alarde de elegancia y de bizarría. Hizo pintar en su escudo todos sus actos gloriosos, desde su primera juventud. Diestro pincel había representado en él las principales escenas de sus desventuras y de su animosa constancia. Allí se veían: Hordenvilo asesinado; Fengo, parricida incestuoso, tío criminal; el sobrino, blanco de la irrisión de los cortesanos; las estacas con sus ganchos; los recelos del padrastro, el disimulo del hijastro; los diferentes lances y pruebas; la mujer empleada en la tentación del paseo campestre; el lobo amenazador; el timón encontrado en la playa; la entrada en la selva; el tábano con la paja: el joven Amleto advertido del manejo insidioso, y sus caricias á la doncella, resguardado del acecho de los que le seguían. Representaba también el escudo la mansión real; la entrevista del Príncipe con su madre; el espía descuartizado; los pedazos de su cadáver hervidos, arrojados al muladar y devorados por cerdos feroces. Veíase igualmente á Amleto descubriendo el secreto de los emisarios dormidos y sustituyendo unas palabras á otras, rehusando con desdeñosa grima los manjares y la bebida, observando la mirada del Rey y los vulgares modales de la Reina. Asimismo reproducían las figuras: los emisarios ahorcados; las bodas del Príncipe; su regreso á su patria; las varas rellenas de oro, presentadas á la corte dinamarquesa en lugar de aquellos emisarios; el Príncipe haciendo de escancador; la espada desenvainada que le hiere los dedos; la hoja sujeta con una clavija; el aumento del regocijo y el tumulto del festín; los tapices echados sobre los dormidos, y sujetos con nudos y ganchos; el incendio del palacio; los convidados abrasados; Amleto junto al lecho de Fengo, reemplazando la espada de éste con la suya inutilizada; por último, el Rey espirando á manos de su hijastro, que le hiere con su propia espada. Con arte primoroso había expresado hábil pintor todos estos hechos en el escudo de guerra de Amleto, reproduciendo la na-

rración con el dibujo, y realzando la obra con los matices del colorido. Los que acompañaban al nuevo Rey, para presentarse con más lucimiento, llevaban también escudos con adornos de oro.

Recibióles el Rey de Bretaña con afabilidad y ostentación. Preguntó, durante la comida, á Amleto, si Fengo vivía prósperamente, y su yerno le dijo que aquel por cuyo bienestar se interesaba, había perecido á mano armada. Con vivo afán hizo nuevas preguntas, y se llenó su alma de espanto al saber que era Amleto autor de aquella muerte violenta.

El y Fengo habían concertado que cualquiera de los dos que sobreviviese al otro, tomaría venganza de su muerte. Hallábase, pues, el Rey en la más penosa perplejidad. Movíanle, por una parte, la obligación en que estaba con respecto á su hija, y el afecto que á su yerno profesaba; por otra, la piadosa memoria de su amigo y el imperioso deber de cumplir su promesa y su juramento.

La fe jurada triunfó al cabo de los vínculos de la sangre, y á la alianza del parentesco se sobrepuso la obligación sagrada de vengar á su amigo. Grave delito le parecía, sin embargo, violar las leyes de hospitalidad, y así, juzgó lo más acertado valerse de mano ajena para el acto de la venganza, y esconder sus desafueros en el misterio y en las apariencias de la inocencia. Ocultó sus redes bajo el velo de urbanas atenciones, y la intención de dañar, con fingidas demostraciones de buena voluntad.

Habiendo fallecido recientemente la Reina, su esposa, dió á Hamleto el encargo de negociar para él un nuevo enlace, manifestándole que el tino singular de que había dado tantas pruebas, era razón que le había inducido á escogerle para misión tan escabrosa. Le refirió que la mujer cuya alianza le convenía, reinaba en Escocia, y se negaba á toda propuesta de casamiento, no tan sólo por su pudor extraordinario, sino también porque, á causa de su altivo carácter, detestaba á tal punto el matrimonio, que hacía matar á cuantos llegaban á

pedir su mano. Ni uno siquiera de sus muchos pretendientes se había librado del suplicio. No obstante el riesgo que tal embajada ofrecía, partió Amleto para llevarla á cabo, confiado en el valor de su gente y de la que le había dado el Rey. Ya en Escocia, estableció sus reales con avanzadas, no lejos de la residencia de la Reina, en una risueña pradera, junto al camino, que ofrecía pasto abundante á los caballos, y donde convidaba al descanso el dulce murmullo de un arroyo.

Enterada la Reina de la llegada de aquella gente forastera, envió, en guisa de reconocimiento, á diez donceles, que debían darle cabal noticia de su aspecto y de su actitud. Uno de ellos, que á los demás se aventajaba en arrojo y astucia, logró, esquivando los centinelas, llegar hasta el mismo Amleto, que dormía con la cabeza apoyada en su escudo. Con singular destreza, sin turbar el sueño del Príncipe ni de ningún otro de los hombres de la expedición, sacó suavemente el escudo y lo presentó á su señora, no sólo como testimonio del éxito de su encargo, sino asimismo para que viese quién era el recién venido. Con la misma habilidad había sustraído, del sitio donde estaba guardada, la carta del Rey de Bretaña.

La Reina examinó el escudo: comprendió por los letreros de las pinturas su interesante significación, y supo de este modo que iba á ver al hombre de superior entendimiento que había castigado en su tío al asesino de su padre. Enterada igualmente del contenido de las láminas de madera en que estaba consignada la demanda de su mano, borró todo lo escrito. Le inspiraba horror el enlace con un anciano, y lo deseaba con un joven. En lugar de lo borrado escribió una carta, procedente, al parecer, del Rey de Bretaña y firmada con su nombre, en la cual solicitaba la mano de la Reina para el portador de la misiva. Deliberadamente mencionó ella en el escrito los hechos recordados en el escudo, por donde la carta y el escudo recibían en la apariencia mutua confirmación. Mandó después á los mismos que había enviado al reconocimiento de los forasteros, que volviesen á colocar en sus respectivos lugares el es-



cudo y las láminas. Así aplicaba á Amleto el mismo engañoso ardid que éste había empleado en otro tiempo con respecto á los emisarios de Fengo.

Mientras esto pasaba, Amleto había advertido la sustracción del escudo, y tenía los ojos cerrados fingiendo que dormía. Esperaba que intentase un nuevo ardid el autor del ardid primero, por lo mismo que éste le había salido á medida de su deseo. Así aconteció, en efecto, por tal modo, que lo que Amleto había perdido durante el sueño verdadero, lo recobró en el sueño fingido. No falló su previsión. Al acercarse cautelosamente el espía que iba á poner en su lugar escudo y láminas, alzóse aquél repentinamente, lo sujetó y lo hizo encadenar. En seguida despertó á las personas de su comitiva, y se encaminó al palacio de la Reina. Después de saludarla en nombre de su suegro, le presentó las láminas escritas de éste, autorizadas con su sello. Las tomó la Reina Hermethruda, y, después de leerlas, aplaudió con lisonjeras palabras los ingeniosos actos de Amleto, declarando que había éste impuesto á Fengo un castigo merecido, y que al llevar á feliz término, con habilidad extraordinaria, su plan de venganza contra un asesino incestuoso, y cobrar legalmente el imperio de quien le tendía continuos lazos, había aventajado en sagacidad al vulgo de los mortales. Añadió que le causaba asombro que un Príncipe, cuyo entendimiento le hacía subir á más alto nivel que los demás hombres, hubiese podido cometer el yerro de casarse del modo que lo había hecho, aceptando una alianza ruín y deslucida. De siervos era la raza de su esposa, aunque la fortuna la hubiese encumbrado hasta el trono. Un hombre cuerdo no habría debido poner la mira, al contraer matrimonio, en esplendor externo. Más acertada habría sido la elección buscando noble raza y esclarecida estirpe, sin dejarse cautivar por los hechizos de la hermosura, que son de índole pasajera y sólo sirven al halago de los sentidos.

«Hay una mujer—le dijo—cuya unión te conviene, porque su cuna es igual á la tuya. Es digno objeto de tu amor, no sólo

por su ilustre progenie, sino por el alto lugar que ocupa, y porque, además, ninguna otra puede competir con ella en riqueza y descendencia real.»

A continuación le hizo notar que ella era Reina, y hasta Rey en cuanto su sexo lo consentía; que aquel á quien ella juzgase merecedor de compartir su tálamo, subiría á su trono y sería Rey; que un cetro cuadraba á su alianza, y á su alianza un cetro, y que no era de desdeñar oferta semejante de parte de una mujer que tenía por costumbre hacer que contestase el acero á los que pretendían su mano. Con tales razones, intentaba Hermethruda atraer la voluntad de Amleto, inducirle á enlazarse con ella y á anteponer la estirpe á la hermosura.

Terminadas sus explicaciones, se echó la Reina en los brazos de Amleto, y embelesado él con las palabras de aquella mujer hermosa y joven, correspondió con deleite á sus dulces caricias. Estas bodas fueron celebradas con un banquete, al cual asistieron amigos y caudillos. Poco después Amleto regresó á Bretaña acompañado de la bella Hermethruda y de una hueste de escoceses escogidos, capaz de arrostrar en su defensa los mayores riesgos.

Salió á su encuentro la hija del Rey, su verdadera esposa, la cual, si bien lamentaba el agravio que le hacía, prefiriendo á ella una concubina, juzgó que no debía sacrificar sus deberes conyugales al resentimiento de los celos. El amor no se había apagado todavía en su corazón, y no pudo menos de advertirle de los ardides que contra él se tramaban, á fin de que pudiese evitar el cercano peligro. Díjole «que llevaba en su seno una prenda de su ternura, y que esta razón era bastante para justificar los miramientos que le dispensaba. Si Amleto aborreció al corruptor de su madre, yo amaré á la amante de mi esposo. No habrá angustia que apacigüe ni envidia que extinga el amor en que por ti me abraso, y no puedo dejar de revelarte las tramas que se urden contra tu persona, y las asechanzas que amenazan tu vida. Has convertido en provecho

tuyo, por medio de una diestra sustitución, el mensaje que te confió tu suegro, y fuerza es que estés prevenido á defenderte de sus ataques».

Mostró la Princesa en estas palabras, que atendía más á los deberes de esposa que á los de hija. Llegó á la sazón el Rey de Bretaña, y para cubrir con capa de amistad los hostiles proyectos que meditaba, estrechó á su yerno en sus brazos, y le convidó á un banquete. Advertido ya de la perfidia, Amleto disimuló de la propia manera, y siguió al Rey, porque deseaba obrar derechamente en todo, y prefería, á rehuir vergonzosamente el peligro, arrostrarlo con habilidad y prudencia. Pero tuvo cuidado de ponerse una cota debajo del traje, y de llevar consigo doscientos jinetes escoceses. Cuando llegó á caballo, al entrar por la puerta, que estaba de par en par abierta, le dió el Rey una embestida, y le habría atravesado con la lanza si la cota de malla oculta no hubiera parado el golpe. Recibió Amleto, sin embargo, una leve herida, y se retiró al paraje donde, por orden suya, le esperaban los guerreros escoceses.

En seguida, con ánimo de disculpar su traición, envió al Rey aquel espía de la Reina de Escocia á quien hizo prisionero, á fin de que presentase como excusa las órdenes de Hermethruda de sustraer furtivamente la misiva que á ella iba dirigida. Todo en balde. El Rey se apresuró á seguirle en su retirada, y desbarató la mayor parte de su gente. Al día siguiente debía darse una batalla decisiva. No esperaba Amleto poder resistir, é imaginó aparentar que aumentaba el número de sus guerreros levantando á los muertos, cuyos cuerpos sostenía, una parte de ellos con estacas, otras apoyándose en las rocas cercanas. Hizo también colocar á algunos sobre sus caballos con todas sus armas, cual si estuviesen vivos y dispuestos en orden para la batalla. La fila de los muertos no era menos numerosa que el núcleo de los vivos. Estupendo espectáculo constituían, en verdad, los muertos llevados al combate y en ademán de pelear. No fue el tal artificio infructuoso para

su autor. Las marciales figuras de los muertos, iluminadas por los esplendentes rayos del sol, tomaron la apariencia de una falanxe considerable. Por tal manera, vanos simulacros de difuntos reproducían el primitivo número de los soldados, y nadie podía presumir que el encuentro de la víspera hubiese mermado su gente. Los britanos, aterrorizados con tal perspectiva, evitaron, huyendo, la batalla, vencidos por los difuntos á quienes en vida derrotaron. No es fácil determinar si en esta victoria tuvo mayor parte el ardid ó la suerte. El Rey intentó escaparse, pero fue muerto en la fuga por los dinamarqueses que le perseguían. Amleto, triunfante, y con el copioso botín que recogió en Britania, regresó á su patria, llevándose consigo á ambas esposas.

Rorico había muerto durante aquel tiempo. Le había sucedido Vigleto, el cual despojó á la madre de Amleto de los tesoros de la corona, mortificándola con un sinnúmero de pretensiones, y censurando que Amleto hubiese usurpado el trono de Yutlandia, al cual sólo el Rey Lethreo tenía derecho. Amleto desplegó gran cordura en aquella ocasión. Dió á Vigleto la mayor parte del botín, con objeto de satisfacer sus reclamaciones con tan ricas dádivas. Vigleto, no obstante, andando el tiempo le combatió con pretexto de vengarse, y aun le venció en la guerra, convertido de enemigo oculto en enemigo declarado. Desterró á Fialero, Gobernador de Escania, el cual se retiró, según cuentan, á un lugar desconocido que llaman Undensakre. Cuando Vigleto, apoyado por los guerreros de Ascania y de Selandia, provocó un rompimiento con Amleto, entró éste en gran perplejidad sobre si debía arros-trar la mengua ó el peligro. No ignoraba que resistiendo exponía la vida y evitando la batalla caía en la infamia del cobarde. Después de meditar acerca del asunto, preponderó en su ánimo el deseo de salvar su honra, y su ardiente amor á la gloria le decidió á aventurarse al riesgo de ser derrotado. No quería que el ruin intento de evitar los azares de la suerte anublase el esplendor de su renombre, y sabía que entre una muer-

te gloriosa y una vida sin honra, media la misma distancia que entre la dignidad y la afrenta.

Fuera de esto, amaba con tal vehemencia á Hermethruda, que la idea de que quedase viuda le causaba sinsabor más amargo que la de su propia muerte; y así antes de comenzar la guerra, se afanaba por prepararle un segundo matrimonio. Hermethruda, conmovida, le hizo la noble promesa de seguirle al campo de batalla, declarando que merecía desprecio la mujer que se negaba á morir con su esposo.

No fue ella, por cierto, fiel á estas exageradas palabras. Vencido Amleto y muerto cerca de Yutia á manos de Vigleto, el amor de Hermethruda fue la recompensa del vencedor. Así burla el destino los juramentos de las mujeres: los desvanece el transcurso del tiempo, y los vaivenes de la suerte quebrantan la fe en sus almas livianas é inconstantes. La mujer falta á su promesa con la misma facilidad que promete; la cautivan los varios incentivos del placer; desea lo nuevo y olvida lo pasado; anhelosa se entrega á la satisfacción de sus gustos.

Así acabó Amleto. Habría igualado en gloria á los dioses, y sobrepujado las hazañas de Hércules, si su fortuna hubiese igualado á sus prendas.

Todavía existe junto á Yutia un campo glorificado con su nombre y con su sepulcro.

## VII

¿ES «HAMLET» PERSONAJE HISTÓRICO Ó CREACIÓN MÍTICA DE LA FANTASÍA POPULAR?—RECUERDOS DE DINAMARCA.—CASTILLO DE KRONBORG.—SEPULCRO APÓCRIFO DE HAMLET.—SAXO-GRAMMATICUS.—MOLBECH.

Hamlet, no el de Shakspeare, que éste, por su educación, por sus aficiones, por sus ideas, por sus cavilaciones, pertenece de lleno al siglo XVI, sino el de Saxo, fuente única conoci-

da de todos los *Hamlets* literarios antiguos y modernos, carece de carácter histórico claro y determinado. Ni entre los pocos monarcas cuyos nombres han llegado á nosotros al través de las densas nubes de la historia conjetural de Dinamarca, desde Eskiold, contemporáneo de Jesucristo y fundador de dinastía, hasta Gorm el Viejo, último Rey pagano, ni en el catálogo, verdaderamente histórico, que empieza en Sigurd *Snogoie* (el de los ojos de serpiente), año 794, asoma el nombre de *Hamlet*. Los sabios Zinzow, Ettmüller y otros insignes arqueólogos literarios de Alemania y de Dinamarca, hacen subir el mito de Hamlet á las más remotas tradiciones teogónicas, legendarias y heroicas de Germania.

Sin embargo, se halla tan arraigada la tradición mítica en la tierra de Dinamarca, especialmente en Yutlandia, cuna del mito, que es imposible negarle fundamento histórico. No son conocidas las fuentes de donde tomó Saxo-Grammaticus su épica relación, entre histórica y leyendaria; pero la circunstancia de pintar un Hamlet debelador de Britania (Inglaterra), cuando allí imperaba un solo Rey, que pereció á manos de los invasores, demuestra que el Hamlet de Saxo es posterior al año de 827, término de la Heptarquía sajona. La índole de los hechos que refiere el cronista dinamarqués, corresponde á las terribles correrías marítimas de los *vikings* ó reyes de mar escandinavos, que pusieron espanto á la Europa entera; y sabios historiadores arqueólogos juzgan fundadamente que las hazañas de Hamlet no han podido verificarse sino á mediados del siglo IX.

Por lo demás, aún subsisten en Dinamarca huellas tenaces de la existencia del misterioso Príncipe. Así se infiere de lo que dice el ilustre Molbech en uno de sus apuntes autógrafos, que tuvo la bondad de franquearnos, y que á continuación traducimos:

«Según Saxo, Hamlet muere lidiando con el Rey de Dinamarca Vigleto (*Amletus apud Jutiam a Vigleto acie interemptus*), y añade: *INSIGNIS EJUS SEPULTURA, ac nomine campus APUD*

JUTIAM extat. El excelente traductor dinamarqués antiguo de Saxo, A. Vedel (cuyo libro se publicó en 1575), tradujo libremente este pasaje del siguiente modo:

«*Den marck udi Jutland, som hand bleff begraffuen udi Kaldis endnu effter hans nastn AMLETS HEDE.*» (El campo de Yutlandia donde fue enterrado tomó de él su nombre, y se llama todavía la *llanura de Hamlet*.)

«En la parroquia de Verring, diócesis de Aarhus, no lejos de la ciudad de Randers, existe una aldea llamada *Amelhede-Bij*. Anticuarios dinamarqueses han creído encontrar en este nombre el de *Amlets hede* de Vedel.

»Puede claramente deducirse de todo esto que no hay asidero en la tradición para colocar en Elsenor, como se le antojó hacerlo á Shakspeare, la escena de su drama. No es difícil imaginar, sin embargo, el motivo de esta elección. Para la generalidad del público de Londres, en tiempo del poeta no había nombre de pueblo dinamarqués más conocido que Elsenor (*Elsinore*, en Shakspeare).»

Como tantos otros viajeros, fuimos expresamente á Elsenor para visitar *la tumba de Hamlet* en el hermoso parque del palacio de Marienlyst, á pocos kilómetros de la ciudad marítima. Primero, en Elsenor, recorrimos el antiguo é imponente castillo de *Kromborg*, que sobre un pequeño promontorio domina el mar y guarda el paso del Sund como gigante centinela. La majestuosa explanada del castillo nos traía á la imaginación la fantástica del drama de Hamlet, donde aparece la sombra del Rey asesinado. Pura ilusión de nuestra parte, pero ilusión que nos hacía admirar la adivinadora fantasía de Shakspeare, que para tal escena había escogido, sin conocerlo, tan magnífico y adecuado paraje.

De allí pasamos á Marienlyst. Otra shakspiriana ilusión. En un extremo solitario del parque hay, sobre un leve resalte del terreno, un sepulcro de sencillo y primitivo carácter, compuesto de tres piedras rúnicas y rodeado de cuatro frondosos árboles. El pueblo le llama *la tumba de Hamlet*. ¡Lástima que

no sea verdad! Nuestro sabio amigo Molbech nos había advertido que el tal sepulcro era apócrifo, y meramente, como él decía, *una decoración de jardín*. Había sido allí colocado cuando, en época no muy remota, se edificó á orillas del Æresund el palacio real de recreo *Marienlyst*, en el mismo lugar en que desde la época de Cristiano IV (siglo XVI) había existido un sitio real con el nombre de *Lundehave*.

No cabe duda. A pesar de las fantásticas ilusiones que ha hecho nacer el gran poeta británico, no puede vagar la sombra de Hamlet, ni en el castillo de *Kromborg*, ni en el parque de *Marienlyst*. Pertenece á Yutlandia. Allí fue su gloria; allí han quedado los únicos rastros tradicionales de su azarosa vida.

No obstante, no pudimos contemplar sin emoción aquel fúnebre simulacro que lleva su nombre, y que, á falta de significación más histórica, tiene siempre la de ser un glorioso homenaje á la memoria del sublime Shakspeare.

Pasamos, durante nuestra juventud, algunos años en Copenhague (1). Era todavía época de brillante florecimiento para aquella pequeña pero ilustrada y noble nación. No alcanzamos ya al sublime escultor Thorváldsen, que tres años antes había fallecido de repente en el teatro Principal de aquella ciudad, quedándose como dormido en una butaca; pero tuvimos la honra de conocer á cinco señalados varones, de alto mérito y claro renombre, que dieron lustre á su patria con sus trabajos literarios, artísticos y científicos: *Bissen*, el más aventajado de los discípulos de Thorváldsen; *Ærsted*, creador de la ciencia electro-magnética y verdadero inventor de la telegrafía eléctrica; *Andersen*, famoso en todas las naciones por sus

---

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto, hoy Marqués del Valmar, autor de estos apuntes, fue Ministro de España en Dinamarca en los años 1847, 1848 y 1849. No titubeó en adquirir para el Estado la única estatua de Thorváldsen que ha venido á España: el magnífico *Mercurio* que se admira en el Museo Nacional.



peregrinos cuentos y relaciones; *Molbech*, uno de los más sabios historiógrafos y arqueólogos que ha producido Dinamarca; y por último, sobre todos ellos, *Æhlenschlæger*, amigo de Goethe, poeta lírico y dramático de primer orden, inspirado vulgarizador, en su poema *Los Dioses del Norte*, de la mitología escandinava, y una de las más brillantes glorias de la Europa septentrional.

Como Shakspeare, empezó *Æhlenschlæger* su vida pública por la profesión de actor. Fue después Catedrático de Estética, y más adelante, también como Shakspeare, publicó una serie de interesantes dramas fundados en la historia antigua de su país, y en las poéticas tradiciones de las *sagas* populares. Por aquellos años, cercanos ya al término de su gloriosa vida, escribió un nuevo *HAMLET*, *tragedia en verso, en cinco actos*. No hay en ella ni imitación ni rivalidad de Shakspeare. Este pintó en *Hamlet* un tipo simbólico del siglo XVI; el poeta dinamarqués pinta el mito épico de la leyenda escandinava, la cual, como él mismo dice en el prólogo de la tragedia, «no se presenta en Saxo cual Príncipe filósofo y noble, dominado por una misantropía fantástica, sino con la realidad de un mancebo heroico y de un Rey dinamarqués de los primitivos tiempos.» *Æhlenschlæger* no sigue las huellas de Ducis, que reduce pobremente y transforma el drama de Shakspeare, si bien con acierto y felicidad en el desenlace: trata el asunto á la escandinava, y crea un tipo verdaderamente dinamarqués para añadirlo á *Stærkodder*, *Axel* y *Valborg*, *Palmatoke*, *Hakon-Iarl* y otras obras dramáticas, que constituyen lo que él mismo llama su «galería de cuadros históricos y nacionales».

Como era natural, nos asaltó el deseo de investigar las fuentes que pudo tener á la vista el gran dramaturgo inglés para formar su famoso y extraño drama. Imaginando que en las antiguas *sagas* históricas podrían hallarse rastros del mito, acudimos al Sr. Molbech, que tanto había estudiado aquel fecundo manantial de tradiciones y leyendas. El sabio arqueólogo

literario nos declaró que no se hallaba recuerdo tradicional ni monumento alguno autorizado del mito de Hamlet más antiguo que la preciosa relación de Saxo-Grammaticus. De ella nacieron, directa ó indirectamente, la *Crónica rimada dinamarquesa* (*Danske Rimkrönnike*), primer libro que se dió á la estampa en Dinamarca (1495), del cual tuvimos el gusto de ver un rarísimo ejemplar en la Biblioteca Real de Copenhague; las *sagas* islandesas relativas á la leyenda de *Namlet*; la famosa novela de Belleforest, que suponen muchos (hoy es dudoso) inspiradora del drama de Shakspeare, y los varios dramas que desde el siglo XVI hasta el XIX se han escrito acerca del mito de Hamlet.

La relación de *Saxo-Grammaticus*, escrita en latín claro y relativamente acicalado para el siglo XII, nos cautivó desde luego. Aquel mancebo animoso, que reprime su audacia heroica y obra cauteloso, prudente y astuto, para cumplir un noble designio, hasta que, llegado el momento que buscaba, venga á su padre y castiga á los malvados á la faz del mundo, arrojando todos los peligros, nos pareció más moral, aun en medio de la bárbara desnudez de tiempos primitivos, y, sobre todo, más propio para la epopeya y para el drama trágico, que un príncipe filósofo y vacilante, que nunca llega al fin que se propone, y parece que emplea su entendimiento, su astucia, su inacabable acecho y todas las fuerzas de su alma, no para vengar á su padre, sino para resolver un problema.

Con razón dieron á Saxo, como honroso testimonio, el sobrenombre de *gramático* (humanista, erudito). Era aficionado á primores retóricos, y pocos hay que le igualen en su tiempo como escritor latino. Cuando se limita á la narración de las tradiciones históricas ó legendarias de su patria, su estilo es conciso y expresivo; cuando hace gala de su cultura literaria, y pretende escribir á la manera de los grandes clásicos romanos, no sólo se trasluce la afectación imitativa, sino que además se hace verboso, y contradice el espíritu genuino de los personajes de los tiempos y del libro mismo. Esto es harto vi-

sible en el discurso que pone en boca de Amleto después de la catástrofe del palacio de Fengo, siguiendo las huellas de Tito Livio, que es su modelo.

La fama y autoridad de Saxo fueron siempre grandes. El Rey Valdemar I le confió mensajes diplomáticos, y acaso á la prestigiosa veneración que inspiraba la ciencia en la Edad Media se deba que fuese enterrado en el panteón real de la basílica de Røskild, junto á los soberanos de Dinamarca.

Nuestro embajador poeta, el Conde de Rebolledo, le cita varias veces en las *Selvas Dánicas* cual certera autoridad histórica. Admiraba su estilo, como puede inferirse de estos versos, referentes al reinado de Valdemar I:

«Florecieron las letras en su tiempo,  
De que es testigo el elegante *Saxo*.»

La relación de *Saxo-Grammaticus*, por la rareza de su libro histórico, no es muy conocida en España. Por esta razón, hemos juzgado oportuno dar á luz su traducción castellana.

## VIII

MORATÍN TRADUCTOR DE *Hamlet*.—INJUSTICIA Y ERROR DE LA  
CRÍTICA PSEUDO CLÁSICA CON RESPECTO Á SHAKSPEARE.

¡Cuánto cegaban las preocupaciones de escuela, y cuán hondamente se arraigaban en el entendimiento las *falsas verdades* estéticas que, con temeridad y soberbia, proclamaban los preceptistas franceses, y en pos de ellos sus imitadores en todas las naciones literarias! Moratín paró su atención en Shakspeare á consecuencia, sin duda, de la ruidosa impresión que produjo en Francia la famosa traducción de Letourneur. En la polémica allí suscitada entre los *Racinistas*, á cuyo frente se hallaba Voltaire, y los que llegaban á comprender que el teatro libre y vigoroso de Shakspeare abría más ancho campo á la pintura y movimiento de las pasiones, no hay que

decir que Moratín estaba por los *Racinistas*. Era nuestro insigne poeta cómico hombre de clarísimo ingenio, hablista eminente y filólogo consumado; pero su alma estaba más dispuesta á admirar los aciertos artificiales de la sensatez literaria, que los vuelos de la fantasía y los arranques del genio, que busca sólo en la naturaleza el manantial de su inspiración. El decoro escénico, la armonía simétrica, todos los melindrosos y convencionales preceptos de Boileau, que imaginaba ser fiel intérprete de los principios de Aristóteles, eran á los ojos de Moratín infalibles dogmas que encerraban la llave única de la perfección literaria. ¿Qué habían de parecerle, no las sangrientas catástrofes de Shakspeare (pues las encontraba igualmente en las tragedias griegas), sino la variedad de tonos y de clases sociales en la pintura del tumulto humano, el desprecio de las unidades, el desenfado con que se dicen unos á otros las más duras verdades, y la amalgama, en un mismo plan, de la risa, de la pasión, de la sublimidad, de la llaneza, de la indiferencia y de las lágrimas?

Con esta prevención de ánimo leyó Moratín al dramaturgo inglés, y ¡cuál sería el atractivo que encontró en las «bellezas admirables» (son sus palabras) del sublime *bárbaro*, cuando se decidió á traducir el *Hamlet*! Parecióle el drama, sin embargo, «un todo extraordinario y monstruoso». Reconoce que el autor «expresa con acierto las pasiones y defectos humanos, y reflexiona melancólico con profunda y sólida filosofía»; pero afirma en seguida que á veces «se olvida Shakspeare de la fábula que finge, del fin que debió en ella proponerse, de la situación en que pone á sus personajes, del carácter que les dió, de lo que dijeron antes, de lo que debe suceder después, y acalorado por una especie de frenesí, no hay desaciertos en que no tropiece y caiga».

Moratín, sólo en escasa parte, tiene razón en esta severa censura. No alcanzó á comprender el espíritu del inmortal poeta, ni era fácil que aceptase la nueva y para él extraña poética, á la par idealista y naturalista, que le ofrecían los

antiguos teatros inglés y español. Más robusto y acertado es su fallo acerca del sentido moral de la obra:

«Llega—dice—el desenlace, donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata; amontonando circunstancias inverosímiles, que destruyen toda ilusión, y ya desnudo el puñal de Melpómene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interés, y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulación, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozo.»

La versión está hecha en noble y acrisolado idioma castellano; pero Moratín está, respecto del carácter y de la intención del drama, á mucha distancia del autor inglés. No se decide á hablar el lenguaje franco, desnudo y natural, de algunos personajes en lo que él llama «diálogos groseros», y cae de este modo, sin advertirlo, en la monótona uniformidad de entonación, que es uno de los más reparables yerros de la escuela pseudo-clásica francesa. No siempre comprende la ironía, que es una de las cualidades esenciales del carácter del Príncipe dinamarqués, y desnaturaliza no poco el drama original. Se descuida también á veces en la significación propia y genuina de las voces inglesas, y así, por ejemplo, llama caballos *bárbaros* á los caballos *berberiscos* que apuesta el Rey contra Laertes en el acto quinto.

En donde más resalta lo torcidamente que el *clásico* Moratín entendía la índole peculiar y el alcance estético del *romántico* Shakspeare, es en la crítica desdichada de las notas á la traducción de *Hamlet*. Pondremos sólo dos ejemplos.

Todos los grandes críticos admiran la habilidad con que el poeta inglés emplea, como resorte trágico, la intervención de espectros y seres sobrenaturales, especialmente la aparición, en las primeras escenas de *Hamlet*, del Rey asesinado. De esta aparición puede decirse que arranca el drama entero. La ines-

perada y terrible revelación de ultratumba es la influencia poderosa que turba para siempre el alma meditabunda y pesimista del Príncipe, que le hace vivir sin tregua entre los imponentes misterios del otro mundo y las tristes realidades del mundo presente, que le inspira el terror del abismo tenebroso en que puede lanzarle la realización de su venganza, la desconfianza y desvío para con sus semejantes, las acerbas dudas del cielo y de la tierra, el desprecio y la insultante ironía que brotan á cada paso de sus labios; cuanto constituye, en fin, el singular carácter de Hamlet. La aparición avasalla su mente y desencadena, por decirlo así, el torrente de pensamientos escépticos y sombríos que había hecho nacer en su ánimo la audacia germánica de la Universidad de Wittenberg.

Del efecto escénico del espectro no hay que dudar. Lo ha demostrado la experiencia teatral de siglos enteros. El pueblo británico se siente sobrecogido de espanto ante la fatídica y majestuosa visión del Monarca, y esta emoción le dispone maravillosamente á comprender las extrañezas del carácter de Hamlet. Verdad es que los seres sobrenaturales que Shakspeare presenta en la escena no son, como en el vulgo de los escritores que emplean medios mágicos, meras impresiones fantásticas ó facilidades del oficio para entretener y deslumbrar á los espectadores. En Shakspeare, los seres sobrenaturales, como la aparición del Rey de Dinamarca, las brujas de Macbeth, la sombra de Banquo (presentados siempre con gran tino y sobriedad), son agentes trascendentales que forman parte de la esencia de la trama escénica, dominan el ánimo y están estrechamente ligados con los grandes intereses y con las pasiones del drama.

Moratín toma la sombra que aparece en el castillo de Elsenor como una simple ilusión del drama fantástico, y tan lejos está de concebir que aquella visión es elemento poderoso de tragedia sublime, que se atreve á escribir estas palabras:

«La aparición del muerto es ociosa é intempestiva en esta escena. Cuando la introducción de tales visiones no fuese re-

probada generalmente, se exigiría á lo menos que se colocaran donde pudiesen producir todo el efecto teatral de que son susceptibles.»

Después de lo anteriormente explicado, son ociosos los comentarios.

Podemos señalar, para segundo ejemplo, la nota en que tributa Moratín grandes alabanzas al carácter cómico de Polonio. Dice entre otras cosas:

«El carácter de Polonio (lord Chambelán del Rey de Dinamarca, que equivale á Sumiller de Corps) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable, destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuanto deliró Shakspeare, dicen que el carácter de este personaje está bien seguido, y tienen razón; dicen también que en las cortes y en los palacios hay abundancia de estos bichos ridículos, y también es cierto; pero tales figuras son buenas para un entremés, no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta expresión que corresponde á tales pasiones, la unidad de interés, que nunca debe debilitarse, todo esto se aviene mal con las tonterías de un viejo chocarero y parlanchín. No basta que la naturaleza nos presente esta unión confusa de objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí.»

Nunca, en verdad, se ha presentado con más candorosa desnudez el enfático y artificial sistema doctrinal de los preceptistas pseudo-clásicos. ¡Cómo ha de comprender el teatro de Shakspeare quien así pretende poner coto á la verdad de la naturaleza, y desfigurarla cuando se trata de imitarla! ¡Con que es cierto que el carácter de Polonio es verdadero y consecuente, y que tales tipos de afectación y petulancia abundan en los palacios, y es yerro, sin embargo, introducirlos en la pintura fiel de una corte! ¡Qué ruin limitación daban al concepto del arte los que así pretendían, con pretexto de nobleza y elevación, hacer hablar á todo el mundo en la escena un

lenguaje encofetado y elegante, y suprimir tipos verdaderos, que, por lo mismo que no son dechados de grandeza moral é intelectual, forman contraste y realzan con él los grandes caracteres y las sublimidades del valor y del entendimiento! Y ¿dónde aprendieron los falsos clásicos esa triste poética, que tan enfadosa uniformidad da al lenguaje y á los personajes, y tanto amengua en las letras el cuadro vario y animado de la vida humana? No ciertamente en los verdaderos clásicos de la antigüedad, de quienes con harta presunción se juzgaban continuadores. La tragedia griega era sobria, elevada y noble; mas no por ello se juzgaba reñida con la sencillez y la anaturalidad de la verdad humana; y cuando lo requería el asunto, no se avergonzaba de expresar, á la manera de Homero, íntimas y familiares circunstancias. Una nodriza, en la sublime trilogía *La Orestia*, de Esquilo, refiere sin rebozo pormenores de un niño, que exceden en llaneza á la desnudez descriptiva de los *naturalistas* de nuestra época.

Moratín, que no comprendió á *Hamlet*, no formó tampoco cabal concepto de Polonio. Este áulico magnate no es *figura de entremés*, como dice el insigne escritor castellano. Aunque insubstancial hablador, tiene más circunspección y cordura de lo que á primera vista parece. Es un taimado egoísta, que esquivo todo cuanto puede comprometerle, y no se desvía nunca de la senda que á su interés conviene. Pedante, porque representa el conceptismo de los *eufuistas*, que estaba de moda en el palacio de Isabel; es tipo fiel del cortesano vulgar, á la vez lisonjero y ensimismado, tipo que cabe en el drama, como todo cuanto es verdadero y pinta una situación de la vida humana. Por otra parte, Polonio no es siempre charlatán palaciego; los consejos que da á su hijo Laertes, cuando éste sale para París, son de índole tan sana, tan discreta y tan caballerosa, que honrarían á cualquier hombre austero, esclavo de su honor y de sus deberes. Gervinus, el gran analizador alemán de Shakspeare, es poco favorable á la importancia intrínseca de Polonio. Pero otros, en cambio, y Goethe entre ellos, descubren



cierta sagacidad y hábil astucia en su conducta. Como quiera que sea, Polonio representa un vicio y una ridiculez social, y es evidente que, tal como le retrata la obra inglesa, no es, ni puede ser, bufón de entremés.

Hay una disculpa á la ceguedad de Moratín. Su corto alcance crítico con respecto á Shakspeare, fue universal durante siglos. Los literatos de su tiempo acusan al poeta inglés de vanidoso y de plagiario, ó hablan de sus obras dramáticas en términos de aprecio que frisan con la indiferencia. Jorge Green, actor y poeta satírico y dramático, en un libelo titulado *Por dos ochavos de ingenio*, ataca reciamente á Shakspeare y hasta se burla de su nombre, formando con él punzantes equívocos; Marlow, dotado de estro vigoroso, gran helenista, colocado en primera línea por la opinión del público inglés, murió envidioso de la naciente gloria del poeta de Stratford; el erudito Ben Jonson, que sólo era superior á Shakspeare en estudios clásicos, le acusa, con torcida voluntad, de que sabía *poco latín* y ningún griego (*small latin and no greek*), frase con la cual Ben Jonson quería meramente dar á entender la inferioridad del saber de Shakspeare con respecto al suyo, y que, sin embargo, ha contribuído á la errada creencia, rutinariamente propagada, de que el sublime dramaturgo era hombre de pocas letras.

El escritor que sabe y entiende tan á fondo la historia de su patria; que forma en diez dramas como un grandioso poema nacional, y que estudia á Plutarco (aunque sea en la traducción francesa de Amyot, ó en la inglesa de sir Thomas North); que analiza las lucubraciones filosóficas de Montaigne; que en *Coriolano* y *Julio César* retrata al pueblo romano con exacto y vigoroso pincel, que nunca llegaron á encontrar los ilustres poetas del neo-clasicismo francés, que tan falsa y enfáticamente lo pintaban; que estudiaba é imitaba á los más célebres escritores italianos, la mayor civilización literaria de su tiempo; que sacaba asuntos para sus dramas, de comedias, leyendas y novelas francesas, latinas, italianas y españolas; que conocía

cuanto se publicaba en Inglaterra; este escritor, decimos, que pasaba su vida engolfado en el estudio de los hechos, de los hombres y de las costumbres de los tiempos antiguos y modernos, esto es, en una atmósfera intelectual, ¿puede con justicia ser motejado de ignorante? Los que no eran más que eruditos y filólogos quedaron á gran distancia de él en la difícil ciencia de comprender el hondo sentido de la historia, de las ideas y de los sentimientos humanos.

Los escritores que hemos citado, detractores de Shakspeare, eran también poetas dramáticos, y, como suele acontecer entre gentes de una misma profesión, sus enemigos y rivales. Pero otros escritores contemporáneos, que no abrigaban hostiles prevenciones contra el gran poeta, hablan de él, sin embargo, como de un ingenio adocenado, digno de mera estimación. Así dice uno de ellos, Tomás Nash, que escribió curiosísimas relaciones y anécdotas acerca del teatro y de las costumbres teatrales de aquella época: «El autor de la obra es un tal Guillermo Shakspeare, que ha dos años se ha retirado al campo, y que no carecía de ingenio..... Empezó por ser comediante, agradó al público, y hasta 1592 se contentó con refundir comedias y tragedias de sus antecesores. Suscitó envidia aquella fama fundada en raspaduras y en versos añadidos..... No me negaría yo á admirar su talento de poeta si no hubiera compuesto dramas para vivir; los dramas lo han perdido. ¡Cuán bellos son sus poemas *Venus y Adonis* y *El Forzamiento de Lucrecia*! No hay en Londres una dama galante que no los tenga sobre su mesa. Es primoroso petrarquismo; resplandecen los pensamientos y las palabras; nada está expresado con llaneza. Pero nuestro autor deseaba enriquecerse y se engolfó en el teatro, lo cual le ha privado de una parte de la gloria debida á su ingenio.»

Así juzgaban á Shakespeare sus contemporáneos más benévolos. ¡Rémora y estorbo el teatro para la gloria del incomparable poeta dramático! La Reina Isabel de Inglaterra, que, aunque de índole aviesa y cruel, se pagaba mucho de la cultura literaria, escribía sonetos imitando á Petrarca, y sabía ha-

blar latín, como varias damas de su corte, admiraba y protegía á Shakspeare, y le defendía contra los puritanos, que odiaban al poeta y le causaban continuas vejaciones. El ilustrado Conde de Southampton, gran soldado y estadista, no sólo le otorgó desde luego su protección abierta y generosa, sino que llegó á profesarle la más entrañable amistad. Otros magnates imitaron á Southampton; algunos literatos graves, muy contados, comprendieron que el actor poeta era hombre de maravilloso vuelo intelectual. Más adelante preponderó de tal modo la literatura erudita y artificial sobre la literatura espontánea é inspirada, que ni el sublime Milton ni el brillante Pope vieron en Shakspeare sino un genio tan penetrante y vivo como desordenado y rudo.

A mediados del siglo XVIII, el sabio Samuel Johnson, dichado de filólogos y lexicógrafos, que hace una magnífica edición de las obras del eximio poeta de Stratford, declara con laudable lisura que no le es dado comprender el carácter de Hamlet. Voltaire no es tan circunspecto ni tan comedido; ciego con los *infalibles* principios de Boileau, y exasperado con el eco que empezaba á tener en Francia el renombre de Shakspeare, declara que el *Hamlet*, creación magistral de un filósofo, parece «obra de un salvaje borracho».

Lo verdaderamente salvaje, es aquí la bárbara soberbia de Voltaire.

¡Qué mucho que Moratín, que veía el arte en pequeño, y aplicaba al teatro del poeta británico dogmas convencionales, que no le eran en manera alguna aplicables, se confundiera como se había confundido la Europa docta, durante dos siglos, ante un estudio psicológico llevado al teatro con una audacia desconocida hasta Shakspeare, y se atreviera á traducir de un idioma teutónico, intraducible en idiomas latinos, con frase atildada, y acicalado y uniforme estilo, una de las obras literarias escritas con mayor desenfado y variedad de entonación y lenguaje que ha producido el arte escénico; libre y nacional, de Inglaterra y de España!

La traducción está hecha de buena fe y con esmero. Moratín admiraba, si bien con grandes restricciones pseudo-clásicas, el ingenio de Shakspeare, aunque sólo á medias le comprendía. Pero ¡triste efecto de los errores aprendidos! la versión del admirador parece la conversión de un enemigo.

Quien nunca se equivocó con respecto á los dramas de Shakspeare, fue el pueblo inglés. Ese crítico indocto, que, exento de prevenciones doctrinales ó personales, iba al teatro, no como ahora, á analizar y censurar, sino á gozar de las impresiones risueñas ó conmovedoras del arte, sentía y comprendía de lleno la energía, la gracia, la pasión, los fantásticos vuelos que rebosan en las inmortales obras de aquel grande hombre. No sólo veía en ellas el movimiento eterno de los afectos de humanidad; descubría además que la vida histórica ó leyendaria allí retratada era su propia vida, esto es, la existencia intrínseca y tradicional de la raza británica. Se han modificado por la acción destructora del tiempo, idioma, costumbres, leyes, ideas. El pueblo inglés, fuera del período en que el fanatismo tiránico de los puritanos, que proscribió las Bellas Artes, interrumpió las representaciones dramáticas, no ha dejado nunca de acudir al teatro para rendir culto de admiración y entusiasmo á su autor favorito. Como en Esquilo y en Sófocles, en Lope de Vega, en Calderón, en Tirso, en Corneille, en Molière, en Schiller, en Goethe, es en Shakspeare tan fiel, animada é intensa la pintura del fondo humano, que el hombre se reconoce siempre en ella, y por eso viven y vivirán, por más que la corriente de las edades y el cambio de idiomas, de pueblos, de civilizaciones, las despojen de no escasa parte de su primitivo y genuino embeleso.

Necesario ha sido que los grandes críticos alemanes Lessing, Schlegel y Goethe hagan triunfar la estética de la razón y de la naturaleza de la estética de la convención y del artificio, para que la Europa aparte de sus ojos el velo con que estrechas poéticas le encubrían la verdadera belleza, y haya llegado á comprender que aquel vulgo ignorante, que admiraba

á Shakspeare y á Calderón con incansable perseverancia, tenía más intuitiva ciencia crítica que los arrogantes filólogos legisladores, que ponían al ingenio vallas que no le pusieron ni Dios, ni el buen sentido, ni la libertad de las artes y de las letras.

Shakspeare reina hoy día en el mundo literario como la más alta y esplendente lumbrera. Nosotros no titubeamos en declarar, sin hacer agravio á los mayores ingenios de los tiempos antiguos y modernos, que, á nuestro juicio, por la energía sublime de sus concepciones, por su carácter universal, por la nobleza y vuelo de su fantasía, por la viva penetración con que ve y analiza el corazón humano, por la variedad de sus facultades creadoras, por el alcance psicológico, por la fuerza y gala de la poesía, nos parece que ha estampado en la dramática más hondamente que otro alguno, el augusto sello del genio.

EL MARQUÉS DE VALMAR.

# REVISTA HISPANOAMERICANA

---

SUMARIO: El futuro Congreso iberoamericano de Madrid, juzgado en América. — La tendencia del futuro Congreso panamericano que se celebrará en Méjico en oposición evidente á la del Congreso de Madrid. — ¿A dónde vamos? — Programas previos, deducidos de dos artículos de *La República*, de Guatemala.—Necesidad de pactos que garanticen la armonía y la paz entre las Repúblicas iberoamericanas.— Problemas americanos.—Tacna y Arica.—Estado de la cuestión.—Folleto del Sr. Garland. — El protectorado de los Estados Unidos para el Perú. — La revolución de Colombia. — Los revolucionarios ofrecen el Istmo de Panamá á los Estados Unidos. — Cordialidad de afectos de la América latina para España. — El *Río de la Plata* en San José de Guatemala.

Ya se discute en los periódicos americanos de nuestra lengua el objeto esencial del Congreso hispanoamericano que en Octubre próximo ha de celebrarse en Madrid, comparándolo con el Congreso panamericano á que el Gobierno de los Estados Unidos ha invitado para que se verifique en Méjico en 1901. Toda la América de nuestra raza tiene conciencia plena de lo que uno y otro Congreso significan; toda la América de nuestra sangre sabe hacia cuál de los dos debe dirigir sus simpatías, y al hacer la acertada calificación del objeto trascendental de uno y otro, sólo muestra vivo temor que el de Madrid, enmedio de las expansiones de la fraternidad á que habrá de prestarse, no llene en todo la medida de su verdadera oportunidad é importancia, el fin práctico que todos los clamores solicitan.

Deben ser conocidas entre nosotros las opiniones que á este propósito en América se vierten, y casi la necesidad de hacerlas conocer en su ingenua espontaneidad se impone en nuestra tarea, y se antepone en nuestra convicción á la satisfacción de traducir en ideas propias aquellos latidos de una cordialidad digna de toda alabanza. Un periódico de Guatemala escribe:

«Dos Congresos, á primera vista semejantes, pero en el fondo diametralmente opuestos en cuanto á sus fines, se preparan para dentro de poco: uno el de Madrid, que se denominará *Social y económico hispanoamericano*, y otro *panamericano* sencillamente. Pretende el uno seguir poniendo los jalones para la unión de intereses homogéneos entre los países americanos de raza ibérica, tanto en el concepto social como en el económico, y el segundo es una nueva tentativa para llegar á la inteligencia comercial de todas las naciones del Nuevo Mundo. Aunque en las apariencias resultan bastante semejantes las tendencias y fines de ambas reuniones, en el fondo siguen rumbos contrarios y casi irreconciliables entre sí. Los dos Congresos parecen dirigirse á crear una forma de *zollverein* entre las naciones americanas, pero por distintos caminos y con distintos objetos. El Congreso iberoamericano se dirige á estrechar, en primer lugar, *lazos de raza*, á que todos los miembros de la nueva entidad étnica constituída en el Nuevo Mundo por la mezcla de la sangre ibera con las aborígenes se unan entre sí, sirviéndole de vínculo sus relaciones con la madre común de todos ellos, y á que esa unión, cimentada en bases imperecederas, se realice mediante el desarrollo de intereses morales y materiales, comunes también á todos. El Congreso panamericano tiende á un fin menos elevado, pero más práctico. No han de plantearse en él cuestiones sociales, sino sencillamente asuntos económicos, y será únicamente un paso más hacia *la tutoría* que se han arrogado los Estados Unidos de Norte América respecto á todas las naciones del continente americano, y una nueva aplicación,

aunque más egoísta y estrecha, de la llamada doctrina de Monroe, que refiriéndose exclusivamente á cuestiones territoriales ó de soberanía, se desea hacer extensiva á los asuntos comerciales y á los económicos en general. Resulta bien claro, por lo tanto, que si con el Congreso iberoamericano se persigue también un fin práctico, es por un camino que no conduce á abdicaciones de ningún género; pero, en cambio, con el Congreso panamericano se trata de que las naciones todas de este continente se asocien entre sí, *sólo* para fomentar el comercio del coloso del Norte, dando á su tráfico todo género de facilidades, con el pretexto de que conviene á todos los pueblos americanos prevenirse contra las intrusiones de Europa.

»No nos toca ocuparnos ahora en lo ilusorio de estos supuestos peligros con relación á las naciones europeas, ni tampoco de las ventajas que ofrece á las naciones americanas tener abiertas las puertas al comercio universal, con lo que mantienen la competencia y disfrutan de sus beneficios. Nos limitaremos, á este respecto, á señalar que el tráfico entre las naciones no puede ser sino recíproco, y en las pretensiones de los Estados Unidos á hacer casi todo nuestro comercio bajo el peso de sus monopolios con muchos de nuestros productos, se repite el caso de la Argentina, la cual surte ya no pocos mercados europeos de cereales, que ciertamente no tendrían consumo jamás en Norte-América, con quien esta República rivaliza en este ramo de su exportación, y que nunca podrá poner trabas en su mercado al comercio europeo, á menos de no provocar represalias que le cerraran las puertas de su mercado consumidor, en beneficio exclusivo de Rusia y de los Estados Unidos. Ese panamericanismo, en la práctica, representa el predominio comercial de Norte-América en todo este continente, y la ruína total de todo él. Por esta razón, hace diez años fracasaron las tentativas hechas para plantearlo, en otro Congreso semejante al que se reunirá en Méjico; y por esta razón, los tratados de reciprocidad que fueron consecuencia del Congreso panamericano que Mr. Blaine re-



unió en Washington, fueron denunciados tan pronto como se tocaron sus inconvenientes, adquiriéndose con tal motivo la experiencia que no puede ser olvidada por los que entonces se dejaron alucinar y seducir incautamente por perspectivas en la apariencia halagadoras, pero que fueron bien apreciadas por algunas de las naciones americanas del Sur, que nunca se prestaron á seguir la corriente que parecía impuesta entonces por las circunstancias.

»Sin que nos guíen prejuicios de raza ni preocupaciones de ningún género, medimos y aquilatamos estos antecedentes, y deducimos de las experiencias adquiridas por estos pueblos las convicciones que nos confirman en la opinión de que al desarrollo de las naciones iberoamericanas no conviene adquirir otros compromisos ni suscribir otros pactos que aquellos *que las ligen entre sí* y las hagan solidarias unas de otras, sin ingerencias de extraños, que sólo atenderán á devorarnos, siendo más poderosos, pues en la historia, á los que no se precaven, siempre les toca la suerte del refrán, que expresa que *el pez grande se come al chico*. El movimiento de aproximación que se observa entre los hombres selectos de nuestras naciones iberoamericanas, es cada día más notorio. Aún nos falta que dirimir muchas pequeñas diferencias y divisiones entre las más vecinas, divisiones y diferencias que ahondan el aislamiento en que vivimos, las rivalidades de la proximidad, la falta de intereses comunes, y sobre todo, de lazos permanentes y cordiales que nos ligen con recíproca conveniencia. El próximo Congreso iberoamericano es el llamado á promover soluciones prácticas para la creación y la consagración de estos lazos, y las naciones de sangre española no pueden desaprovechar ninguna ocasión favorable que se les ofrezca, conducente de una manera práctica á este fin. Aún tenemos cuestiones territoriales que estimulan los odios de localidad y dan lugar á conflictos. Las luchas armadas entre las naciones americanas, no tienen razón de ser y equivalen á verdaderos fratricidios; pero otros peligros comunes podemos correr, que exijan

auxilios comunes. No basta que de nuevo se planteen los problemas del arbitraje internacional con el carácter de institución permanente y con árbitros de nuestra raza; hay que avanzar más en los pactos defensivos, que nos obliguen á todos y á todos nos garanticen en nuestra entera libertad, en nuestra completa integridad, en nuestra legítima independencia, y el planteamiento de todas estas cuestiones es el que puede imprimir al Congreso iberoamericano de Madrid el objeto práctico por el que todos los iberoamericanos, sin excepción, suspiramos.»

\*  
\* \*

En el fondo de estas aspiraciones palpitan también los que en otros periódicos que tenemos á la vista del mismo modo escriben:

«Una desilusión nos ha producido la lectura de los últimos periódicos recibidos de Madrid en lo que se refiere al futuro Congreso Iberoamericano. Por el texto de los primeros despachos por el cable que se ocuparon del asunto, entendimos se trataba no sólo de una convocatoria oficial, sino también de una asamblea del mismo carácter, en la que, á semejanza de lo verificado por las naciones europeas en Conferencias diversas de París, de Berlín, de Madrid, de la Haya, y en los Estados Unidos en el Congreso panamericano de 1889, se discutieron *verdaderos pactos internacionales* y se dilucidaron puntos de derecho, á reserva siempre de la aprobación definitiva de las naciones representadas en dichas asambleas. Pero hemos visto se trata de algo semejante á lo realizado *brillantemente* en 1892, que, *con todo el entusiasmo de aquellos días*, con la profusión de memorias, informes y discursos, de que hubo verdadero derroche, *no condujo á nada práctico*, ni quedó de ello otra cosa que muy gratos recuerdos y algunos pocos libros que enriquecen hoy muy contadas bibliotecas.

»Puntos muy capitales comprende el programa de la Unión

Iberoamericana para el Congreso de Octubre próximo, respecto á la institución permanente del arbitraje, á los tratados de comercio y navegación, de propiedad literaria y de marcas industriales, aparte de algunas cuestiones sociales de indiscutible interés; pero es lástima que se haya echado en olvido que en 1892, en los Congresos celebrados en España, y hasta en las animadas reuniones verificadas en el elegante edificio de la Unión Iberoamericana de Madrid, ya hubo quienes, en forma cortés, pero bien clara y explícita, expresaron era llegada la hora *para nuestra raza* de abandonar, en lo posible, sus tradicionales idealismos para emprender rumbos que condujeran á fines de utilidad más práctica y tangible. En los momentos del entusiasmo más delirante, cuando las *carabelas* se disponían á cruzar el Atlántico para ser testigos de la grandiosa feria del mundo con que los Estados Unidos festejaron en Chicago el comienzo de la quinta centuria del descubrimiento de América, y cuando todo eran corrientes de simpatía de uno á otro lado del Océano, sin que en el horizonte se dibujara ni la más pequeña nube precursora de guerras separatistas ni de conflictos internacionales, no faltaron voces proféticas que, señalando al porvenir, predijeran peligros y conflictos, *algunos ya pasados y otros que todavía amenazan*, y que excitaran á prepararse á esas contingencias *por medios pacíficos*, pero de verdadera eficacia. Han pasado ocho años desde aquella fecha, y si no existen ya muchos de los testigos y actores de aquellos sucesos, quedan en cambio en pie *los mismos idealismos y los mismos procedimientos*. ¿Es que en todas estas cosas que atañen á los intereses de nuestra raza no se quiere hacer nada que tenga una eficacia efectiva y permanente? ¿O será destino de nuestra raza que haya de olvidar la experiencia adquirida y nada aprenda de sus lecciones saludables?

»Vemos á Inglaterra, alucinada en Norte-América, cambiar la forma entera de su sistema colonial para afirmar sus bases, adoptando procedimientos bien diferentes de los que antes empleó y llegando al gobierno autónomo de sus colonias,

al imperio, y, por último, á la federación con la Australia. Vemos á los Estados Unidos cambiar su política exterior tradicional de un solo golpe y emprender otra muy distinta, que si tiene no pocos impugnadores, conduce por el momento á aumentar la importancia de aquéllos y á ensanchar su esfera de acción, entrando como factor nuevo, pero poderoso, en la resolución de todos los problemas internacionales. Vemos á la misma Rusia, en la que es un síntoma bien elocuente de su transformación el haber desaparecido el nihilismo, seguir rumbos muy distintos á los que antes la preocupaban. Vemos al Japón entrando en el concierto de los pueblos modernos, y, por lo general, á las naciones de otras razas dando muestras de que para ellas no pasa el tiempo en balde ni son inútiles las experiencias. Por todas partes evolución constante, transformaciones sorprendentes, y sobre todo *una tendencia utilitaria y práctica*, que es la característica de este fin de siglo. En cambio nuestra raza, todavía dominada *por los entusiasmos y los apasionamientos del momento*, deja pasar inadvertidas las ocasiones más propicias para entrar denodada y resueltamente en las corrientes universales de la época y en los moldes de la transformación. Por esto son tan opuestos los procedimientos que emplea el panamericanismo con los del iberoamericanismo, y de aquí la desilusión que nos ha producido la lectura del programa del próximo Congreso de Madrid.

»Persuádanse los iniciadores del Congreso iberoamericano de Madrid que el período de las propagandas para encaminar una idea ya ha pasado, que la conciencia y la opinión está hecha, y que, á ejemplo de lo que hacen los panamericanos, para el fin común que nos proponemos todos los que tenemos un interés uniforme en el de nuestra raza, ya no nos satisfacen programas de principios indirectos, sino soluciones terminantes y prácticas, acuerdos uniformes, una acción continua que no desmaye al primer fracaso, y que todas las conclusiones que salgan de nuestras deliberaciones y de nuestro contacto se traduzcan sobre el mismo campo del debate en tratados y en le-

yes comunes para las naciones que contribuyan á su discusión. ¡Basta de propagandas confusas y de idealismos nebulosos! Si el Congreso iberoamericano de Madrid ha de prometer algún fin práctico, es preciso que con anticipación sepamos los que á él hemos de concurrir en presencia ó en espíritu, que el Congreso va á extender su acción á dar forma tangible y práctica al conjunto de ideas defensivas y progresivas que en toda la raza se vieren incubando hace tiempo para su adelanto, para su engrandecimiento, para su prosperidad y para su conservación. El abrazo que nos tiende la madre patria tiene en sí mismo fuerza misteriosa para la realización de esta conquista. El instinto de la propia conservación y la conciencia de la debilidad individual es lo que hace que los hombres y los pueblos se agrupen para defenderse. Tras de un período breve de divorcios accidentales en que las nuevas nacionalidades de la América española se han multiplicado, vuelven á aparecer en el horizonte de la vida común social las grandes agrupaciones que en la historia no son un hecho nuevo, sino muy repetido. En la imposibilidad de volver á fundirse estos cuerpos disgregados é independientes, reconcentran sus intereses, reconcentran sus sentimientos, y se alían y se unen. Y si la raza americana, que de España ha recibido sangre, habla y cultura, ha de imponer su personalidad en los destinos de la historia, ya es tiempo que defina las fórmulas que han de consagrar los vínculos de su unión en el corazón y los brazos de la antigua madre que la invita. Pero á todos nos conviene que nos entendamos. ¿Se dirige á este objeto el Congreso iberoamericano? Para toda nuestra raza en los dos hemisferios, este es el problema: la cuestión es *ser ó no ser.*»

\* \* \*

En esta cuestión *de ser ó no ser*, la América toda de nuestra raza está minada de influencias deletéreas de su personalidad é independencia, que es preciso ser muy miopes para no

verlas y ser muy despreocupados para no sentir la alarma de sus potentes asechanzas. Los que desde el observatorio de las Repúblicas centrales observan y sienten los efectos inmediatos de esas influencias exclusivistas y de las intrigas que ponen en juego para no dejar respirar á las naciones hispano-americanas que se trata de que sean absorbidas, una tras otras, por los medios ya directos, ya indirectos, que sugieran la habilidad ó la oportunidad, no pueden declararse más explícitamente que se hace en los anteriores artículos. Mas como pudiera objetarse que en el fondo de sus razonamientos sólo palpitan suspicacias sin sentido de la realidad, bueno será fijarse en las cuestiones de mayor actualidad que se agitan, en las relaciones mutuas de la mayor parte de los nuevos Estados de nuestro origen, para que resulten más tangibles los temores que se revelan, implorando que el Congreso social y económico iberoamericano de Madrid tienda á producir soluciones prácticas permanentes é inmediatas en el interés común de raza.

Todavía no está resuelta por el arbitraje de la Reina Victoria de Inglaterra la cuestión abstrusa de la definición de límites entre Chile y la Argentina, asunto que, á pesar del frustrado viaje á Londres del Ministro D. Amancio Alcorta, trae, con razón, inquieta á la Cancillería de Buenos Aires y en mayor incertidumbre á los estadistas de aquel país, y ya está planteado otro conflicto, que pone en inminente movimiento casi á todos los Estados, sin excepción de la región mas austral de la América del Sur. Este conflicto lo origina la cuestión relativa á los territorios peruanos que, al suscribirse en 1883 el tratado de paz entre Chile y el Perú, quedaron cautivos de la República vencedora y como en prenda de garantía por diez años, para el cumplimiento, por la parte vencida, de las condiciones que le había impuesto la suerte adversa de las armas. Por el tratado de Ancón, Chile despojó enteramente al Perú de su soberanía prehistórica sobre el territorio de Tarapacá, tan rico por sus ópimas salitreras de bórax. Ade-

más, tomó en rehenes otras dos provincias, las de Tacna y Arica, las cuales á los diez años serían sometidas á un plebiscito para saber si los pueblos que las componen querían ser devueltos á la soberanía secular del Perú ó permanecer bajo la de Chile. Para garantizar la completa libertad de los votantes del plebiscito y la perfecta legalidad de esta función política, se había tratado de acudir á un árbitro, cuya prerrogativa estaría limitada á aquellas determinaciones que fueran el complemento de la sinceridad que de tal acto se reclamaba. Por su parte, Chile, al tomar aquellas dos provincias en caución, prometía que, durante los diez años de esta hipoteca, nada se movería en Tacna y Arica por las autoridades chilenas, y se respetaría siempre el sentimiento nacional, mientras llegaba el momento en que se reincorporaran ó no, según su propio sufragio, aquellas provincias al Estado, que, de tiempo inmemorial, las había poseído. Emitido el voto plebiscitario, la nación que se reintegrase de la soberanía absoluta de aquellas dos provincias indemnizaría á la otra con una ofrenda de diez millones de soles.

Aunque el plazo para el cumplimiento de esta parte del tratado de Ancón no espiraba hasta 1894, la representación diplomática del Perú en Santiago de Chile, por orden de su Gobierno, desde Agosto de 1892 solicitó del chileno se comenzasen á negociar las bases para que el plebiscito se pudiera celebrar en la época determinada por el pacto común. La secretaría de Relaciones extranjeras del Gobierno de Chile no pudo permanecer insensible á una moción tan basada en la justicia, y sus contestaciones de Agosto y Setiembre del año referido parecía que la colocaban en la situación más propicia para que por una y otra parte se pudieran cumplir las exigencias del derecho. Las relaciones entre las dos Repúblicas, limadas con el tiempo las asperezas de la guerra, afectaban por aquel momento la mayor cordialidad, y aunque las intenciones del Gobierno de Chile se revelaron al Ministro peruano en las conversaciones de oficio, pero no por docu-

mentos escritos, en Lima no pudieron menos de dejar muy simpática resonancia las promesas de que, vencido el plazo que marcaba el tratado, Chile devolvería generosamente Tacna y Arica al Perú, sin necesidad de plebiscito siquiera, y con el laudable propósito de que entre las dos hermanas y vecinas de la extremidad del Pacífico se borrasen, hasta donde fuera posible, los recuerdos y los odios engendrados por el resultado de las antiguas diferencias. Las perturbaciones interiores del Perú, esas perturbaciones casi continuas de la mayor parte de las Repúblicas hispanoamericanas que no las ha permitido en todo un siglo llegar á una situación legal definitiva, que ha entorpecido todos sus progresos, que ha dilapidado la parte mejor de sus recursos, que las ha degradado y desconceptuado, conquistándoles el desprestigio que las desnuda de toda autoridad aún en el derecho, interrumpieron aquellas negociaciones que empezaron con tan buen cariz, y puede decirse que ya no se reanudaron de una manera activa hasta que el Gobierno de Nicolás Piérola logró establecer una situación de alguna normalidad. Entonces, el Vicepresidente de la República, Billinghamurst, pasó en comisión diplomática á Santiago, y hallando al Presidente Errázuriz dispuesto al leal cumplimiento de los tratados, se suscribió el protocolo Billinghamurst Latorre, en el cual se fijaron los términos en que se había de verificar el plebiscito, siendo árbitro para la sincera legalidad de sus funciones un delegado que se nombrase por parte de la Reina regente de España.

¿Qué sucedió para que el tratado no se haya cumplido? En la parte pública de los sucesos no ha ocurrido otra cosa sino que las dos Cámaras del Perú lo aprobaron; que lo aprobó también la Cámara de senadores de Chile, y que España, que había aceptado el arbitraje fiada en las manifestaciones de los delegados diplomáticos de una y otra parte, en identidad de informes con los que se le transmitían de nuestras legaciones de Lima y Santiago, llegó á nombrar su delegado para las funciones del arbitraje en la persona del señor Fernández



y Jiménez. Pero en tal situación de las cosas, la Cámara de Representantes de Chile tuvo escrúpulos de que en las provincias de Tacna y Arica, si eran devueltas al Perú, podrían aparecer algunos criaderos de bórax, y habiéndose arrogado Chile con la posesión de Tarapacá la explotación exclusiva, ó sea el monopolio de este salitre, provocó un voluminoso debate en virtud del cual llegóse al término de la legislatura sin recaer su voto aprobatorio sobre el tratado Billinghamst-Latorre. En medio de este debate, la Cancillería chilena interpeló por telégrafo á la Cancillería peruana acerca de los escrúpulos que padecía la Cámara de Diputados sobre la posible competencia en la explotación de los salitres, de devolverse al Perú las provincias cautivas y de aparecer en ellas salitreras nuevas que hasta ahora no son conocidas; pero el Perú repugnó hacer por este medio indirecto ningunas concesiones más en ultraje de sus derechos y de su soberanía, y este fue el pretexto para que en la razón pública quedasen empantanados estos asuntos.

Un espíritu suspicaz, tal vez sin equivocarse, habría atribuído el fracaso del tratado Billinghamst-Latorre, el éxito de la candidatura del Vicepresidente peruano para la sucesión de Piérola, y el nuevo y peligroso giro que toman estos asuntos, otras razones secretas en que pudieran descubrirse algo más que los maquiavelismos de los hombres de Estado de Chile, los maquiavelismos clandestinos de las influencias ocultas que procuran mantener en perpetua perturbación todos los asuntos de la América de origen español, sus Gobiernos entre sí, los partidos en cada Estado y en general el espíritu de cada nación. A los maquiavelismos privativos de los estadistas de Chile acaso podrá atribuirse que la disposición propicia con que se dejó al Ministro Latorre, á quien después se ha tratado de inepto, pactar con Billinghamst los términos del plebiscito, fue inspirada por las incertidumbres en que vivían todos los hombres públicos de Santiago, cuando, hallándose en su período más álgido la cuestión de la delimitación de la frontera de

los Andes, se temía por momentos una ruptura y la guerra inmediata con la Argentina. Halagar entonces al Perú equivalía, si no á conquistarse un aliado que hiciera causa común con Chile, al menos á privar á la Argentina de un aliado que, auxiliado por ésta, le atacase por otra frontera, con tanto mayor encono cuanto que acudiría á las armas bajo el ímpetu y la pasión de la revancha. Pasado el temor del conflicto, pasó el halago, y al Perú le es imputable la responsabilidad de no haber procedido con mayor diligencia. Pero la suspicacia ahonda más, y así, en todo el largo curso de este proceso, como en el de la anulación de la candidatura Billingham que algún tiempo fue la única aceptada y sostenida por Piérola, se adivina la mano oculta de poderosa influencia que á todo trance se empeñó en anular el arbitraje de la Reina Regente de España en las cuestiones entre el Perú y Chile, no por el desgraciado éxito de la guerra que ha terminado totalmente en América toda soberanía territorial por parte de España, sino por la tenaz intención de acabar de romper los vínculos históricos, los vínculos étnicos, los vínculos de la sangre que aun sostienen en aquel hemisferio la unidad del origen, la unidad de una raza amenazada de ser absorbida por su histórica antagonista.

Apenas España ha proyectado celebrar, en interés común de toda la raza que emana de nuestra Península, el Congreso iberoamericano de Madrid, al que después de su anuncio se le ha obligado á aceptar el calificativo de *social y económico*, como para privarlo de otros calificativos que se le pudieran aplicar ó que pudieran sobreentenderse, se ha anunciado el Congreso panamericano, al cual, para hacerlo más simpático, ó para que mejor encubra la máscara de su génesis y de sus fines, el Gobierno de Washington, que todo lo dispone á su arbitrio, lo ha delegado para su celebración en Méjico. Pero no ha bastado oponer acto á acto, y tendencia á tendencia; ha sido preciso descubrir más el fondo de las cosas, y por si en la cuestión de Tacna y Arica, que no sólo crea el principio de un

conflicto inminente entre Chile y el Perú, sino que á este conflicto podrá arrastrar á los limítrofes, y especialmente á Bolivia y á la Argentina, no se hubiera entendido la maniobra para apartar de toda cuestión hispanoamericana la intervención de la presencia de España, como madre de aquellos pueblos y nudo estrecho de su unidad, no ha faltado ya en el propio Perú, quien, aspirante, como escribe *El Mercurio*, de Valparaíso, á la representación diplomática del Perú en Washington, haya lanzado á los vientos de la publicidad un folleto titulado *El problema de Tacna y Arica*, en el cual, estudiando esta cuestión en todos los términos del derecho internacional á que se presta, é invocando el principio de la justicia entre las naciones, se propone, no sólo que el Perú haga provocar la reunión de un *Congreso panamericano* para que la coacción internacional de los demás Estados obligue á Chile al cumplimiento del Tratado de Ancón, sino que, simple y llanamente, aspira á que el Perú se ponga bajo la protección inmediata de los Estados Unidos del Norte, no sólo ofreciéndole por precio de esta protección todo linaje de privilegios políticos y comerciales, sino hasta islas y territorios para sus estaciones navales y sus depósitos de carbón y de comercio en las fronteras de Chile y al término magallánico del Pacífico. Aprovecharse, como quiere el folletista D. Alejandro Garland, que lo mismo podría llamarse Mister Alexandre Garland, y ser yankee de nacimiento, ó de estirpe, de esta ocasión «para dar prácticamente principio á la política americana propuesta por Blaine»; buscar en la aproximación á los Estados Unidos la defensa de que el Perú necesita; enajenar al rival astuto de toda nuestra raza en América, en Asia, en Europa, todo lo que constituye el tabernáculo sagrado de la patria, parece que es lícito á un escritor como Mr. Garland, que no tiene más misión que medrar personalmente y á toda costa. Pero difícil sería, aun en el caso de que el Gobierno de Lima se dejase sugestionar por los proyectos de Mr. Garland, que el Perú arrastrase en estos proyectos al Brasil, á la Ar-

gentina, á Colombia y á Méjico, como propone el folletista, y de cualquier modo, la oreja yankee que inspira las producciones políticas de Mr. Garland, bien se echa de ver en su folleto, con todo el fondo de sus intenciones, en párrafos como el siguiente:

«Si las últimas adquisiciones territoriales—dice,—á consecuencia de la guerra con España, han inducido á algunos Estados de la América del Sur al error de temer de los norteamericanos, que han roto con sus tradiciones y entrado en el camino de las conquistas, un acto de absorción, una actitud de desconfianza y hostilidad contra ellos sería un acto de locura, *y el hablar de una alianza hispanoamericana* contra los Estados Unidos equivale á proponer el suicidio. La idea de una confederación estable entre las Repúblicas hispanoamericanas con ese fin ó con cualquier otro, *no obstantela comunidad de origen*, es irrealizable. La unión federal entre Venezuela, Colombia y el Ecuador fracasó, é igual suerte tuvo la confederación peruano-boliviana. Las Repúblicas centrales rechazan la conexión política con Méjico, y las distintas tentativas para constituir entre ellas una República mayor no han tenido éxito. La enemistad entre la Argentina y Chile es secular, á pesar de ser esta República deudora á aquélla de su independencia. Las relaciones entre Bolivia y Chile son las que pueden existir entre el sacrificador y su víctima. Lo propio se puede decir de nuestro país (Perú), cuyas relaciones con sus demás vecinos distan mucho de ser cordiales. Los antagonismos entre estos pueblos subsistirán; y aun admitiendo que exista para el porvenir la amenaza del Norte, siempre nos parecerá ocioso hablar de Congresos iberoamericanos, y mucho menos de una liga latinoamericana. Si la evolución política del mundo obedece á una ley fatal, el peligro de los suramericanos no se conjura ni con Congresos, ni con Ligas, ni con armamentos, y menos *rehu- yendo los pactos de confraternidad y reciprocidad comercial con los Estados Unidos del Norte, que tienen por objetivo principal facilitar en provecho común el desarrollo y progreso material*

*de la América latina.* El Perú procederá sabiamente, procurando aunar sus intereses comerciales á los intereses comerciales norteamericanos. Los Estados Unidos del Norte, con sus sesenta y cinco millones de habitantes y su inmenso poder político y comercial, son hoy de hecho el árbitro de los destinos americanos. Basada en estas ideas y tendencias, no es aventurado decir que una negociación discretamente desarrollada, y con el apoyo de las Cancillerías del Brasil, la Argentina, Colombia y Méjico, logrará establecer una perfecta inteligencia entre toda la América latina con Washington.»

El folleto de Garland, que ha merecido ser muy comentado en toda la América meridional, ha sido considerado en Chile y la Argentina así como una publicación oficial del Gobierno del Presidente Romana de acuerdo con el expresidente Piérola, pues los periódicos de uno y otro lo han reproducido en lugar preferente de sus respectivas ediciones. Meditándolo bien, ¿es esta sólo una actitud de defensa contra Chile en la cuestión de Tacna y Arica? ¿No hay términos posibles de un arreglo de este asunto en una inteligencia común entre los Gobiernos de Chile, el Perú, la Argentina y Bolivia? ¿Qué significa esta apelación á la intervención de los Estados Unidos? Los poderosos nunca intervienen sin cobrar harto caro el precio de su intervención. Si la proposición de Garland hallara algún calor en el Gobierno de Lima, había que decir que el Perú abjura de su origen y abdica de su independencia.

\*  
\*  
\*

Pero no es solamente en el Perú en donde, por estos medios imprevistos é indirectos, los Estados Unidos del Norte asoman cada día más visiblemente la cabeza en medio de los problemas de la América del Sur, que sus hábiles maquinaciones maquiavélicas embrollan siempre y sostienen en el estado de perturbación permanente en que se hallan. De la insurrección que ensangrienta y devora hace siete meses á Colombia,

el telégrafo no comunica á Europa sino noticias, ó contradictorias ó incompletas, que hacen difícil seguir el curso del desarrollo de los sucesos de aquel país, cuya única desventura consiste en ser el soberano de aquel ambicionado istmo de Panamá, blanco de todos los apetitos calenturientos de los maquiavelos imperialistas de aquel hemisferio. Sería ir demasiado lejos querer describir, aunque á grandes pinceladas, el cuadro de lo que en Colombia está pasando desde el 17 de Octubre último, en que estalló la insurrección, aún subsistente, contra el poder constitucional de un anciano, como el Presidente don Manuel Antonio Sanclemente, que, á los noventa años de su edad, sólo puede procurar á los bordes del sepulcro por el honor de su nombre y su memoria, unido al del culto sagrado y austero del magisterio legal que el país ha puesto en sus manos. El misterio de todas las agitaciones que en Colombia prevalecen está, repetimos, en el istmo y en la existencia de una compañía europea del Canal, que no acabó de hacer bancarrota ni aun después del escandaloso proceso francés de las acciones de Panamá. Pues bien; un delegado de esa revolución, que mendiga auxilios de todos los rivales de su patria, y lleva á ensangrentar sus comarcas las expediciones de auxilios yankees que salen sin cesar de los puertos de Nicaragua, el Doctor Antonio José Restrepo, ha ido al Departamento que dirige Mr. Hay en el Gobierno de Washington á ofrecer á los Estados Unidos, á cambio del reconocimiento de beligerancia, no sólo impedir la ratificación del contrato celebrado entre el Gobierno de Sanclemente y la Compañía francesa del Canal para la continuación de las obras, sino entregar á los Estados Unidos el istmo!!!

¿No hay, en realidad, necesidad absoluta, perentoria, de que las naciones americanas reunidas en una Asamblea, lleve el nombre que lleve, se pongan de acuerdo para arbitrar recursos prácticos con que hacer frente á los peligros que las amenaza así en conjunto, como á cada una de ellas? *La República*, de Guatemala, lo dice en los artículos que anteriormen-

te se extractan: los problemas en un Congreso iberoamericano, son problemas de toda la raza. Se trata *de ser ó no ser*.

La convocatoria para el Congreso panamericano no se ha encerrado en tantas meticulosidades como el de Madrid, ni ha puest oel límite á sus programas en la discusión de materias abstractas y sin realidad. He aquí los términos en que está concebida la invitación que ha recibido el Ministerio de Relaciones Extranjeras del Perú.

\*  
\* \*

«CONFERENCIA INTERNACIONAL AMERICANA.—Legación de los Estados Unidos de América.—*Lima, Marzo 6 de 1900.*—Señor Ministro: El Presidente de los Estados Unidos, en su última Memoria anual al Congreso, con fecha 5 de Diciembre de 1899, después de llamar la atención del Cuerpo legislativo á las numerosas cuestiones de interés general y provecho común para todas las Repúblicas de América, algunas de las cuales fueron tomadas en consideración por la primera Conferencia internacional americana, si bien no quedaron definitivamente arregladas, y otras que desde entonces han adquirido importancia, agrega: «Sería conveniente que las distintas Repúblicas que constituyen la Unión internacional de las Repúblicas americanas, sean invitadas dentro de poco á celebrar otra Conferencia en la capital de cualquiera de ellas, con excepción de los Estados Unidos, que ya ha tenido ese honor.» Tengo instrucciones, señor Ministro, para someter oficialmente aquella parte de la Memoria á la atención del Gobierno peruano, para su información, á la vez que expreso la esperanza, que también el Presidente de los Estados Unidos abriga, de que su recomendación merecerá la aprobación del Gobierno de V. E., en sentido de cooperar para que se lleve á debido efecto, y manifestar entonces su opinión respecto de la época y lugar donde haya de reunirse la Conferencia. Caso de que la proposición de nuestro

Presidente merezca la aprobación de todas las Repúblicas, lo que en efecto es de esperarse, y como los pasos preliminares que hay que adoptar antes de la reunión del Congreso necesitarán de algún tiempo, importa mucho que á la brevedad posible se tome el asunto en consideración. Quiera aceptar, señor Ministro, en esta ocasión, las seguridades de mi alta y distinguida consideración»—*Irving B. Dudley*.—A. S. E. el señor Dr. D. Enrique de la Riva Agüero, Ministro de Relaciones Exteriores del Perú.

\*  
\* \*

Nunca, como ahora, las relaciones de toda la América de nuestra raza han sido más cordiales con España desde la separación de nuestro dominio. De todos los extremos de aquel mundo, que redimimos con nuestra fe y regeneramos con nuestra sangre, en estas horas de verdadera expectación, todas las miradas se dirigen hacia la antigua metrópoli y todos los corazones se mueven con la esperanza que de aquí partan salvadoras iniciativas.

A la inmensa resonancia que ha tenido el obsequioso acogimiento que España hizo á los marinos argentinos de la *Sarmiento*, ha sucedido el entusiasmo con que en todas las costas del Pacífico se ha recibido la visita del crucero *Río de la Plata*. Ya camina hacia los puertos de la América del Centro, y los periódicos de Guatemala excitan á las manifestaciones del amor y de la fraternidad cuando nuestros marinos toquen en el puerto de San José. Los periódicos de la capital se adelantan á saludarlos, antes de su llegada, y repitiendo las palabras de su primer magistrado, cuando el representante de España le anunció la visita, escriben:

«Bienvenidos sean los que nos traen con el recuerdo de la vieja Patria, memorias santas del hogar de nuestros mayores,



de la tierra hidalga en que los nombres de tantos hispano-americanos ilustres como los Concha, Pezuela, Ros de Olano, el Cardenal Moreno, Topete y tantos otros de la Argentina, del Perú, de Venezuela, Guatemala y Méjico, demuestran que para España no existen exclusivismos, sino una sola familia y una sola raza.»

Iob.

## CRÓNICA LITERARIA

---

LOS SEÑORES DE HERMIDA (novela), crítica y cuentos, por D. Juan Ochoa.  
—ASTURIAS, por D. Salvador Canals.—EL ALMA CASTELLANA, por Don  
J. Martínez Ruiz.

No conocí á D. Juan Ochoa, el malogrado literato, autor de *Los Señores de Hermida*; pero juzgando por sus obras, me le represento tal como le retratan en el prólogo y biografía, insertos en la nueva edición de aquella novela, que por primera vez se publicó en LA ESPAÑA MODERNA y que ahora da de nuevo á la estampa, con otros varios trabajos de Ochoa, el conocido editor barcelonés Sr. Gilí.

Este tomo y otro de la misma *Colección elzevir ilustrada*, que contiene la novela *Un alma de Dios*, mas la novelita *Su amado discípulo*, impresa con otras dos, de Altamira una y de D. Tomás Carretero otra, son, creo, todo lo que queda coleccionado de la labor literaria de Ochoa. Fue también éste periodista, y no del montón, sino de los de verdadera personalidad literaria; pero sabida es la suerte de este género de trabajos, que casi siempre son flores de un día, derroche efímero de ingenio. La actualidad los inspira y mueren con la actualidad, que dura un día ó un momento.

En las obras de Ochoa hay verdadera unidad en la manera

artística y en el fondo psicológico. Murió joven, y no hay en sus escritos, pertenecientes todos á un mismo y no largo período de la vida, esas variaciones de criterio, de orientación, de punto de vista, que desconciertan á veces, por un instante, al lector asiduo de aquellos literatos en cuya labor literaria se observan las variaciones propias de las diversas edades de la vida y aun otras diferentes mudanzas, á las que no aludo en sentido de censura, pues la *consecuencia literaria* no es un mérito esencial, dado que haya mérito en ella.

Esa unidad de carácter, por decirlo así, que se advierte en las obras de Ochoa da más seguridad á la inducción sacada de ellas, acerca del autor, como hombre, no como literato. Estas inducciones son casi siempre aventuradas. La personalidad literaria *se reconstruye* generalmente sin gran dificultad. En la obra está el estilo del escritor, está su grado de cultura, está su gusto. No siendo una obra irregular, anormal, *bastarda*, de las que disuenan del resto de la producción literaria de un autor, el libro retrata al escritor. Pero reconstruir la personalidad humana, inducir el carácter del escritor como hombre, no es ya tan fácil. En la literatura hay siempre ficción. De ahí esas contradicciones tan frecuentes que hallamos entre las vidas de los escritores famosos y sus obras. Con ser esto frecuente, no es, sin embargo, la regla general. Y en el caso de Ochoa, tal como le vemos ó le adivinamos en sus obras los que no le conocimos, es como le vieron y le comprendieron, en el comercio ordinario de la vida, los que cultivaron su amistad. Puede decirse, pues, con seguridad, que sus obras le retratan.

A mi parecer, la nota dominante en la psicología de los escritos de Ochoa es la del sentimiento. Lo que mejor expresa es esto; lo expresa con ternura, con calor de humanidad, con indulgencia cariñosa cuando de miserias humanas se trata. El sentimiento, que es condición tan principal en el artista, es también el gran tópico del arte, el fondo de la mayor parte de los temas artísticos, y especialmente de los literarios, como que la vida sentimental es la parte más íntima, más *esencial*

de la vida interior. Mas el novelista, al poner en escena sus *personas novelescas*, tropieza con no pocas dificultades al expresar los sentimientos que las anima y mueve. La inteligencia y sus obras son cosas naturalmente comunicables, pertenecientes á la vida de relación, moneda circulante, en fin, valor común entre los hombres á quienes une cierta semejanza de cultura. Pero el sentimiento es, por el contrario, lo más íntimo y hondo, lo más *individual*, lo que revela la naturaleza de cada uno. Así es tan difícil escudriñarlos, separando en sus manifestaciones todo lo falso, lo afectado, lo convencional, de los rasgos sinceros que salen á la superficie. Y su expresión no es más fácil: por lo mismo que las cosas del sentimiento son de tal intimidad, parece que hay algo de profanación en descubrirlas. Le bordea á cada paso el barranco, el abismo de lo ridículo; ¡es tan vidrioso, tan delicado este aspecto de la vida interior!

Los escritores que más afinan en la expresión acertada de los sentimientos suelen poner bastante de su cosecha, es decir, que sacan de su experiencia psíquica bastante más que de la experiencia exterior. No es una facultad vulgar la de penetrar, explicarse y disculpar, si el caso lo requiere, los sentimientos ajenos; requiere elevación de espíritu, y sobre todo, elevación de sentimientos, caridad. Estas delicadezas del sentimiento no debieron ser ajenas al señor Ochoa. Sus biógrafos lo dicen, y las obras que ha dejado lo confirman.

El autor de *Los señores de Hermida* era, sin duda, un buen escritor: escritor de ideas, de plasticidad imaginativa, de agradable estilo. Mas aunque la hora de la muerte suele ser la hora de las alabanzas (cosa no del todo exacta tratándose de Ochoa, que como literato mereció en vida el aplauso de personas muy competentes), no puede decirse que fuese un novelista completo. Lo habría sido con el tiempo, á juzgar por lo que prometían sus libros *Un alma de Dios* y *Los señores de Hermida*, acaso más el primero que el último, y no obstante adolecer ambos de algunos defectos que rara vez evitan los

novelistas al dar sus primeros pasos en este género, en que tanto vale la experiencia.

Entre los cuentos coleccionados en el mismo volumen con la novela *Los señores de Hermida*, me parecen los mejores *Historia de un cojo*, *El vino de la boda*, y *Ramírez, poeta lírico*. Los tres son interesantes, poéticos, *sentidos*; acaso superiores en cuanto á la concepción del asunto y acaso en la ejecución, á las novelas del autor. Los trabajos de crítica y los cantares coleccionados en el mismo tomo son como una muestra de las varias aptitudes literarias del malogrado escritor señor Ochoa. El colector de estos trabajos ha sido D. Rafael Altamira, cuyo buen gusto y cultura literaria le hacen tan apto para llevar á cabo tarea semejante.

\* \* \*

El notable periodista D. Salvador Canals, ha formado un libro muy interesante con los artículos que publicó en *El Español* acerca de la región asturiana. Titúlase *Asturias; información sobre su presente estado moral y material*, y es, en efecto, una información muy completa de lo que es hoy Asturias en los varios aspectos de su vida, desde el desarrollo industrial extraordinario que fomenta allí la riqueza, hasta el progreso pedagógico conseguido en esa Universidad de Oviedo, que es nuestra Salamanca moderna, el *más europeo* de nuestros centros de enseñanza, y aquel en que más vivo parece el espíritu universitario, por lo general tan decaído.

Trabajos periodísticos como estos de Canals, son de los que honran á la prensa, y los más conformes con su misión de ilustrar á las masas, traídas á la vida pública por la constitución democrática de nuestras sociedades, que les suponen teóricamente una capacidad de que en la práctica carecen. De ahí todas esas funciones políticas, todas esas falsificaciones del sufragio y del régimen de las mayorías, que miradas desde un punto de vista más elevado que el de la política menuda de

todos los días, son un mal menor, el remedio de una utopía, la reacción provocada por el instinto de defensa de las naciones contra un sistema que, entregando el poder á los más, traería fatalmente, si no se falseara, el gobierno de los más ineptos, de los más incultos, de lo más vulgar de cada pueblo: una selección al revés.

Pero dejando esto, es lo cierto que la prensa atiende poco á esta misión suya, en que podría hacer tanto bien. Los periódicos son hoy la gran tribuna popular. Los pueblos, cuando aprenden á leer, empiezan por leer periódicos. Y hay en nuestra prensa, sin duda, periodistas muy aptos y capaces de desempeñar ese magisterio, esa producción laica. Porque el vulgo semi-ilustrado que habla con desdén de los chicos de la prensa, ignora que como la prensa es cosa tan compleja y requiere cooperaciones tan diferentes, hay periodistas de muy diversas categorías. Los hay que trabajan con la cabeza y los hay que trabajan con los pies; los hay literatos de gusto delicado y extensa cultura, hombres competentes en las disciplinas del Derecho, de la Economía política, de las Ciencias sociales en general, y los hay también correveidiles que son entre factores y amanuenses, y que se ganarían la vida, si nuestra sociedad estuviera más adelantada, sirviendo á agencias de informes particulares, v. gr. Lo cual no es despreciar al verdadero reporter, que necesita especiales condiciones de penetración, de tacto, de experiencia y de cultura profesional.

Pero la prensa no puede hacer lo que debe ó no quiere hacerlo. Los dimes y diretes de nuestra politiquilla de campanario la ocupan por completo, é informaciones como la de Canals son raras, siendo por lo mismo tanto más meritorias.

Fueron de gran oportunidad estos artículos sobre Asturias. Dar á conocer al público de Madrid lo que son las provincias, y al público de las provincias lo que es Madrid, debería ser ahora uno de los fines de su magisterio popular de la prensa. No se conocen ó se conocen mal, porque en España se viaja poco y deprisa. Si se conocieran mejor desaparecerían ó se

atenuarían muchos sentimientos de hostilidad y de desdén que se cruzan desde la periferia al centro, y viceversa. La antigua oposición entre las poblaciones rurales y las poblaciones urbanas, tan atenuada en los grandes Estados modernos, suele metamorfosearse en éstos en oposición entre las provincias y la capital. La última, como residencia de los centros principales del Estado, viene á ser para los provincianos la personificación de éste, que tantas cosas desagradables representa: tributos, prestación de servicio militar, reglamentos restrictivos, etcétera. Cuanto á los bienes que el Estado produce nos parecen tan naturales, que no nos damos cuenta á primera vista de que tales bienes exigen aquellos otros sacrificios. A su vez la metrópoli, por el mismo motivo, suele identificarse á sí misma con el Estado y mirar á las provincias como súbditas, y acaso como súbditas rebeldes á poco que murmuren de ella. En el regionalismo actual hay mucho de *anticapitalismo*, aunque no puede negarse que el regionalismo español tiene otras raíces más hondas en la historia.

El libro de Canals, en que se describe el actual estado de Asturias, conservará su interés por mucho tiempo. Estas informaciones, y en general los libros de viajes, se convierten en documentos históricos á medida que, pasando el tiempo y cambiando los pueblos y provincias, dejan de ser aquéllos una guía práctica y de reflejar cosas presentes. Los viajes por España que realizaron antaño observadores curiosos, son documentos importantes para nuestra historia, sobre todo para nuestra historia social. El libro de Canals, muy abundante en datos, y de cuya exactitud certifican autoridades como la de D. Alejandro Pidal en su elocuente carta-prólogo, podía tener, andando el tiempo, un valor distinto del de actualidad que ahora tiene, pero no menos importante. Será un material histórico no despreciable; dará idea de lo que era Asturias en los últimos años del siglo XIX.

Todo esto bastaría para justificar el que los artículos publicados en *El Español* hubieran merecido los honores de la

recopilación en un libro, salvándose del olvido y la destrucción á que están comúnmente destinados los trabajos que publican los papeles diarios, cualquiera que sea el mérito de aquellos. Como la vida de estas hojas es tan efímera, lo que en ellas se escribe no puede ser duradero, á la manera que no lo sería la más bella escultura si estuviese labrada en tan frágil materia que por la acción del tiempo se deshiciese. Pero además de la importancia y oportunidad de su asunto, reúne otros títulos la información sobre Asturias de Canals, para pretender la duración que augura el libro. Me refiero á su excelente forma literaria, á la amenidad y arte con que el tema de esa información está expuesto. El periodismo, una gran escuela de composición literaria, y los periodistas que son, como Canals, verdaderos literatos, suelen sobresalir en la habilidad de la exposición, en el arte de presentar bien las cosas. La necesidad de improvisar, la de disertar sobre diferentes géneros de asuntos que les convierte en polígrafos más ó menos profundos, y sobre todo, el hábito de apreciar de una ojeada los rasgos culminantes de cada objeto, y discernir lo principal de lo accesorio, son una gimnasia intelectual excelente que da á los periodistas de talento especial maestría en la descripción de cosas y la narración de sucesos.

Sirven de complemento á la información del señor Canals, varios escritos de personalidades notables de Asturias. La elocuente carta prólogo de D. Alejandro Pidal, á que antes se alude; un breve y bien estudiado artículo sobre el Renacimiento de la arquitectura cristiana en Asturias, del señor Obispo de Oviedo; una carta de D. Armando Palacio Valdés, digna de su pluma; una poesía de Vital Aza; un estudio sobre *La educación de los obreros mecánicos*, por D. Leandro Cubillo, subdirector de la fábrica de Trubia, y una *Crónica social* del catedrático de la Universidad de Oviedo, señor Posada. Si no fueran tan interesantes y discretos estos trabajos, su número traería á la memoria el abuso que se hacía antiguamente de prólogos, elogios, censuras favorables, composicio-



nes apológicas etc., al frente de todo libro de algún fustè, costumbre que fue donosamente satirizada por varios escritores de nota.

\*  
\* \*

No ha mucho, hablé á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA del interesante folleto del Sr. Martínez Ruiz, *Los hidalgos*.

Este opúsculo puede considerarse como un anticipo del libro *El Alma castellana* (1600-1800), que acaba de publicar dicho ilustrado escritor.

Cuanto dije de *Los hidalgos* créolo aplicable igualmente á *El Alma castellana*, en que los estudios contenidos en aquel opúsculo aparecen completados por otros de igual interés y de forma no menos brillante y amena.

Pertenecen estos estudios á un género poco cultivado en España, pero mucho en aquellos pueblos en que la cultura histórica está muy difundida, y las ciencias históricas son cultivadas con gran asiduidad. Aunque la Filosofía de la historia, propiamente dicha, la tradicional y clásica Filosofía de la historia, de Vico acá, fuese cosa de índole muy distinta de estos trabajos, puesto que pretendía inducir de los hechos históricos las leyes del desenvolvimiento de los pueblos y de la vida de la humanidad; en los escritos del género á que pertenece el libro del Sr. Martínez Ruiz se filosofa también sobre la Historia, y en cierto sentido representan una nueva forma de la Filosofía de la historia. Son ensayos de Psicología histórica, de Psicología de los pueblos, ó adaptando una fórmula inglesa, tentativas de interpretación psicológica de la Historia.

A muchas consideraciones en que no he de detenerme ahora, y que exigirían espacio y explicación detallada (pues en estas cosas las fórmulas absolutas suelen ser en extremo inexactas, aunque su apariencia seduzca á primera vista) se presta esta evolución, ó si se quiere este desarrollo particular del sentido y la concepción de la Filosofía de la historia, evolución par-

E. M.—Julio 1900.

cial correspondiente á la general que se ha operado en las ciencias filosóficas puras, desarrollándose algunas de ellas á expensas de la Metafísica, antes reina y señora del saber, arrinconada luego como cosa útil y sin valor, por último vuelta á la circulación de las ideas por un renacimiento todavía tímido y limitado.

El libro del Sr. Martínez Ruiz revela estudio, afición á la lectura de obras curiosas de antaño, hoy, por lo general, poco leídas, sentido crítico, y sobre todo, facultades literarias de exposición.

El autor de *El Alma castellana* es un buen escritor, y demuestra, además, en esta obra, ser persona estudiosa y de variada cultura histórica.

Esto no obstante, sobre algunas de las fuentes de que se vale el Sr. Martínez Ruiz, se podían hacer muchas reservas. Algunos de los testimonios en que se apoya merecen escaso crédito por tratarse de autores *tendenciosos*, que de propósito exageraban ciertos vicios, generalmente para satirizarlos ó flagelarlos de algún modo, cumpliendo su misión de moralistas. Por ejemplo, el capítulo relativo al chichisveo no debe tomarse como una representación exacta del amor en el siglo XVIII en España. Se trata de una moda extranjera, transitoria, que no pasó nunca de ciertas clases, y aun en éstas no fue general. En cambio, podrían citarse muchos casos y ejemplos de rigidez de costumbres (en la corte de Carlos III, por ejemplo), y esto fue más español y más general que lo otro. Como dato sobre el alma castellana, la costumbre de los chichisveos está fuera de lugar.

Tampoco, á mi parecer, el carácter español de los siglos XVII y XVIII es la representación del alma castellana. El verdadero espíritu castellano hay que buscarlo más atrás. La España de los siglos XVII y XVIII, aunque Castilla fuese en ella la región predominante, no reflejaba el alma castellana pura, sino algo más complejo, producto de diferentes influencias regionales y aun extranjeras. Sería más exacto decir el

alma española. En este sentido son siglos típicos, por así decirlo, el XVI y el XVII, bastante menos el XVIII. Pero este reparo no es de gran importancia; se trata sencillamente del título de la obra, y en cierta medida, Castilla puede tomarse como la representación más genuína del espíritu español.

La obra del Sr. Martínez Ruiz merece difundirse entre el *gran público* que lee poco y necesita que le estimulen á estudiar y á meditar de vez en cuando sobre lo que fue España, lo que es al presente, y lo que puede ser todavía en lo porvenir. Es este un libro accesible á todos por su amenidad, muy *sugestivo*, de los que se leen de un tirón, como vulgarmente se dice, y de los que estimulan é incitan á otras lecturas, cualidad tan estimable donde los lectores son contados y perezosos. Mas para que estas obras, que no son de mero entretenimiento, se difundan, se necesita que la prensa diaria ayude un poco, dándolas á conocer, indicando al menos cuatro palabras, su índole y contenido. Y aquí, donde los periódicos prodigan tanto los *bombos* inmerecidos, suele ocurrir que libros de gran mérito á duras penas obtienen una noticia bibliográfica de dos líneas. Es de esperar que no sucederá esto con *El Alma castellana*.

Sea como quiera, el Sr. Martínez Ruiz debe proseguir sus estudios históricos. La elegancia y facilidad de su estilo literario, su erudición (todavía algo fragmentaria y desordenada), y el sentido crítico que por lo general revelan sus cuadros históricos, le dan condiciones sobresalientes para el cultivo de este género, y le aseguran en él legítimos triunfos.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—FILOSOFÍA: La agonía de un siglo.—TEOSOFÍA: Qué es la Teosofía.—La ley del sacrificio.—CIENCIAS ÉTICAS: La moral en la vida privada y en la pública.—LITERATURA: La novela francesa en el siglo XIX.—PSIQUIATRÍA: El neurosismo y el suicidio en los novelistas y poetas del siglo XIX.—BIOLOGÍA: Filogénesis y autoconservación.—PEDAGOGÍA: Evolución de la instrucción pública en Francia.—BIOGRAFÍA: Siluetas parisienses: Jorge Courteline.—Retratos contemporáneos: Masson Forestier.—IMPRESIONES Y NOTAS: Chuscadas evolucionistas.—La fuerza de los insectos.—Los inventos del siglo XIX.—El eclipse de las ideas liberales.—Fragmentos inéditos de Andrés Chenier.

## FILOSOFIA

LA AGONÍA DE UN SIGLO.—El siglo se muere. ¿Cuál es el balance del siglo XIX—pregunta en *L'Humanité nouvelle* Alfonso Pletti—y qué nos lega desde el punto de vista intelectual?

En todos los escritos, sin distinción de opinión ni de escuela, puede hallarse la misma inquietud y el mismo cansancio dentro de la misma desconsoladora confesión: los conocimientos adquiridos en el presente siglo no satisfacen el corazón del hombre, científica ni moralmente; si nos proporcionan algún alivio, es secundario, y, en todo caso, esos conocimientos son impotentes para resolver los grandes problemas naturales y sociales y para responder suficientemente á las innumerables y ansiosas interrogaciones que de todas partes se suscitan.

Y hay espíritus que van más lejos. Hoy esos corazones des-

ilusionados declaran ya abiertamente que la ciencia debe ser considerada en su parte positiva como un auxiliar precioso, pero que á su lado, y por encima de ella, hace falta otra cosa, un espíritu religioso, una fe vivificante capaz de derramar en nuestros corazones el bálsamo de las dulces aspiraciones que desde hace tanto tiempo sienten en vano. Sea de ello lo que quiera, el hecho positivo es que hoy los diferentes ramos de la ciencia carecen de enlace, no tienen principio común ni móvil superior, y el problema consiste en saber si la inteligencia debe renunciar definitivamente á conocer la razón superior de las cosas ó si la ciencia es susceptible de una refundición general sobre bases más sencillas y evidentes.

Hay que confesarlo con lealtad: á pesar del concierto de alabanzas entonado á la labor científica moderna, nuestras mejores esperanzas no se han realizado, los resultados obtenidos no están en relación con los sacrificios hechos ni con la situación en que quedamos en el siglo anterior. En aquella época las mayores esperanzas abrasaban los corazones menos generosos, mientras que hoy estamos reducidos á preguntarnos qué se ha hecho de las promesas del siglo XVIII y de la gran Revolución; dónde están los miríficos resultados del trabajo de los enciclopedistas, de los filósofos, de los naturalistas y de los economistas de aquel tiempo; de qué nos ha servido todo el genio de un Voltaire, qué nos importan hoy el contrato social de Rousseau, la enciclopedia de Diderot y las meditaciones de Condorcet, y si las investigaciones de los naturalistas no han contribuído á rebajar el ideal humano con sus desconsoladoras conclusiones, resumidas en la famosa fórmula de la lucha por la existencia. ¡Qué decepción!

Si el siglo XIX, que tuvo por iniciadores á los enciclopedistas y á los revolucionarios, se muere hoy miserablemente en los brazos de la reacción, ¿qué será del siglo XX, cuyo nacimiento se anuncia bajo tan sombríos pronósticos? La ciencia, después de abrirse paso á través del oscurantismo religioso y filosófico, y después de haber proclamado la regla del pensa-

miento libre, se ha retrasado en el mundo de los detalles y de las aplicaciones materiales de toda especie; ha descuidado el fondo físico y puramente científico de sus numerosos descubrimientos por la forma artística, industrial y práctica, olvidando su misión esencial de llegar á la síntesis real y objetiva de los fenómenos.

No habiendo sido objeto estos principios fundamentales de investigaciones serias y perseverantes, han permanecido hasta ahora desconocidos, y la ciencia, haciendo traición á su mandato y hasta afectando declarar esos principios inaccesibles á la razón, se prohíbe por sí misma toda demostración ulterior y toda aplicación de orden general, capaz de enlazar lógicamente los principios de constitución y legislación del macrocosmo con los del microcosmo. Por eso la ciencia moderna se halla en la imposibilidad de facilitar un modo de vivir que satisfaga, física y moralmente, las aspiraciones legítimas de la sociedad; y de esta imposibilidad se prevale precisamente la reacción intelectual y religiosa, para tratar de abrir brecha en las teorías científicas y hacer prevalecer la superioridad del ideal religioso y moral sobre el principio intelectual y práctico que representan.

Los modernos filósofos moralistas se han erigido en paladines del trono y del altar y descuentan descaradamente el porvenir, complaciéndose en el papel de precursores del *gran regreso*, preparándose á él seriamente con perpetuas velas de armas. La filosofía fin de siglo se ostenta como una vuelta ofensiva del antiguo régimen intelectual y religioso contra el espíritu moderno, resultando que la ciencia ha prestado inconscientemente armas para tal expedición. Vivimos, según estos flamantes intelectuales, esperando la gran reforma al revés: mutilación general de la enseñanza pública, subordinación de la ciencia á la religión, restauración efectiva de la moral sobre bases espiritualistas, etc., etc.

Hace mucho tiempo que hemos sorprendido el movimiento que se opera en el pensamiento moderno siguiéndolo con se-

creto placer á cada nuevo paso. Y si es cierto que la ciencia no ha cumplido en sus grandes líneas las promesas hechas al principio en la hora generosa de las ilusiones, no es menos verdad que se han puesto en juego todas las presiones para apartarla del camino real, desviándola por senderos extraviados, especializándola en los bajos dominios del detalle fútil, aprisionándola en la humosa fábrica y prostituyéndola al becerro de oro.

Hoy se encuentra cogida entre dos fuegos: el espíritu del pasado, que pretende someterla á su tutela después de haber demostrado su incapacidad, y las aspiraciones del porvenir que la intiman imperiosamente que se rehaga, que recuerde su glorioso origen, que recobre animosamente su papel de antorcha, iluminando y emancipando al mundo. ¿Qué sucederá? El porvenir ha de decirlo, aunque no es difícil, contemplando el crepúsculo, adivinar tras él la esplendorosa aurora.

## TEOSOFIA

QUÉ ES LA TEOSOFÍA. — Mucho viene hablándose en estos últimos tiempos, en que las nuevas doctrinas pululan y en que todas las viejas doctrinas de la India y de la Grecia resucitan, disputándose los dominios del pensamiento y de las conciencias, de lo que ha dado en llamarse *teosofía*, sin que muchos sepan á punto fijo la significación de semejante palabra. León Clery, en la *Revue Bleue*, dedica á su estudio un artículo de estructura novelesca y forma fantástica, pero de fondo substancioso, aunque un tanto desordenado, que despojado de retóricas galas, contiene elementos suficientes de información para poder formar juicio sobre lo que es la *teosofía*.

*Teosofía* — y claro es que habla un iniciado, y que nosotros nos limitamos á reproducir sus conceptos — es una voz griega que significa «sabiduría divina», y es sencillamente «la ciencia», no esta ó la otra ciencia, sino «la ciencia»; la ciencia

cierta, absoluta y universal; la ciencia del pasado, del presente y del porvenir; la ciencia del origen, evoluciones y fin de los mundos. La teosofía es, además, «la luz»; la luz que penetra en todos los terrores y en todas las noches, iluminando todas las sombras y sustituyendo con la certeza á la duda.

Para la teosofía, el hombre no tiene edad, lo que quiere decir que el alma es eterna, porque es un reflejo de la eterna divinidad; el cuerpo que vemos, ó cuerpo *físico*, es una de las envolturas del alma, habiendo otras que no percibimos, como el *doble etéreo* al que sirve de envoltura inmediata el cuerpo físico, exactamente amoldado á él, y que está compuesto de sutilísima materia tan ligera é imponderable como el éter.

El fenómeno de la muerte puede compararse al acto del cómico cuando, terminado en la escena su papel, se quita el traje que ha vestido para tomar el que ordinariamente viste: el muerto deja también su cuerpo *físico*, como el actor su traje, y el *doble etéreo*, que sobrevive algún tiempo, se disipa también á su vez, volviendo los elementos del primero á fundirse con sus similares, y desapareciendo el segundo en el medio etéreo, en el éter, de donde ha tomado su substancia.

Pero entonces..... ¿no queda nada? Sí, queda lo esencial, queda el hombre, como en los bastidores queda el actor, dispuestos uno y otro á vestirse de nuevo para desempeñar otro papel. El hombre, despojado de sus dos vestiduras, física y etérea, conserva todavía otra, la vestidura *astral*, mediante la cual realiza una nueva fase de su existencia en otra zona de vida con órganos y manifestaciones enteramente diferentes de los conocidos anteriormente. Ese cuerpo *astral* es el intermedio entre la inteligencia, cuyo asiento se halla en el «cuerpo mental» y el cuerpo *físico*, siendo el que almacena todas las vibraciones sensoriales trasmitiéndolas por la red nerviosa al cuerpo visible que las recibe.

El «cuerpo *mental*» á su vez, formado por materia más sutil y delicada que la del cuerpo astral, es el depositario de la voluntad y de la inteligencia: cuanto más firme es la voluntad



y más elevada la inteligencia, más claras, poderosas y elevadas son las vibraciones que engendra y que comunica á los demás cuerpos, no siendo posible confundir las vibraciones intelectuales de un Platón ó un Moisés con las del vulgo de los hombres, ni las vibraciones de la voluntad de un César ó un Napoleón con las de un simple labriego.

Después de la evolución más ó menos prolongada en la zona astral, el cuerpo astral muere también, como antes han muerto el cuerpo físico y el doble etéreo en la zona material. Libre entonces de aquella ligadura, el «cuerpo mental» realiza á su vez su evolución en la «zona mental», y muere también para dejar en libertad al «cuerpo causal». Este es el tabernáculo de lo que suele llamarse «el alma» y que el teósofo llama el «ego» ó la «seconciencia». Pero, sin perderse en sutilezas, lo que importa saber es que el «cuerpo causal» es el único que sobrevive á todos los demás cuerpos, el único que dura eternamente y en cuyo provecho se realiza el trabajo de todos los demás.

Despojados sucesivamente de los cuerpos que componen su personalidad, el *ego* ó *seconciencia* entra en un estado de reposo llamado en sanscrito *devakan*, período de infinita beatitud, en el que se entra después de haber arrojado todos los malos pensamientos y malas acciones con los cuerpos que se han ido perdiendo.

Pero no se crea por esto que el hombre queda exculpado del mal cometido: cada uno de sus actos, bueno ó malo, lleva consigo su recompensa ó su castigo, con arreglo á su *karma*, voz sánscrita equivalente á «fuerza, actividad», y que viene á ser como una cuenta corriente ó registro de actos indestructible é imborrable. El *ego*, después de una residencia más ó menos prolongada en el *devakan*, vuelve á recorrer en sentido inverso el camino antes recorrido, pasando á la zona mental para reconstituirse el «cuerpo mental», de allí á la zona astral para revestirse del «cuerpo astral», y, por último, á la zona material para penetrar, por medio de la concepción humana,

en el cuerpo físico que debe habitar materialmente su nueva personalidad.

Y aquí es donde interviene el *karma* de cada cual para determinar las condiciones de la nueva encarnación, de tal manera, que la nueva vida no ha de ser sino la continuación de la vida precedente con la suma de pérdidas ó ganancias realizadas en la misma: si la vida anterior ha sido noble, pura, inteligente y buena, la nueva existencia contará con un cuerpo sano, robusto y hermoso, y con firme y poderosa inteligencia, y podrá subir, si no decae, los escalones penosos que han de conducirle á la cima de la felicidad, que es la conquista de la inmortalidad en el amor de Dios.

Esa aparente desigualdad en la distribución de la belleza, la salud y las riquezas, es la retribución exacta del bien ó el mal realizados en la existencia anterior, sin que haya en nada la menor sombra de injusticia, pues cada cual recoge lo que ha sembrado, y sólo á él es imputable que la cosecha recogida lo sea de bienes ó de males. La «fatalidad», en el sentido que suele darse á esta palabra, no existe; pues nada está entregado al azar ó al capricho de la suerte, teniendo cada cual lo que merece, aunque no acierte á darse clara cuenta de ello. La ley suprema es la justicia, y penetrado el hombre de la verdad de que él y sólo él es el árbitro de su destino, según sea su conducta, se esforzará, con la pureza de su vida y la nobleza de sus actos y la elevación de sus pensamientos, por prepararse una serie de existencias cada vez más puras y más felices.

Tales son las afirmaciones fundamentales de la *teosofía*, doctrina antiquísima, enseñada misteriosamente desde los tiempos más remotos, en la India, el Egipto, la Judea y la Grecia, deformada en la mayor parte de las religiones, y profesada hoy en el Thibet por sabios que, habiendo pasado por todas las pruebas, están en posesión de la verdad y *saben* lo que el vulgo de los mortales ignora.

\*  
\* \*

LA LEY DEL SACRIFICIO.—El sacrificio, dice la señora Annie Besant en la *Revue théosophique*, es una emisión voluntaria de vida, hecha para que los demás puedan disfrutar de ella, para dar vida á otros, alimentándola hasta que no dependan más que de sí mismos, lo que viene á ser una expresión de la alegría divina. Siempre hay alegría en el ejercicio de la actividad, que es la expresión del poder del autor: el pájaro se alegra al lanzar sus trinos, como el pintor se regocija con las creaciones de su genio. La actividad esencial de la vida divina debe consistir en la acción de *dar*, porque no hay nada superior á ella para que pueda recibir; la característica del espíritu es dar, porque el espíritu no es más que la vida divina activa en todas sus formas. La actividad esencial de la materia reside, por el contrario, en el hecho de *recibir*; cuando recibe la impulsión vital, se organiza en diversas formas; mientras reciben este mismo impulso, estas formas se mantienen; en cuanto la impulsión cesa, las formas se desmenuzan.

Desde este punto de vista, fácil es comprender cómo se ha llegado á pensar que el sacrificio es un sufrimiento. Mientras la vida divina se deleitaba ejerciendo su actividad con el fin de dar, y ni siquiera se inquietaba por saber si la forma habría de perecer por tal causa, sabiendo que sólo representaba su expresión pasajera, la forma, que sentía agotar sus fuerzas vitales, gritaba con angustia tratando de ejercer su actividad con el fin de conservarse. Mientras el hombre no se identifique con la vida, en lugar de identificarse con la forma, no le será posible eliminar el elemento de sufrimiento que acompaña al sacrificio. En una entidad perfectamente equilibrada el sufrimiento no puede existir, porque la forma es entonces el vehículo perfecto de la vida.

En el reino mineral, la mónada evoluciona quebrantando su forma para producir y sostener las plantas; la planta saca del suelo sus constituyentes nutritivos, los tritura y los incorpora á su propia substancia; la forma mineral perece para que la forma vegetal pueda brotar, y esta ley de sacrificio impues-

ta al reino mineral es la ley de evolución de la vida y de la forma, y el hecho se repite en el reino vegetal, cuyas formas son sacrificadas á su vez para que puedan producirse y desenvolverse las formas animales, realizándose siempre la ley del sacrificio.

Hasta este momento, la idea de sufrimiento apenas se ve asociada á la de sacrificio. Pero en el hombre era preciso desarrollar la voluntad, la energía activa y personal. Ni á los minerales, ni á los vegetales, ni á los animales, se les ha pedido que acepten la ley del sacrificio como una ley vital libremente elegida; les ha sido impuesta por una voluntad exterior, mientras el hombre debía tener la libertad de escoger, y al aceptarla ha surgido el sufrimiento por la lucha entablada por la forma para conservarse sin desgaste.

La ley del sacrificio es la ley fundamental de la vida, y ha sido incorporada, en una ú otra forma, en todas las religiones. Principiando por ofrendas puramente materiales para asegurarse el bienestar material, prosiguió con el sacrificio de los bienes materiales para proporcionarse los goces celestiales después de la muerte. En todas las religiones exotéricas vemos á los sabios recurrir á este modo de educación, y gradualmente los hombres fueron dominando su cuerpo, venciendo su pereza por la práctica diaria de las ceremonias religiosas, ejercitándose en vencer la forma y en someterla á la sujeción de la vida, acostumbrándose á las obras de bondad y de caridad. Poco á poco llegaron á desarrollar en alto grado el heroísmo y el sacrificio de sí mismos, como lo prueban los mártires, que abandonaban alegremente sus cuerpos á la tortura y á la muerte antes que renegar de su fe, aspirando á una «aureola de gloria» en el cielo en recompensa del sacrificio de sus formas físicas.

Más tarde se llegó á reconocer el sentimiento del deber, sin tener en cuenta recompensa alguna en otro mundo, y con esto se dió un nuevo paso en la senda del saber, viéndose en la ley del sacrificio la ley de la vida. El reconocimiento completo de esta ley eleva al hombre hasta el último grado, donde

todas las individualidades se funden en una, y donde se ponen en juego todas las actividades para el uso de todos y no para el beneficio de uno solo.

Los que alcancen á darse alguna cuenta de las prodigiosas posibilidades que se abren ante nosotros cuando nos asociamos voluntariamente á la ley del sacrificio, desearán inaugurar esta asociación voluntaria de los espíritus antes de que les sea posible elevarse á las cimas de la existencia. En cuanto un hombre haya resuelto empezar á practicar el sacrificio, deberá ejercitarse diariamente, antes de ponerse al trabajo, en realizar un acto de sacrificio por medio de la ofrenda de su propia persona á Aquel á quien da su vida; cada pensamiento, cada palabra, cada acto de su vida diaria será ejecutado como un sacrificio, no por su resultado, ni aun á título de deber, sino como el medio de que dispone en aquel momento para servir á su Señor; y todo lo que sobrevenga, alegrías y disgustos, éxitos y fracasos, será aceptado como expresión de su voluntad, todo será bien venido, todo ofrecido en sacrificio, y todo visto desaparecer con gusto, porque su desaparición indica que el Señor no lo necesita ya.

### CIENCIAS ÉTICAS

LA MORAL EN LA VIDA PRIVADA Y EN LA PÚBLICA.—Tal es el título del último trabajo del insigne Adolfo Pilo, publicado por la *Rivista Moderna di Cultura*, introducción al curso libre de filosofía moral, que debía dar en la Universidad de Génova el ilustre Profesor italiano; el autor estaba escribiendo su última página cuando la muerte vino á sorprenderle en la flor de la edad y de la gloria.

Entre la teoría y la práctica, entre las enseñanzas de la escuela y las exigencias de la vida real, aparece frecuentemente el más visible contraste, que se patentiza, más que en ningún otro dominio de la existencia, en la moral. Cualquiera que se

tome la molestia de mirar á su alrededor verá que hombres de la más correcta y honesta vida privada incurren en la vida pública en graves incorrecciones, y en todo un sistema de culpables transacciones entre lo lícito y lo ilícito, sin experimentar por ello vergüenza ni remordimiento, y sin provocar en el público censura alguna. Es más: la mentira, la corrupción, la violencia, la parcialidad, el favoritismo, todo lo que en la vida privada de un ciudadano parecería indigno y reprobable, no sólo se disculpa en el hombre político, sino que hasta forma ó acrecienta su fortuna, ganándole amigos y crédito.

¿Cómo es esto posible? ¿Hay, acaso, dos morales diferentes?

En doctrina, no. Todas las escuelas están de acuerdo: teólogos, idealistas, positivistas, evolucionistas, edonistas y utilitaristas, admiten un solo criterio y una sola moral; sólo el utilitarismo parece admitir la hipótesis de otra moral, pero como hecho transitorio únicamente, y en todo caso viene á parar á un criterio—la utilidad general colectiva—que excluye todo desdoblamiento de la moral. Y es natural que sea así, porque la ciencia es monismo, bastando esto para excluir, al menos en teoría, lo que Sighele dice sobre la existencia de «morales diversas, según el ambiente en que el hombre habla y obra»: moral de la familia, de la secta, de la casta, del Estado, etc. Bien está que se haga constar el hecho; pero sacar de él una ley y afirmar que «el hombre necesita muchas y diversas morales» no es admisible.

Y, sin embargo, si el hecho existe, es preciso que la ciencia lo explique, lo justifique y lo clasifique, y esto es lo que nadie ha hecho y lo que debe hacerse, porque la vida pública corrompida es el principal obstáculo para el progreso general de la humanidad; porque esa corrupción es la que detiene también los adelantos de cada pueblo, y porque la corrupción moral es contagiosa. No se obtendrá la paz universal sino cuando en las relaciones internacionales rijan los mismos principios que en las individuales. Se tiene miedo del Estado y de quie-

nes lo representan, porque el Estado es un malvado y es el enemigo de todos; por eso se desconfía de él y se le odia. Si un Ministro distrae fondos de la caja del Estado «para hacer elecciones», cualquier empleado se considerará autorizado para sacar dinero de la caja de su principal, para su uso. Si no refrenamos estas tendencias, no sólo arruinaremos las instituciones liberales, que ya es mucho, sabiendo la sangre y las lágrimas que han costado, sino que envenenaremos la vida privada, sofocando en nosotros el pedazo de moralidad individual que diez y ocho siglos de cristianismo nos han dejado en herencia.

El núcleo de la cuestión es este: ¿por qué el criterio moral, que sirve de guía en la vida privada, se abandona de golpe al entrar en la vida pública?

La moral, como todo aquí abajo, muda y evoluciona: primero fue sensación, esto es, simple representación sensible de ventajas ó daños de determinados modos de conducta; luego fue sentimiento, es decir, conmoción íntima y simpática ante dolores ó alegrías de que nos dábamos cuenta por representación; después fue intelecto, esto es, valoración precisa de consecuencias buenas ó tristes, útiles ó nocivas, derivadas de la conducta del hombre; luego, en fin, será idealidad, es decir, elevación, purificación, aspiración íntima al bien, despojado de todo lado sensible, separado de todo sentimiento inconscio, puro de todo cálculo de utilidad.

Nuestra moralidad actual está lejos, muy lejos todavía, de esta perfección. Nos falta el ideal; y esta falta, que en otros terrenos se ha comprobado y se comprueba diariamente, se nota principalmente en la moral.

¡La justicia! Sólo la sentimos por representación: nos abstentemos de ofender, no porque nos lo impida la idea pura de lo justo, sino porque nos representamos con suficiente viveza el dolor ajeno, fruto de una acción injusta.

¡La caridad! Extendemos la mano piadosa al hambriento ó consolamos al desventurado, sólo porque sabemos los dolores

que el hambre y la desventura han despertado y despertarán en nosotros.

La compasión de otro es compasión de nosotros mismos, no alto ideal humano. Socorremos á la mendiga que tiembla de frío y de hambre en una esquina; pero al hacerlo, cuando lo hacemos, apartamos la mirada, huyendo y casi temiendo que una parte de aquel gran dolor se nos pegue; tenemos miedo de que nuestros nervios se impresionen, siquiera sea pasajera-mente. ¿Es esto caridad? ¿Es moralidad?

La máxima «no hagais á otro lo que no querais os hagan» es del pasado y no del porvenir de la moralidad, y es la que hoy sirve todavía de guía; todo lo referimos á nosotros, y nos tomamos por medida de la bondad de nuestros actos. Nuestra moral es la moral del antropomorfismo. En la mayor parte de los casos somos impulsivos ó calculadores, casi nunca puramente morales.

En tales condiciones, ¿es posible, ó al menos probable, una alta moralidad en la vida pública? No, porque falta la representación. La repugnancia que sentimos para defraudar á otro en un negocio privado, se debilita ó desaparece cuando se trata del erario público ó de un ente moral. La personalidad jurídica, ficticia, que la ley concede á estos entes públicos no se representa capaz de dolor como las personas reales, y por eso creemos lícito causar un daño que en el fondo no lo siente nadie. Y cuanto mayor es el ente, más se verifica el fenómeno: de una sociedad de pocos socios á una anónima, al Municipio, á la Provincia, al Estado, hay toda una escala ascendente de personalidades respecto de quienes parece cada vez más fácil y menos culpable la inmoralidad.

Pasemos á otro punto de vista de la cuestión. Un día la sirena política nos llama, y sin insistir demasiado en un examen de conciencia, cuyo severo juicio de impreparación é incompetencia podíamos temer, nos dejamos arrastrar por la fuerza de los sucesos, y nos vemos lanzados en el vórtice, chico ó grande, de la vida pública, y nos afiliamos á un partido.



Doble daño para la moralidad, tanto por el desarrollo del instinto sectario que destruye la responsabilidad, como por el sacrificio de las propias convicciones á la bandera del partido.

Y si se llega al poder, fin supremo de la carrera política, el daño será mucho mayor, porque más que nunca se es esclavo de aquella bandera y de los amigos políticos; pues si antes era un mérito sufrir en silencio aquella constrictión, luego el mérito está en hacerla sufrir á los demás, impidiendo murmuraciones ó rebeliones. Y en estas condiciones el hombre político se creará necesario para el bien del país, y nada le parecerá más penoso que perder ese poder que tantas fatigas le ha costado; y para no perderlo le parecerán buenos todos los medios, invocando siempre la *salus populi*, confundida por él con su permanencia en el Gobierno.

Por eso se dice, con razón, que el poder embriaga. Sólo las almas grandes, fuertemente templadas, saben resistir á esta embriaguez y vencer sus seducciones. Y si de las alturas del poder descendemos á los ejecutores, funcionarios, magistrados, militares, á todos, en fin, los que están llamados á obedecer, traduciendo prácticamente el criterio político de los gobernantes, siempre tropezamos con el mismo hecho de la depresión moral. La rigurosa observación del deber, que caracteriza en general su conducta privada, no es la que más brilla en su vida pública; hay un hábito, la bondad, que se deja, como la capa ó el sombrero, al entrar en la oficina, y que no se vuelve á recoger hasta la salida. Es la oficina la que nos hace tan diversos de nosotros mismos, y por eso se grita tanto contra la burocracia descortés.

Pero la razón es siempre la misma: la falta de un claro concepto del bien y del mal, y, por lo tanto, del deber, con relación al cual, de un lado, falta la individualidad del agente, que obra como instrumento de una voluntad extraña, la ley, y de otro se obscurece la conciencia de las consecuencias menos inmediatas del acto.

Sin idealidad ética, el hombre político será, ó pécora en la

E. M.—*Julio 1900.*

grey de su partido, ó lobo para los partidos contrarios, y le será casi imposible desplegar una conducta verdaderamente digna y moralmente buena. En el antiguo régimen, bastaba el honor y la fidelidad al rey; en el moderno, y más en el futuro, es indispensable la virtud, y no sólo la virtud pasiva, más bien formada por la abstención que por la intervención, sino la virtud activa y gallarda que crece con el esfuerzo y el peligro.

Es preciso poner mano al remedio, y pronto, antes de que un estado de cosas, muy grave en todos los países latinos, haya producido el indefectible efecto de la desorganización ética de la sociedad y del Estado.

## LITERATURA

LA NOVELA FRANCESA EN EL SIGLO XIX.—La historia de la novela francesa en este siglo—dice Marcelo Prévost en la *Revue Bleue*—empieza con un nombre de mujer: la señora Stael es la introductora de la inspiración cosmopolita, y sus dos obras más célebres, *Corina* (1807) y *Delfina* (1808), tienen por asunto común el aislamiento de la mujer en un medio inferior ú hostil y sus luchas contra las convenciones sociales. *Adolfo*, de Benjamin Constant (1815), constituye una obra aparte que apenas se enlaza con su época sino por un solo lado, pudiendo estimarse la impotencia de amar, que es su asunto, como uno de los efectos del cansancio en que cae un pueblo, agotado por el esfuerzo gigantesco de la Revolución y del Imperio.

Chateaubriand resume el romanticismo, preparando á la vez la aparición del futuro naturalismo; mezclando «las aspiraciones del amor con las sindéresis cristianas», crea una forma de pasión en que se unen dos infinitos, el deseo y la fe, verdadero descubrimiento en materia novelesca, que será aprovechado por Sainte-Beuve en *Volupté*, que dará á *Madame Gervais*, de los hermanos Goncourt, su mejor atractivo, y que

inspirará no pocas veces á Bourget y en ocasiones á Huysmans.

Pablo Luis Courier no es un reaccionario, aislado en la estéril labor del sueño neopagano de *Dafnis y Cloe*, pues su ideal pompeyano inspirará á Gerardo de Nerval, dando quizá la primera idea de algunas pinturas del mundo antiguo á Anatolio France y percibiéndose su lejana influencia en la labor tan moderna y tan griega de Pedro Louys. La verdadera familia literaria de un maestro no siempre se compone de sus contemporáneos, sino más bien de su posteridad intelectual: tal es el caso de Stendhal (1783-1842), el primero que, según Brunetière, proclamó la equivalencia de las artes, siendo el modelo de los Goncourt y los Daudet, dando importancia preponderante al estudio de los caracteres, que es el principio fundamental de la escuela psicológica, y comunicando á la literatura su culto á la voluntad consciente y activa, generador de las obras de Balzac, Barrès y Pablo Adam, siendo así el maestro común de los escritores artistas, de los fervientes del análisis y de los teorizadores de la voluntad.

De Stendhal á Jorge Sand, á Balzac y á Dumas, la novela francesa se ve firmada á veces por grandes nombres, pero que no son nombres de novelistas: las novelas de Víctor Hugo son magníficos poemas en prosa; las de Lamartine y Musset están, caracterizadas por la nota ultraromántica de la hipertrofia de la personalidad; la quimérica de Karr, *Bajo los tilos*, es sencillamente detestable; en Musset hay, sin embargo, cierto elemento de dandismo y de fantasía que, al burguesificarse so pretexto de aristocracia, produce la elegancia de Feuillet, así como en Murger llega á revestir cierta gracia sentimental en su falsa bohemia, reducida para él á meras aventuras de cervecería. Sainte-Beuve, en *Volupté* (1834), mezcla la sensualidad sublimada con la más delicada melancolía, haciendo pensar en el deleite moroso de los teólogos y en esas tristezas de la carne inquieta que más tarde hemos de encontrar en Bourget.

Jorge Sand es una romántica de pura raza, tanto por su

espléndido lirismo como por su tesis favorita de la emancipación de la mujer, tal como aparece en *Indiana*, *Valentina* y *Lelia*; sin embargo de su romanticismo, hay que confesar que ha sido una de las iniciadoras del realismo, habiendo cultivado la novela religiosa, la histórica, la filosófica, la socialista, la artística, la campestre y la descriptiva, sobresaliendo en todas por la belleza y facilidad incomparables de su estilo. Sin que pueda decirse que haya fundado escuela, puede afirmarse que su más fiel heredero es Andrés Theuriet, uno de los mejores novelistas contemporáneos.

El *Dominique*, de Fromentin, única novela firmada en 1862 por su autor, tiene gran importancia histórica por constituir, como *Adolfo*, el antecesor más caracterizado de la novela psicológica; su estilo difiere de los de Flaubert y Goncourt, siendo flexible, vivo, aéreo y, sobre todo, encantador.

La novela de aventuras, restaurada por Dumas, padre, llega á proporciones casi homéricas en *Los tres mosqueteros* y *El Conde de Montecristo*. Federico Soulié y Eugenio Sué, creadores de la novela de folletín, no han perdido tampoco nada de su influencia contando con la prolífica posteridad de los Richebourg, los Montepin, los Marg y los d'Ennery, familia de novelistas cuya imaginación ha realizado frecuentemente verdaderas maravillas de creación y composición. Pablo Feval se enlaza también con este grupo, al que pertenece ese mismo Pablo de Kock que reinó en la imaginación de los estudiantes largos años, y que merecía hasta el reconocimiento del Papa Gregorio XVI por las horas agradables que su lectura le proporcionaba.

La obra maestra del siglo es *La Comedia humana*. Balzac carece de perfección continua, y su estilo no es esencialmente bueno, pero es un estilo de maestro; admirador de Walter Scott, ha tratado históricamente asuntos modernos, reproduciendo maravillosamente su color de época. Balzac es el que ha introducido el realismo del dinero en el relato de las luchas de la pasión; con Balzac no se trata sólo de saber si el

amante robará á su amada, sino si tendrá con qué pagar el coche y los cocheros. Todos los personajes de Balzac son reales y se agitan en una atmósfera real. La influencia del gran novelista está universalmente reconocida, y todos los escritores contemporáneos y posteriores la han sufrido, y casi todos la confiesan. Balzac, sin embargo, tuvo pocos imitadores inmediatos, suscitando más bien contradictores, como Vigny, encerrado en su legendaria torre de marfil, y Mérimée, reducido al vocabulario del siglo XVIII. Taine ha visto en Hector Malot, en los comienzos de su carrera, un Balzac resucitado, y Fernando Fabre ha sido llamado el Balzac del clero, aunque más recuerda á Sand que á Balzac.

Mientras Leconte de Lisle se burla de la sentimentalidad de Musset y Lamartine, Gustavo Flaubert, sobre las ruínas del idealismo convencional, funda la novela realista; y no es que haya roto el romanticismo, pues se sabía de memoria *Los mártires*, de Chateaubriand, siendo su *Salammbó* un admirable poema en prosa; pero no por eso deja de ser la obra de Flaubert una robusta máquina de guerra contra el idealismo.

Desde Flaubert, la novela francesa se bifurca: Flaubert aparece al frente de los estilistas, para quienes «la escritura artista» es el patrimonio más precioso del novelista y que desdennan la substancia misma de la novela, asunto, trama, psicología y alcance social, en contra de los que sostienen que una novela debe ser, ante todo, un *relato*, sometido á reglas semejantes á las de la literatura dramática. Entre estos debe citarse á Octavio Feuillet y á Víctor Cherbuliez, y entre aquellos á los hermanos Goncourt, cuyas novelas son el triunfo del estilismo; sus personajes, más que individuos y caracteres, son soportes complacientes de estados de nervios cuya descripción les tienta, y que pasean por ambientes susceptibles de ser explotados artísticamente; su estilo es más pictórico que literario, sacrificándolo todo al colorido sin la superstición de la sintaxis; más bien que compositores son decoradores de obras.

Alfonso Daudet es un estilista como los Goucourt, pero es algo más; Dickens le ha hecho sentir la poesía de los detalles de la vida, y Daudet ha sabido reproducir esos mil fragmentos de verdad, pudiéndose decir que su arte tiene algo de cinematográfico, siendo el primero que ha comprendido la elegancia especial, delicadísima y frívola de la parisiense, esa «muñeca con resortes de acero», como la llama. La facilidad, la libertad, la simple gracia se hacen admirar en toda su labor, sin que impidan hacer notar otra cualidad, latina también: el rigor lógico de la composición.

El triunfo de la novela naturalista con Emilio Zola es uno de los grandes hechos literarios del siglo, siendo fácil determinar los factores de esta evolución: el primero, la representación del individuo no como abstracción psicológica, sino como ser concreto y real, ligado al cuerpo social en que vive por su familia, su profesión, sus pasiones y los demás puntos de contacto, es de origen puramente balzacesco, siendo el principio de la herencia el que más ha preocupado á Zola, que creía en él como en un dogma; el esmero del estudio de la realidad psicológica y la materialización del amor enlazan á Zola con Michelet, pues sabida es la importancia que el gran historiador atribuye á las pequeñas miserias íntimas de Luis XIV y el atrevimiento de sus investigaciones en las regiones más misteriosas de la sensibilidad femenina del romanticismo, y especialmente de Chateaubriand y Víctor Hugo, ha tomado Zola el procedimiento artístico que consiste en prestar á la naturaleza una vida casi humana; Zola ha realizado la síntesis del romanticismo y el naturalismo, revistiendo este poderoso sistema con armadura científica, y logrando hacerle triunfar de tentativas de reacción como la de Jorge Ohnet.

La escuela de Medan (León Hennique, Pablo Alexis, Huysmans, Ceard) tuvo por aliado al admirable discípulo de Flaubert, Guy de Maupassant, el creador de ese género de historietas ó novela-cuento, en el que, gracias á un poder de con-

tracción casi inaudito, ha encontrado el medio de concentrar la evolución completa de un asunto en los límites de un cuento de trescientas líneas, preparando el triunfo del periodismo literario; á veces, su vigor algo seco nos recuerda las mejores páginas de Merimée, habiéndose apropiado las cualidades literarias menos brillantes pero más necesarias de Flaubert: la solidez y la claridad. Maupassant ha poseído imaginación plástica, imaginación fantástica y poder de realización admirable, sin haberse cuidado jamás de ser un escritor de ideas.

Entonces se produjo un hecho literario, igual en importancia histórica al advenimiento del naturalismo: la aparición, ó más bien, el nacimiento de la novela psicológica de Pablo Bourget, que vino á satisfacer las necesidades intelectuales de numeroso público, harto ya de pinturas y lirismos naturalistas. Bourget mismo reconoce que no hace más que reanudar el hilo tradicional, citando entre sus ramos genealógicos á la señora Lafayette, al abate Prevost, y á Leclos, Constant y Fromentin, á cuya lista conviene añadir los nombres de Stendhal, Balzac, Feydeau, Chateaubriand y Sainte-Beuve. El procedimiento de Balzac es pintar los más vastos frescos de la historia contemporánea por medio de una infinita serie de menudos toques; es también el de Bourget, pero la fórmula que éste ha logrado imponer á casi todas las modernas literaturas no la debe más que á sí mismo, á su comprensión de las necesidades intelectuales de su tiempo, subordinando el interés de la fábula y el interés pintoresco al interés psicológico, y haciéndolo con plena conciencia de lo que hacía. Desde entonces, el público, acostumbrado á un fuerte alimento intelectual, no aceptará la alimentación incompleta á que antes se resignaba, y todas las novelas, á cualquier género que pertenezcan, tienen que cuidarse, para ser aceptadas, de las exigencias cerebrales del lector. El mismo Maupassant sufrió la influencia de Bourget, no siendo este uno de los menos lisongeros triunfos del autor de *Mentiras*.

Pedro Loti, sin otros lazos literarios que los que le ligan á

Flaubert y al Chateaubriand de las *Memorias de Ultratumba*, es, ante todo, un hechicero, que más bien que la reputación de un novelista, sabe conquistar la gloria de un poeta. La visión casi estática de la realidad pintoresca, y el maravilloso don del estilo, aseguran al autor de *Mi hermano Ives* un puesto aparte en la literatura francesa, al abrigo de las fluctuaciones de la moda y de las luchas de las escuelas, pudiéndose decir otro tanto de Anatolio France. El encanto de las narraciones de Anatolio France, que lo mismo se complace en contemplar la belleza eterna de las ideas y del universo, que las evoluciones de una familia menuda, emana precisamente de su personalidad inimitable. La gracia de la inspiración, el empleo filosóficamente ingenioso de la erudición y la suprema cortesanía del espíritu, componen un conjunto único, cuya extrema rareza condena al aislamiento á su afortunado poseedor.

Con Anatolio France se cierra la lista de maestros cuya evolución puede estimarse como terminada, y que pertenecen plenamente al siglo XIX. Tras ellos crecen y se forman otros talentos que, todavía en plena evolución, no sería oportuno juzgar; así, por ejemplo, dos de las mejores novelas publicadas en la última década son, el *El Calvario*, de Mirbeau, y *Pintados por sí mismos*, de Hervieu; pero sólo el crítico que haga el balance del siglo XX, podrá decir lo que serán estos dos grandes novelistas, así como alabará la gracia irónica de las sátiras mundanas de Enrique Lavedan, la fogosidad creadora de Pablo Adam, la flexibilidad y distinción intelectual de Abel Hermant, la emoción y la fuerza de los hermanos Margueritte, la potencia artística de Leon Daudet y de los Rosny, la vibrante sinceridad de Luciano Descaves, el atractivo algo grave de Eduardo Rod, la fina sensibilidad de Renato Bazin, y la inteligencia artística de Fernando Vandereem. Julio Renard, Eduardo Estaunié, Gustavo Toudouze y Luciano Muhlfeld, requerirán también un largo análisis, y aunque no haya sido novelista sino por *boutades*, tampoco po-



drá olvidarse en una historia de la novela el nombre del gran poeta Catulo Mendes. Se citarán ciertas páginas hermosamente voluptuosas de Renato Maizeroy y, en fin, entre los que contemplan, muy jóvenes todavía, la brillante puesta literaria del presente siglo, Miguel Corday, Camilo Vergniol, Luis de Robert, Gaston Volnay, Luis Bertrand, Remigio Saint-Maurice, Máximo Formont, Renato Boysleve, etc., podrá saludar el crítico del siglo XX al maestro novelista del porvenir.

### PSIQUIATRIA

EL NEUROSISMO Y EL SUICIDIO EN LOS NOVELISTAS Y POETAS DEL SIGLO XIX.—Extraído de *El crimen y el suicidio pasionales*, de Proal, la *Revue Bleue* obsequia á sus lectores con las primicias de tan interesante trabajo, rico en curiosos datos, que reciben por su agrupación nueva luz, constituyendo un estudio muy estimable.

Entre los escritores románticos más célebres, la sobreexcitación de la imaginación y de la sensibilidad les predisponía al suicidio: Chateaubriand intentó suicidarse en su juventud, y Jorge Sand, que de niño padecía alucinaciones, se había forjado con el nombre de Corambo la imagen de un dios, al que rendía culto, y fue asediado muchas veces por la idea del suicidio. Alfredo Musset llegó á padecer una enfermedad nerviosa rayana en locura, y estaba sujeto al fenómeno del «desdoblamiento del yo», habiendo tenido no pocas veces tentaciones de suicidio; estaba dotado de una organización nerviosa tan fina y tan impresionable, que la vista de una mujer le hacía temblar.

Lamartine no era tan nervioso, pero su impresionabilidad era también excesiva; cuando le enviaron de pensionista á un colegio de Lyon, «la impresión—dice—fue tan viva y tan triste, que ideas de suicidio de que jamás había oído hablar me

asaltaron con fuerza, y pasé días y noches buscando el medio de quitarme la vida». Sainte-Beuve, de quien decía Lamartine que era «un hombre pálido, rubio y delicado, sensible hasta la enfermedad, poeta hasta las lágrimas», tuvo también la idea de ahogarse, como lo declara en sus versos, y Víctor Hugo no se libró de la misma manía sino por la vida de familia que hacía y el amor que profesaba á los niños.

No son menos sensibles los novelistas que los poetas. Octavio Feuillet era sumamente nervioso: un artículo hostil de Julio Janin le produjo «verdaderos desórdenes en la salud»; el fracaso de *La belle au bois dormant* estuvo á punto de matarle, y la vista del *Descendimiento de la cruz*, de Rubens, le impresionó tanto, que casi le hizo caer de emoción.

Y no son menos nerviosos que el idealista Feuillet los novelistas del naturalismo. «Siempre vibrante—dice Gui de Maupassant de su maestro Flaubert, de quien sabemos por Máximo du Camp que era epiléptico,—se comparaba él mismo con un desollado á quien el menor contacto hace estremecer de dolor, llegando á veces á tal grado de exasperación, que hubiera querido destruir la raza humana.» Sabido es cuán nerviosos eran Alfonso Daudet y los Goncourt; «los críticos podrán decir lo que quieran—escribía Edmundo de Goncourt,—pero no podrán impedir que mi hermano y yo seamos los San Juan Bautista de la sensibilidad moderna». En su estudio médico-psicológico sobre Zola, escribe el Dr. Toulouse: «Existe, pues, cierto desequilibrio nervioso, emotividad exagerada realmente morbosa que provoca, bajo la influencia de excitaciones mínimas, reacciones desordenadas y dolorosas.»

Si es verdad que contando los males se alivian, también lo es que á veces se aumentan y se agrian cuando se tiene excesiva imaginación; siendo más delicados que los demás, los poetas y artistas sufren proporcionalmente mucho más que otras personas; y esa sensibilidad, condición de su talento, es el tormento de su vida. Cediendo, por otra parte, al placer de desarrollar exclusivamente la facultad que constituye su superio-

ridad, pierden el equilibrio, la armonía de las demás facultades, recogiendo abundante cosecha de perturbaciones nerviosas.

Hay en el hombre, y sobre todo en la mujer, cierta tendencia á quejarse y á maldecir la vida. Los que olvidan los consuelos religiosos para alimentarse con novelas y poesías melancólicas, pierden pronto la resignación, hallando lisonjeada «esa parte del alma—como dice Platón—sedienta de lágrimas y lamentos», á la que hay que evitar que sea largo tiempo espectadora de lloros y lamentaciones poéticas, porque los sentimientos ajenos se hacen propios, y una vez alimentada y robustecida nuestra sensibilidad por la vista de los males ajenos, se hace difícil moderar los nuestros.» La poesía melancólica del siglo XIX ha matado la resignación, multiplicando el número de los suicidas.

Un libro de historia, de filosofía, de moral ó de crítica, no puede escribirse sin tener sano el juicio; una oda ó una novela, pueden prescindir de semejante condición, suplida por el desarrollo de la imaginación y de la sensibilidad; y como estas cualidades son las predominantes en el novelista y el poeta, estos pueden conservar su talento aun después de perdida su razón. El Tasso, Rousseau, Poe y Nerval han sido escritores notabilísimos, aun teniendo trastornos cerebrales. «Hacia mucho tiempo—dice Gautier—que el equilibrio mental estaba desarreglado en Gerardo Nerval sin que ninguno de nosotros lo hubiera notado; hasta cuando la enfermedad hubo atacado su cerebro, conservó intactas todas las cualidades de su inteligencia; ninguna falta, ningún error, ninguna incorrección delató el desorden de sus facultades intelectuales; hasta el fin permaneció impecable, pudiendo así ocultar un estado que nadie sospechaba; algunas salidas extrañas nos dejaban á veces atónitos; pero las explicaba de modo tan ingenioso, tan sabio y tan profundo, que aumentaba nuestra admiración.»

Así como la fiebre da más brillo á los ojos, la neuropatía

da más esplendor á la imaginación y á la sensibilidad del novelista, haciendo sus relatos más vivos y coloreados, y ejerciendo en sus lectores más profundo y pernicioso influjo, infiltrando en sus espíritus su propia morbosidad: un escritor exaltado los exalta, una imaginación inflamada los enardece. Para gran número de novelistas y poetas, pensar es sentir, escribir es anotar sensaciones. En los siglos XVII y XVIII, se hacían colecciones de pensamientos, de máximas, de reflexiones: Pascal escribía sus *Pensamientos*, La Rochefoucauld sus *Máximas*, La Bruyère sus *Caracteres*, Vauvenargues sus *Reflexiones y máximas*, Duclos sus *Consideraciones*; hoy se escriben colecciones de sensaciones, y hasta los libros de crítica, de viajes y de historia, son libros de impresiones y sensaciones, llevando títulos como los de *Ideas y sensaciones*, de los hermanos Goncourt; *Sensaciones de historia*, de Barbey d'Aurevilly; *Sensaciones de Oxford*; *Sensaciones de Italia*, de Pablo Bouget; *Sensaciones de literatura y arte*, de Byvanck; hasta Julio Lemaître, que tiene el don de la observación moral y que podía continuar la tradición de nuestros grandes moralistas, nos da, cediendo á la moda del día, *Impresiones de teatro*.

La sensación ha sustituido al sentimiento, la imagen á la idea, y novelistas y poetas describen todo género de sensaciones y especialmente las del amor físico. Tras la literatura *impresionista*, han venido la pintura impresionista, la justicia impresionista de los jurados y la política impresionista de los diputados. Para gran número de personas que se tienen por cristianas, el sentimiento religioso mismo es sólo una necesidad de emociones religiosas, y hasta en ciertas apologías del cristianismo se encuentran más bien impresiones estéticas y místicas, que argumentos y razones.

Para aumentar su sensibilidad, hay escritores que la exaltan por la embriaguez, medio ya practicado por la antigüedad, como nos cuenta Plutarco de Esquilo y de Lampias. Hoffmann tenía alucinaciones que provocaba por medio de

excitantes y que le servían para escribir sus *Cuentos fantásticos*; Edgardo Poe, que era neurópata, bebía para sobrecitarse y encontrar visiones adecuadas para sus *Historias extraordinarias*; Baudelaire, que lo tomó por modelo, buscaba la inspiración en el opio y en el haschisch, y murió de parálisis; y en 1845 se formó en París el club de los *Haschidinos*, frecuentado por literatos en busca de alucinaciones.

Estos hábitos de excitación artificial no son, sin duda, generales, pero son menos raros que se cree, habiendo también novelistas que cultivan sus pasiones para analizarlas, y hasta sostienen enfermedades nerviosas como materia de observación. Mauricio Barrès propone buscar «medios nuevos de desarrollar y aguzar la sensibilidad, á fin de llegar á la adoración del yo». No hay por lo mismo que asombrarse de la flojedad de la razón en estos novelistas, ni que sorprenderse de ver que unos creen en el espiritismo y en las mesas giratorias y otros consultan sonámbulas y quirománticos, habiendo quienes no creyendo en Dios creen en el diablo.

Es peligroso tomar por guías á espíritus tan mal equilibrados, prefiriendo la literatura decadente á la filosofía y á la ciencia; ni el café ni el alcohol han ayudado á Guizot para escribir la *Historia de la Civilización*, ni á Thiers para componer la *Historia del Consulado y del Imperio*. ¡Cuántas novelescas exaltaciones, que acaban mal, se comunican á las pobres hijas del pueblo por esos folletines en que, á cada paso, se encuentran las palabras fascinadoras de amor, embriaguez, pasión, voluptuosidad, felicidad! Las novelas crean en esas pobres muchachas un estado de espíritu quimérico que las pierde, porque jamás les hablan de la belleza de la vida de familia, de las alegrías del matrimonio: en lugar de poetizar á los humildes, á los trabajadores, los novelistas prefieren idealizar el libertinaje de los ociosos, de los mundanos. Y el final de esos sueños quiméricos de amor y de lujo es el suicidio y la prostitución.

Si el número de los suicidios ha crecido tanto en los últi-

mos cien años, es debido en parte al aumento de lectores de novelas. Por leer su folletín, la cocinera deja quemar su almuerzo, la doncella descuida su planchado, y la madre de familia se olvida de sus hijos. Centenares y miles de novelas aparecen cada año, y no hay periódico sin folletín, ni revista sin novela. Una de las causas de la rareza de los suicidios en el campo, consiste en que las mujeres del campo leen pocas novelas, y las de las ciudades leen demasiadas. Con su pasión por buscar descripciones pintorescas, los novelistas lo han descrito y embellecido todo: el adulterio, la crápula, la embriaguez, las costumbres infames, la seducción, el suicidio y el crimen pasionales; todo lo han poetizado, excepto la salud, el trabajo, el amor conyugal y la familia.

## BIOLOGIA

FILOGÉNESIS Y AUTOCONSERVACIÓN. — Quien piense que la conducta humana—dice Sciacchittano en la *Rivista Moderna di Cultura*—está desviada de su dirección egoística por la acción de los demás hombres, se convencerá de que el hecho social, aun teniendo un solo origen, es producto de dos series de motivos que se encierran en las dos grandes leyes biológicas de la autoconservación y la filogénesis, de cuya incompatibilidad es consecuencia la lucha por la vida. La actividad social entera, es resultado de estos dos sentimientos: el personal de la conservación de sí mismo, y el social de la filogénesis.

Helvecio tuvo el valor de afirmar hace un siglo, que el factor determinante de las manifestaciones de la actividad del hombre, individual ó socialmente considerado, es la utilidad, principio cuya exactitud ha sido demostrada por Spencer, y que explica la moral contraria de las naciones y los conflictos de todo género: civiles, religiosos y políticos. «Si el universo físico—decía Helvecio—está sujeto á las leyes del movimien-

to, el universo moral no lo está menos á las del interés.» «Examínense los hombres—añade—y se verá que no hay crimen que no haya sido puesto en el rango de acciones honestas por las sociedades á quienes ha sido útil, ni acción útil al público que no haya sido censurada por alguna sociedad particular á la que haya sido perjudicial.» Esto se llama tratar la moral como lo que es, como una física experimental.

La familia y la sociedad son producto de los sentimientos utilitarios del hombre; el padre defiende á sus hijos, porque saca de ellos verdaderas ventajas, pues cuando así no es, los mata, se los come ó los vende. La primera forma social es la militar, y el amor á la prole tiene en ella el mayor desenvolvimiento, porque en los hijos se ven los futuros guerreros. Si los chechemecas, raza belicosa, aman mucho á sus hijos, desprecian, sin embargo, y aborrecen á sus hijas, como refiere Spencer, y entre los panchos, si el primer hijo es hembra, se le mata y se sigue matando á todas las hijas que nacen antes del primer varón, estando bastante generalizado, aun entre las familias europeas, el desprecio á las hijas.

Siendo esto así, la teoría de la filogénesis innata es falsa, aunque parece prestarle cierto apoyo el transformismo darwiniano, según el cual, siendo el hombre un resultado de la evolución de seres inferiores en los que no aparece que, falto el sentido filogenético, debe poseer también este sentido altruístico por ley atávica. Pero en primer lugar no siempre es cierto que en los animales más próximos al hombre exista siempre la filogénesis. ¿Quién no sabe que la gata se come frecuentemente á sus hijos? El animal, por otra parte, halla fácilmente comida abundante mientras el hombre primitivo se ve obligado á luchar con todos y por todo; el animal, con su limitado desarrollo intelectual, no puede comprender la mayor ó menor utilidad de la prole, mientras que el hombre tiene la percepción de lo futuro y comprende la ley de la causalidad.

En el hombre primitivo el interés individual era el propulsor de todos los actos. ¿Cómo puede hablarse—se objetará—

de una sociedad completamente egoísta si no es posible la convivencia social sin un sentimiento altruístico que sea el equivalente del derecho brutal de todos los componentes? Pero ¿es que la mera convivencia supone una verdadera sociedad? Pueblos existen, aun hoy mismo, que viven juntos en determinado lugar, y que no forman, sin embargo, sociedades, sino simples reuniones ó aglomeraciones humanas, faltando en ellos el elemento social. Esto aparte de que nada más fácil de reducir la más alta forma del altruismo al egoísmo más refinado: las lágrimas que se derraman sobre el cadáver de un desconocido, no deben atribuirse á un sentimiento de piedad por el difunto, sino á la amenaza que siente uno pesar sobre sí mismo.

Pasando revista á los diversos sentimientos altruistas y fijándonos en la *simpatía*, que tanto ha servido á los filósofos para probar la ineidad de la filogénesis, puede afirmarse con Bain que sólo es un recuerdo doloroso, un sentimiento puramente reflejo nacido del sentimiento egoísta de la propia conservación, pues sabido es que la simpatía nace por igualdad, por antagonismo y por complemento de las cualidades propias. El altruismo es un efecto del egoísmo, y fuerza es aceptar el siguiente postulado: sea cualquiera la forma que tomen los sentimientos, voliciones y afectos del hombre, su solo motivo determinante es la autoconservación.

El amor maternal es el sentimiento por el que la mujer cría sus hijos hasta que éstos pueden proporcionarse á sí mismos los medios de vivir, instinto puramente fisiológico cuya primera razón de ser se halla en el placer que ocasiona la lactancia y no en un sentido más ó menos elevado de altruismo. La diferencia entre los animales y el hombre en este punto está en que la prole adulta animal se hace completamente extraña á la madre, mientras que la humana continúa con su trato generador de mutuo afecto; no debe olvidarse, sin embargo, que entre los animales es raro matar á la prole, y entre los hombres hay pueblos que practican el infanticidio por previsión económica. ¡No en vano tiene el hombre raciocinio y es llamado *sapiens*!



¿Qué pruebas científicas y reales existen de la instintividad del amor maternal? Ninguna. Los actos de heroísmo de algunas madres para salvar la vida de sus hijos no pueden servir de guía ni constituyen el promedio del amor materno; y frente á unos cuantos hechos exagerados en que resplandece el amor maternal, pueden citarse muchos otros en que la realidad de la vida aparece hartamente diferente, aun dentro de la familia europea moderna.

Maveo, en sus *Caracteres de los delincuentes*, escribe: «Son increíbles los relatos de los criminales sobre las sevicias de sus progenitores»; en el 22,6 por 100 de los delincuentes, según el mismo psiquiatra, se encuentra carácter inmoral ó violento del padre, y en el 11 por 100 de la madre. Tardieu, en su *Estudio médico legal sobre los atentados á la moral*, refiere numerosos ejemplos de incestos intentados ó consumados por los padres, y cita 36 casos de sevicias increíbles cometidas por las madres contra sus criaturas; añádanse á éstos los casos de abandono de los hijos, de abortos buscados y de infanticidios, y se verá que el tanto por ciento de las llamadas madres amorosas no es superior al de las madres desnaturalizadas, siendo positivo que la mortinatalidad y la mortalidad de los niños se debe principalmente á la falta de un verdadero sentimiento materno, pudiéndose recordar de paso los casos numerosos de litigios promovidos por los padres contra los hijos y la prostitución impuesta á las hijas con más frecuencia de lo que se cree.

Todo esto, sin embargo, es simplemente el índice, la exterioridad más externa de toda una complejidad de hechos que, al amparo de las leyes de beneficencia, constituyen la normalidad del organismo familiar. Si además de este conjunto de hechos psicopatológicos que dan fe de la falta de amor en los padres, se consideran todas las consecuencias físicas, psíquicas y morales que la educación de los padres produce en los hijos, la tesis queda demostrada. El que ha sido testigo de las acciones cometidas por los padres en tiempo de epidemia, y

quien sabe que el 99 por 100 de las madres no estarían al lado de su hijo tuberculoso ó colérico si no temieran á la opinión pública, no tendrá por visionario ni por inmoral al que niegue que el amor materno es innato en la mujer. En los pocos casos en que existe es un fruto puramente social ó meramente individual.

No es esto negar el amor materno, sino afirmar en primer lugar que no es un sentimiento originario, y en segundo que sus causas deben buscarse en el medio ambiente social ó en una particular disposición fisiológica. Parent Duchatelet, en su libro sobre *La prostitución en la ciudad de París*, sostiene que en las prostitutas existe un amor materno muy profundo. Aceptado este hecho como innegable, hay que admitir ó que la abyección de la prostituta es causa importante del amor materno, lo cual es ilógico y colocaría á la mujer anormal sobre la normal, ó que ese amor es efecto de la falta de personas en quienes depositar el propio cariño, la concentración de todos los afectos en el único ser de quien se espera verdadero amor.

Aplicando, por otra parte, la teoría de la simpatía al amor materno, no es extraño que las madres se encariñen con sus hijos, que en general se les parecen tanto, siendo continuación de la propia individualidad. Los numerosísimos casos de pleitos promovidos por las madres contra sus hijos en su exclusivo interés, la mortalidad de los niños por falta de cuidados, la venta del honor de las hijas, el ningún cuidado de la educación de los hijos para la vida, los delincuentes y locos que produce la familia, todo autoriza la afirmación de que el amor materno no se halla hasta el presente más que en estado rudimentario y emocional. No es éste asunto de corazón, sino de inteligencia; los sentimientos del hombre, antes de llegar á ser tales, han sido simples convicciones mentales, procesos lógicos del cerebro y no otra cosa.

Y así debe necesariamente ser si la autoconservación es el principio propulsor de todo el obrar humano. La simpatía, á

la que suele atribuirse la agregación de los hombres, es consecuencia y no causa del agregado social. La aparición de un verdadero estado social en el que vienen á definirse los derechos individuales y sociales es consecuencia natural y necesaria de la autoconservación, y partiendo de este esencial postulado sociológico puede afirmarse que cuanto más progresa el hombre en su evolución intelectual, tanto más terreno cede el egoísmo al altruismo.

Una de las observaciones más corrientes en los libros de psicología es la de que en el carácter de los niños se encuentra un egoísmo tan refinado que se asemejan á los salvajes por la falta de sentido moral; este hecho se explica por la falta de desarrollo mental del niño y por la carencia de disciplina social; pero no contradice en ningún caso la ley del edonismo. La utilidad en sus comienzos se circunscribe á lo inmediato y presente; sólo con el transcurso de los siglos y la acumulación de experimentos personales y sociales, vemos buscar al hombre una utilidad que no sea la del momento. Todas las formas de previsión en las que el sufrimiento presente ha de producir un goce futuro, no son sino procesos de una ley francamente egoísta: la conservación de sí mismo, la utilidad.

Así, poco á poco, esta busca de la utilidad mediata viene inconscientemente á crear formas pseudo altruísticas de conducta, de las que ha salido la creencia de que hay acciones que arrancan del sentido de la conservación de la especie. El altruismo no es un sentimiento primitivo; no nace con el individuo, sino con la colectividad social. La evolución del derecho penal se ha manifestado en todos los pueblos en sentido individualista: primero, no se castigan sino los delitos políticos, luego los que interesan al consorcio social, reservando amplia libertad de venganza al ofendido por crímenes individuales; aun hoy, los numerosos delitos que sólo pueden perseguirse á instancia de parte, muestran que no está en la conciencia social el principio de que los derechos individuales deben ser defendidos lo mismo que los sociales.

En conclusión: la supervivencia de las formas más bajas de egoísmo, el crecimiento de los delitos contra las personas y la propiedad, prueban la ineidad del principio de la autoconservación sin mezcla de filogénesis, sin que ningún optimismo de sociólogos altruistas sea capaz de modificar el ambiente. Las estadísticas se afanan en presentar cuadros de beneficencia de color de rosa; pero en el fondo eso no es beneficencia, sino especulación sobre la beneficencia: especulación estética en quienes la promueven con fiestas y reuniones de gente frívola, especulación pecuniaria vulgar en contratistas y proveedores; los niños de las inclusas mueren en espantosa proporción, los hospitales no tienen camas para tantos enfermos, y la miseria brota siempre, y con ella la depravación, el delito, la degeneración física y moral. El capitalismo imperante, la conculcación de todos los derechos de los proletarios y trabajadores, la desigualdad económica, en una palabra, es sólo un producto egoístico. Y si todo esto, fruto de la autoconservación, ocurre todavía, después de tantos siglos de filogénesis, no es admisible que este último principio haya nacido en el hombre al mismo tiempo que el de la autoconservación.

## PEDAGOGIA

EVOLUCIÓN DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN FRANCIA.—La Revolución francesa—dice Bunge en la *Revista Nacional*, de Buenos Aires—lanzó por nuevos derroteros á la Instrucción pública. Talleyrand y Mirabeau dan todavía al clasicismo no poca importancia en los planes que sometieron á la Asamblea Constituyente; pero Condorcet, interpretando mejor el espíritu democrático de la época, convirtió los estudios clásicos en lujosa curiosidad, y bajo su influencia trazaron Lacanal y Daunon el programa de las escuelas centrales. Y es curioso observar que ya en aquel tiempo se plantea la cuestión por los fran-

ceses con el mismo criterio que hoy se halla planteada: no se preguntan si la cultura grecolatina servirá para fundar la ética, disciplinar la inteligencia, formar al sociólogo y al erudito, al sabio y al estadista, sino si es realmente útil para depurar el gusto literario.

Cítase, generalmente, la organización de la segunda enseñanza en Francia como tipo de *bifurcamiento*; y sin embargo, esta organización, impuesta por antecedentes históricos, sólo en los momentos de su creación se ha presentado en pleno desarrollo, viniendo sometida desde entonces á una transformación que le ha hecho perder su carácter.

El Renacimiento impuso el estudio del griego y el latín; pero el griego fue poco á poco abandonándose en las Universidades del Sur de Europa, y desde el siglo XVII vino á quedar casi solo el latín como base de la cultura intelectual, en conocimientos positivos, ideales, teorías y ejemplos, de las personas bien educadas; á este predominio del latín en el Sur contribuyó la extensión de este idioma como lengua sabia, su adopción por la Iglesia como lengua litúrgica, y el abandono del griego por las dificultades de su sintetismo morfológico, de su construcción y de su vocabulario, que requerían largos años de trabajo, no siendo el tesón cualidad nacional de las razas latinas.

Pasado el período revolucionario, Napoleón restauró el latín, que volvió á ser, con las matemáticas, el eje de la pública instrucción; pero las cosas habían cambiado mucho, las lenguas vivas reclamaban con sus superiores aplicaciones el puesto que les correspondía, y la lucha entre clasicistas y modernistas se entabló con empeño, creyendo Fortoul haber hallado en 1852 la solución del conflicto con el sistema de la bifurcación, que dividía la enseñanza secundaria en dos ramas diversas, con lo que todos quedaron descontentos por constituir aquella transacción, como dice Ribot, «un régimen bastardo que, haciendo del latín el centro de la educación, invitaba á los alumnos á despreciarlo en el momento en que podían reco-

ger sus mejores frutos, imponiendo dos años de griego á los estudiantes para que en seguida lo olvidaran».

Cediendo á la opinión, Víctor Duruy establece en 1865 la enseñanza secundaria *especial*; pero los programas van apartándose cada vez más del clasicismo, y durando cinco años los estudios, y no siendo posible atender á todo en tan corto tiempo, el latín va sacrificándose á las lenguas vivas y á las ciencias, que adquieren de día en día mayor desarrollo.

La revisión de 1886 marca la tercera etapa de la evolución. «La nueva enseñanza—decía el proyecto—será *general y clásica*; deberá ser organizada para responder á las *nuevas* necesidades de la sociedad moderna y atraer á los estudios secundarios á los jóvenes que no tienen gusto ni tiempo para entregarse al estudio de las lenguas muertas.» La enseñanza secundaria *especial* conserva su nombre; pero los estudios se elevan á seis años; el certificado de estudios *generales*, que antes se daba al concluir el tercer año, se reemplaza con una simple nota para pasar á los estudios *especiales*, ya para disimular en lo posible la existencia de aquella articulación casi innecesaria, ya para no alentar á quienes, dando inmerecido valor á tal certificado, cortaban en aquel punto sus estudios, creyéndose suficientemente capacitados en cultura general. Se agregó una segunda lengua viva á partir del cuarto año, y el triunfo de los modernistas fue completo.

Los clasicistas, mudos hasta entonces, estallaron, y la lucha adquirió proporciones formidables; pero en 1891 se llegó á la cuarta etapa de la evolución, á pesar de las protestas de los clasicistas. Se suprime lo que quedaba de la división en dos ciclos, y se presenta la enseñanza moderna como un todo completo. Tal ha sido la evolución del famoso *bifurcamiento* francés.

## BIOGRAFIA

SILUETAS PARISIENSES: JORGE COURTELINE.—Es cosa convenida—dice Zadig en la *Revue Bleue*—que Jorge Courteline es espiritual de nacimiento, gracioso por principios, guasón por hábito; y como nada se le escapa de cuanto ve, se le tiene con razón por observador. Todos le quieren, porque á nadie jamás ha aburrido, y á pesar de su éxito tiene verdaderos amigos, que ¡cosa sorprendente! le alaban á más y mejor. Pero lo más admirable es que, á pesar de tener talento, obtuvo el favor del Ministro Leygues, que le condecoró. En resumen, Courteline es un hombre feliz que, sin embargo, está contento de la humanidad y de sí mismo. Si no es precisamente uno de los atractivos de París, no está lejos de ser una curiosidad parisién; por eso en provincias todo el mundo se jacta de conocerle, ó más bien de gustarlo.

¡Popularidad bien merecida! Un escritor es popular cuando agrada á la burguesía, y Courteline conquista á la burguesía con sus bufonadas. La seriedad es evidentemente una debilidad; todos queremos reir, y si no lo hacemos, es porque nos falta el tiempo y la ocasión. Courteline tiene una alegría comunicativa porque es perpetua, brutal y sin matices, desarrollándose matemáticamente por la fuerza misma de su principio. Courteline observa, descubre inmediatamente lo que salta á los ojos de todo el mundo, y enseguida lo deforma; esta primera deformación engendra otra, y pronto el hecho real y sencillo se convierte en estupefaciente monstruosidad. Las bufonadas de Courteline son como realidades inverosímiles.

Courteline no quiere tratar sino los asuntos tradicionales de las chanzas burguesas: burocracia, cuarteles, propietarios, magistrados, médicos..... Ha hecho buena burla, muy fina, de los empleados de los Ministerios; sus asuntos militares están tan bien tratados, que los que nunca han visto un cuartel se

divierten con Lidoïre, la Guillaumette ó el capitán Hurluret, tanto como los que los conocen; luego hizo *Boubouroche*, historia verídica de amantes engañados, con tan genial simplicidad, que cada lector reconocía en el protagonista á uno de sus amigos.

Courteline se atiene sistemáticamente á la exterioridad: sus héroes constituyen un desfile de caricaturas, y tienen en lo posible deformidades físicas ó vestidos ridículos, ó bien se presentan en estado de embriaguez; un borracho hace siempre reir. Todos, por otra parte, llevan nombres típicos: los señores Conique, Mapipe, d'Echaussé, Foy de Vault, Courbouillon, Marta Passoire, etc. Los nombres son uno de los elementos principales de lo cómico; cuando Courteline ha inventado un nombre, ha creado verdaderamente un personaje, é inventa también títulos ingenuamente significativos: *Teodora*, *busca cerillas*, *¡Hortensia, acuéstate!*... títulos alegres, muy alegres; el título es todo; lo demás, no pudiendo ser más divertido, corre el riesgo de serlo menos.

Pero el resto no es menos divertido, porque Courteline elabora pacientemente las bromas más comprensibles, las que producen una especie de efecto físico. Y son gentes que se tropiezan, que caen, que se equivocan de piso, que queriendo respirar el aire puro de la noche, abren en la obscuridad un aparador y huelen el queso...; son tonterías, pero que se encadenan y se amontonan de tal modo que no hay más remedio que reir á carcajadas. He ahí un escritor que no se preocupa de renovar la sociedad. Su risa es optimista, y sus obras tonifican el espíritu y el cuerpo, y sin filosofías ni trascendencias, Courteline coopera con los filósofos, y con mayor eficacia que ellos, á la armonía social.

\*  
\* \*

RETRATOS CONTEMPORÁNEOS: MASSON FORESTIER.—En nuestro mundo literario—dicen Pablo y Víctor Margueritte—hay una figura muy original, sin esa deformación profesional que



el oficio de escribir imprime en los mejores literatos: Masson Forestier debe en gran parte esta originalidad á la vida que lleva y á las ocupaciones á que se ha dedicado, habitando como abogado de crédito en Normandía.

París es casi siempre funesto al noble oficio de las letras: activa y excita la producción, pero á expensas del cerebro, que se fatiga y se agota. Esta vida intelectual tan alabada, esta atmósfera luminosa de ideas y sensaciones, constituyen en el fondo la más deplorable higiene mental. Nada tan monótono, bajo su aspecto fugaz y sin cesar renovado, como el caleidoscopio ofrecido por los salones, los estrenos, los barnizados y los chismes del día; nada tan estrecho como el círculo en que se gira. La provincia, por el contrario, bajo su aparente uniformidad, presenta el más amplio campo á la observación; allí se intriga, se ama y se odia de veras, porque hay tiempo para ello.

La historia de los comienzos literarios de Masson-Forestier es una verdadera novela. Un marinero bretón había sido mutilado por un engranaje, á bordo de un petrolero inglés, en medio de una tempestad; durante diez días había permanecido con la pierna triturada, y la gangrena amenazaba su vida; la tripulación llegó á irritarse, y el egoísta capitán se decidió á pedir auxilio á varios grandes trasatlánticos; sólo un gran correo se detuvo, y destacó un bote con un médico, que amputó la pierna al enfermo, sin querer cobrar nada por la operación, celebrando haber podido salvar la vida á un francés. El correo y el médico eran alemanes, y aunque tarde, el Gobierno francés ha pagado su deuda condecorando al sabio y desinteresado doctor. Desembarcado el marinero inválido, Masson Forestier abogó por él y logró se le diera una indemnización por los armadores, y entretanto, prendado de las excelentes condiciones de su defendido, lo recogió en su casa, escribiendo más tarde tan interesante historia, que con el título de *Pierna cortada* apareció en la *Revue des Deux Mondes*, llamando extraordinariamente la atención.

Ocupado hasta los treinta y dos años en una notaría y en su taller de escultura, sin conocer de la vida los resortes, decidió abrir su bufete de abogado y de síndico de quiebras, y como esta profesión, al ponerle en contacto con las miserias del alma humana le abrió nuevos horizontes, parecióle que el mundo ignoraba lo que era la vida de los negocios, y alentado por el éxito de *Pierna cortada*, sentó de lleno sus reales en el campo literario, cultivando apasionadamente el género de la novela de costumbres, escribiendo siempre con sinceridad y movido generalmente por alguna fuerte impresión.

Su obra maestra, según Brunetière, es *Baratería*. Un armador asegura su *Gladiador*, por una enorme suma, y lo carga de tal modo, que el barco, falto de estabilidad, debe perecer á la primera tempestad; la tripulación se niega á embarcarse en tales condiciones, pero pagando dobles salarios, el armador encuentra marineros que le sirvan; en cuanto al capitán, ya desesperaba de encontrar quien le reemplazara, cuando un joven recién casado se presenta; es, como su mujer, de ilustre familia, pero está falto de recursos; al enterarse de las condiciones, olfatea un peligro, pero confía en su destreza, y se hace al mar. Dos meses después, el *Gladiador* se hunde, sin que nada ni nadie se salve.

¡Bonito negocio para el armador! «La vida, después de todo—se dice—no es más que una guerra á cuchilladas»; «no puede uno escoger, y para no ser aplastado hay que aplastar.» Con estas reflexiones, procura tranquilizar su conciencia al retirarse á su casa, después de haber liquidado su seguro. Una mujer le espera en el despacho. Entra, y se encuentra con la joven viuda del capitán, que no sabe nada de lo ocurrido, y viene en busca de noticias de su marido, y á rogar al armador que acepte el ser padrino de su primer hijo. «Daré usted con ello tanta satisfacción á mi esposo!.....»

Tratando con predilección casos de conciencia como los citados y como *Remordimientos de abogado*, Masson Forestier ha logrado entrar en la conciencia de las gentes. Hasta el pre-

sente sólo ha escrito *nouvelles*, más ó menos cortas, con sobriedad de detalles, agrupando los hechos y resumiendo los diálogos. Ahora acaba de lanzarse de lleno en la novela, y *Une flambée d'amour*, recientemente publicada, acaba de afirmar su bien consolidada reputación literaria.

### IMPRESIONES Y NOTAS

CHUSCADAS EVOLUCIONISTAS.—Un naturalista noruego, darwinista ferviente, hizo evolucionar á un arenque por la sola transformación del medio en que vivía—según cuenta Alfonso Allais en su libro *No nos peguemos*, editado por la *Revue Blanche*.—Disminuyendo, en efecto, gradualmente el agua de mar que le suministraba, lo convirtió primero en anfibio y luego en animal terrestre, hasta que, por último, el buen animal seguía por las calles á su amo como un perrillo; pero un día, durante el paseo, el pobre arenque se escurrió por entre las tablas mal unidas de un puente, cayó al agua y ¡se ahogó! Otro experimento darwinista de la misma procedencia consiste en lo ocurrido con un perro blanco, que se puso negro á fuerza de oirse llamar con el nombre de *Negro* por su amo.

\*  
\* \*

LA FUERZA DE LOS INSECTOS.—Una tarde de verano—según cuenta el Dr. Weir en *Scientific American*—un escarabajo de la especie *Lucanus elephas* se introdujo entre las ropas del doctor, y éste, al llevar la mano al sitio donde notó el insecto, sintió cogido uno de sus dedos con tal fuerza, que necesitó la ayuda de otra persona para hacerle soltar la presa. El doctor quiso entonces medir la fuerza del insecto, y lo enganchó á un carrito de hojalata de 58 gramos de peso; el escarabajo, que sólo pesaba 18 decigramos, arrastró el carrito corriendo, y logró todavía moverlo fácilmente con 15 gramos más, y con

gran dificultad con otros 15 gramos; el esfuerzo llevado á cabo por el insecto en este último caso equivaldría al arrastre de una carga de la que ningún hombre podría tirar.

Trabadas las patas del escarabajo de modo que sólo quedara libre una, relacionada con un dinamómetro muy sensible, el insecto realizó un esfuerzo de contracción equivalente al peso de 15 gramos; para que un hombre llegase á semejante resultado, sería preciso—como dice *La Naturaleza*—que pudiera levantar una tonelada con una sola mano.

Otro escarabajo, el *Dynastes tityrus*, tiene sus tenazas en distinta disposición y en ellas fuerza bastante para cortar la ramita de un árbol; comparado el esfuerzo de estas tenazas con el de las mandíbulas de un perro de presa al triturar un hueso, resulta mucho mayor la fuerza del insecto, cuyas tenazas constituyen formidables armas de ataque y de defensa.

Enganchado este mismo escarabajo al carrito de que había tirado el lucano, el Dr. Weir lo cargó con 30 gramos más de perdigones, y el *Dynastes* lo arrastró sin trabajo; aumentó la carga con otros 30, y también el carrito avanzó sin gran dificultad; sólo al añadir 15 gramos más es cuando el animalillo pareció llegar al límite de su resistencia, aunque al ser excitado, pudo todavía arrastrar esta carga de 120 gramos, equivalente á 18 veces su propio peso; un hombre necesitaría arrastrar cerca de 2.000 kilos para igualar proporcionalmente su fuerza con la del escarabajo.

El último experimento del Dr. Weir consistió en colocar sobre el *Dynastes*, con toda precaución, un ladrillo de kilo y medio de peso, que no sólo pudo aguantar el animal, sino al que logró imprimir marcado movimiento de oscilación. Una losa de peso proporcional dejaría á un hombre convertido en informe masa.

\*  
\* \*

LOS INVENTOS DEL SIGLO XIX.—Trece invenciones—según dice *Madrid Científico*, reproduciendo las conclusiones de un

libro reciente—son las debidas exclusivamente al siglo que termina: los *ferrocarriles*, que han transformado los viajes por tierra, facilitando la distribución de los productos del trabajo humano; la *navegación al vapor*, que ha logrado el mismo resultado en los mares, obligando á reconstruir las escuadras comerciales y belicosas del mundo entero; el *telégrafo eléctrico*, que ha producido una revolución todavía mayor en la transmisión del pensamiento; el *teléfono*, que ha llegado al mismo resultado por la transmisión de la palabra; los *fósforos*, que han cambiado por completo el modo de obtener el fuego; el *alumbrado por gas y el eléctrico*, que han mejorado extraordinariamente los medios de iluminación; la *fotografía*, que es para las formas de la materia lo que la imprenta para las del espíritu; el *fonógrafo*, que fija los sonidos más fugaces, como la fotografía los movimientos; los *rayos Roentgen*, que atraviesan los cuerpos opacos, abriendo nuevos mundos á la observación y al estudio; el *análisis espectral*, que extiende asombrosamente nuestros conocimientos del universo; la *anestesia*, que ha humanizado, dulcificado y hecho posibles las más terribles operaciones quirúrgicas; y la *antisepsia*, que ha descubierto nuevos horizontes á la terapéutica.

\*  
\* \*

EL ECLIPSE DE LAS IDEAS LIBERALES.—Alfredo Berl, en la *Grande Revue*, de París, descubre con plausible franqueza las faltas y pecados del republicanismo francés en sus diversos matices, mostrando que la crisis actual se caracteriza principalmente por la desaparición de la burguesía liberal, que se ha echado en brazos de la reacción por miedo al socialismo, mientras la democracia obrera marcha hacia el colectivismo y la intervención, desarrollándose por otro lado el nacionalismo militarista. Las ideas liberales, cogidas entre estas diversas fuerzas, no están ya verdaderamente representadas y defendidas sino por la clase intelectual, profesores, sabios y literatos,

únicos que tienen el valor de recoger y levantar la bandera abandonada por los parlamentarios, ocupando el puesto de que éstos han desertado. En la alianza de estos elementos con la democracia, de los pensadores con los obreros, encuentra Berl la salvación de Francia.

\*  
\*  
\*

FRAGMENTOS INÉDITOS DE ANDRÉS CHENIER. — La *Revue Bleue* inserta varios fragmentos de una obra que, con el título algo extraño de *Apología*, debió escribir Andrés Chenier por el año 1787, durante su estancia en Inglaterra. He aquí algunos trozos de esta obra, que contiene el estudio de los problemas políticos y sociales que tanto apasionaban los espíritus:

«Querer cambiar las costumbres de una nación, es como cambiar el curso de un río; al principio cuesta trabajo, luego se acostumbra á su nuevo lecho y cree no haber corrido jamás por otros cauces. Cuando un pueblo tiene costumbres, usos y preocupaciones, el legislador no debe atacarlos de frente; armaría al pueblo contra él; debe inspirar otras; debe destruir las sin combatirlas.

«Quedan todavía en un país huellas por lo menos de buenas costumbres cuando se conserva algo de pudor; cuando no se atreve uno á envilecerse abiertamente; cuando lo niega si ha sido descubierto, y se buscan, por lo menos, pretextos para disfrazar su bajeza. Yo he visto la desvergüenza llevada á un punto inconcebible. Un hombre ha empleado las más viles lisonjas para enriquecerse, ó, arruinado, jugador, lleno de deudas, se ha vendido bien caro á la lubricidad de alguna vieja disoluta, ó se ha elevado por algún matrimonio infame y opulento. Ha llegado á ser Ministro por viles complacencias, ó porque mujeres intrigantes y desordenadas han encontrado en él con qué satisfacer mejor sus intemperantes deseos. ¿Creéis que se avergüenza de los grados ignominiosos por donde ha subido? No; conviene en ello sin rodeos, levantando

la frente y alabándose de ello. Si se habla del asunto en alguna tertulia, no falta alguien que se burle; pero todos acaban por reconocer que ha hecho muy bien, y que las bajezas sólo son despreciables cuando no tienen éxito; y muchos envidian secretamente, y algunos hasta en alta voz, la dicha de aquel hombre.»

«Un magistrado, amigo mío íntimo, hombre respetable y respetado, decía á varios de sus colegas, muy amigos de los procesos secretos y que preguntaban con indignación si es que se quería someter el Parlamento al juicio del público: «Señores, no tengo que haceros más que una pregunta, y os suplico que la contestéis categóricamente: ¿Se ha hecho el Parlamento para el público, ó el público para el Parlamento?»

«Recuerdo haber leído en otro tiempo las Memorias de un hombre que contaba con qué paciencia y con qué maravillosa habilidad se había salvado de la Bastilla y de Vincennes, y con qué encarnizamiento le habían perseguido, hasta en países extranjeros, para sepultarle de nuevo en más duro cautiverio. He aquí su culpa: estando en París sin familia y sin recursos, se le ocurrió enviar por la posta una caja de grajeas á la señora de Pompadour, avisándole al mismo tiempo por escrito para ponerla en guardia, diciéndole que sabía que sus enemigos trataban de envenenarla con una caja de confites. Llegó la caja y se hizo la prueba de su contenido en un perro, que no sufrió ningún daño, descubriéndose así la superchería; aquella bajeza, más vil y despreciable que punible, valió á su autor cuarenta años de cárcel; si el pobre diablo hubiera tenido la precaución de envenenar los confites y el perro hubiera muerto, su fortuna estaba hecha; nuestros padres le hubieran, quizá, visto Ministro.»

FERNANDO ARAUJO.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Der Anarchismus**, von Dr. Paul Eltzbacher.—Berlín, J. Guttentag, Verlagsbuchhandlung, 1900. Un vol. de XII-271 páginas y 33 más de índice por materias; sin indicación de precio.

La organización política de las sociedades modernas, el Estado, tiene por base la violencia. El hecho es indiscutible. Atiéndase no más—por ser lo más visible—á la existencia del ejército y de los numerosos institutos armados que tienen á su devoción los Gobiernos, y se verá cuán exacta es la observación precedente.

Por eso, puede decirse que en el día de hoy abominan del Estado, en cuanto organización coercitiva, y de lo que tal organización supone (leyes, autoridades, Tribunales, fuerza pública, etc.) todos cuantos aborrecen la violencia como lazo de unión entre los hombres. Los espíritus de gran delicadeza moral no pueden concebir que un orden que en tal base estriba pueda ser un orden social justo. Tal es la causa por la que actualmente existe en el mundo una falange, no pequeña, de pensadores que atacan lo que puede llamarse los «fundamentos» de la vida social; aunque no de toda vida social, sino precisa y exclusivamente de la vida social *presente*. Todos los que profesan tales ideas son anarquistas, á pesar de que no se los llamen, ó libertarios, ó como se quiera decir.

Ahora bien; el Sr. Eltzbacher hace en su libro reciente, *El Anarquismo*, una exposición muy ordenada, muy metódi-



ca, muy clara, muy exacta de las doctrinas de las principales figuras del anarquismo, no sólo de los representantes de él que viven, sino de algunos que ya han muerto. Por su propia cuenta no dice el autor apenas nada; se mantiene fiel constantemente al lema que va al frente del libro: *Je ne propose rien, je ne suppose rien, j'expose*; se trata, por tanto, de una de esas exposiciones que se denominan «objetivas».

En ella emplea constantemente el mismo orden, que consiste en dedicar un capítulo á cada autor de los que estudia, y dividir después cada capítulo en seis partes: 1.<sup>a</sup>, *Generalidades* (breves noticias sobre la vida y obras del escritor á que el capítulo se refiere); 2.<sup>a</sup>, *Bases generales*; 3.<sup>a</sup>, *El Derecho*; 4.<sup>a</sup>, *El Estado*; 5.<sup>a</sup>, *La Propiedad*; 6.<sup>a</sup>, *Efectuación*. Por este procedimiento va Eltzbacher exponiendo (casi siempre con las propias palabras de que ellos se sirven, para que la fidelidad sea mayor) las teorías de Godwin, de Proudhon, de Stirner, de Bakunine, de Kropotkin, de Tucker y de Tolstoy, es decir, de los anarquistas de mayor renombre. No habla nada más que de éstos.

De propio, no pone el autor más que el trabajo (que no ha sido poco) de organización, y además una introducción y un primer capítulo, consagrados á dar á conocer el fin que persigue, y á fijar el sentido de los términos Derecho, Estado y propiedad, de que tiene que servirse; y dos capítulos al final, de generalización y resumen, uno sobre *Las teorías anarquistas*, y otro sobre *El anarquismo (concepto de) y sus especies*. También acompañan al libro unas indicaciones bibliográficas.

En el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza* se está publicando el capítulo de este libro relativo á la *Doctrina de Tolstoy*; por su lectura puede, quien quiera, formarse una idea de lo que es la obra de Eltzbacher.

P. DORADO.

**L'Evolution du droit et la conscience sociale**, par L. Tanon, président á la Cour de Cassation.—1 vol. in-12 de la *Bibliothèque de Philosophie contemporaine*, 2 fr. 50 (Felix Alcan, editeurs).

Aunque de pocas págiuas, bien merecía este libro que se hablase de él con alguna mayor extensión que la que es permitido emplear en una simple nota bibliográfica como la presente. La importancia de los asuntos de que se ocupa, la manera fácil, accesible, casi vulgarizadora de tratarlos, las apreciaciones personales del autor, cuyo principal mérito consiste, no obstante esto, en haber sabido recoger con grande acierto de elección en la ajena crítica los datos necesarios para la propia, ordenándolos y disponiéndolos muy discretamente, todo, digo, contribuye á que la lectura de este trabajo sea harto substancial y por extremo sugestiva.

Lo considero libro muy á propósito y, por las condiciones dichas, muy digno de ser manejado por nuestra juventud escolar, á la cual pudiera servir de iniciación, y como de fácil paso á obras de ya más alto vuelo.

Por su tamaño y por su contenido puede ponerse el opúsculo de que doy cuenta al lado del de Bouglé, y aun casi del de Petroni, si bien este último, y en la parte crítica sobre todo, tiene, en verdad, miras un tanto más elevadas.

El principio, idea ó concepto fundamental, inspirador del trabajo de M. Tanon, es el de la relatividad del Derecho, aunque no entendida á la manera que ya se va viendo ser un poco estrecha y algo *terre á terre* del positivismo clásico, sino más bien inclinándose al sentido de la *antigua* escuela histórica; quiero decir, al sentido predominante en los fundadores de esta dirección ó tendencia.

Así, pues, el pensamiento del autor, desenvuelto y explanado en la segunda parte del libro, puede, en términos generales, reducirse á lo siguiente: el Derecho, cuyo fin específico lo constituyen las relaciones de coexistencia y cooperación sociales, es producto todo él de la evolución histórica, sin que quepa admitir una justicia absoluta, inmutable y uniforme, inde-

pendiente de las condiciones de lugar y tiempo; el principal factor de la evolución jurídica es la *conciencia social*, y la dirección progresiva de aquella puede señalarse siempre por el paso de la cooperación obligatoria, ó mejor, forzosa, á la voluntaria y libre; lo que recuerda la distinción de Spencer entre el régimen militar y el industrial; la de Sumner Maine entre el *status* y el contrato; la triple de Makenzie, de períodos de sujeción, liberación y organización, con más ciertos modos de ver *grosso modo* de los partidarios del llamado organismo contractual.

En el sucesivo desarrollo de estos cardinales puntos toca el autor y se detiene, en temas tan interesantes como el de la conciencia social y en la discusión bastante amplia de las doctrinas utilitarias del Derecho, y en uno y otro lugar sus observaciones suelen ser exactas y de alcance verdadero. Termina, por último, el libro con un capítulo consagrado á hablar del carácter formal y obligatorio de los preceptos jurídicos, que deriva más que del imperio de la fuerza—de la coacción—del consentimiento moral y libre, última y aun única garantía del cumplimiento de la justicia en todos los órdenes de la vida.

Aunque esta y otras muchas conclusiones á que llega M. Tanon sean de indudable valor para toda construcción científica, revisten, sin embargo, cierto carácter fragmentario y, por así decirlo, están como aisladas de sus naturales fundamentos, no viéndoselas, por tanto, en el cuadro general y en el lugar adecuado que aquella de su propio contenido debe representar. Defecto común á toda investigación que no empiece proponiéndose esta primera é imprescindible cuestión, á saber: el concepto de su objeto; concepto que inútilmente se buscará en la historia, so pena de caer en más peligrosas é infecundas abstracciones que las tan decantadas del Derecho Natural, cuyos servicios á la ciencia y á la civilización, como de quien edificó sobre sólidos cimientos, tan grandes fueron, y de cuyas fundamentales concepciones, por lo demás, no han sabido salir todavía las modernas escuelas relativistas.

¿Qué diferencia hay de fondo, por ejemplo, entre la concepción roussuniana del Derecho y el pensamiento capital de la escuela histórica, ahora patrocinado por M. Tanon y tantos otros? En ambas direcciones es la voluntad general la creadora del Derecho, manifestada en una en un momento dado y reflexivamente, implícita en otra en la larga cadena de hechos de la Historia; pero en ambas también falta el contenido objetivo, la norma jurídica, á la cual aquella voluntad general en sus determinaciones debe obedecer.

*Et sic de cæteris.*

JESÚS ARIAS DE VELASCO.

---

**La Morale d'un égoïste.** *Essai de morale sociale*, par H. Laplaigne.—1 vol. *Biblioteca internacional de Sociología*, París.—Giard y Brière, Editores.

Con este paradójico título dedica el autor un regular volumen á la exposición en toda su pureza de la doctrina de la moral utilitaria. Verdad es que la paradoja la explica luego, muy á los comienzos del libro, advirtiendo en una nota que cuando llegue el día en que aquella doctrina sea como tal doctrina por todos aceptada, se cambiará el sentido de afrenta de algunas palabras, trocándose en alabanza lo que hoy suena á vituperio. Entonces podrá hablarse de «egoístas dignos, admirables y nobles», así como también los habrá «malos, necios y miserables», según hayan ó no acertado en el cálculo que de su utilidad y de los medios á ella conducentes hayan hecho.

Cuando, pues, este modo de ver las cosas sea general en los hombres, y se escriba, v. gr., la biografía de los que consagraron su vida al bien de la humanidad, no habrá inconveniente, sino antes al contrario, será muy puesto en razón que hablando, por ejemplo, del que muere por su patria, se diga de él que practicó en grado heroico la virtud del egoísmo.

Y viniendo ahora al libro de M. Laplaigne, diré que está escrito todo él en forma de máximas, proposiciones apodícticas (?) ó aforismos morales, porque estima el autor que nada hay tan dañoso al descubrimiento y comunicación de la verdad como el razonamiento, y así, prefiere á todas las formas de exposición, la que consiste en presentar la proposición casi escueta, sin aditamento ni apoyo alguno, dejando que el lector la admita ó la rechace, pues es siempre «más fácil al hombre de cultura media juzgar un pensamiento que seguir un raciocinio».

Hagan, pues, la prueba nuestros lectores con las siguientes afirmaciones de M. Laplaigne:

«El pensador ilustre piensa con la misma facilidad con que el bruto respira.»

«El pensamiento nace por sí mismo en el cerebro del pensador, sin esfuerzo alguno de su parte.»

«No hay dolor que resista á la salud, ni alegría completa y durable sin un buen estómago.»

«Cuando la bestia está harta, el espíritu está satisfecho y el corazón contento.»

Por todo lo cual, comprenderá el lector, así el fundamento teórico como el valor práctico de la moral de M. Laplaigne, y también podrá juzgarlos sin más explicaciones nuestras.

JESÚS ARIAS DE VELASCO.

## OBRAS NUEVAS

---

- Arniches (C.) y Lucio (C.)—El escalo; humorada lírica en un acto y en prosa. En 4.º, 37 págs.: 1 peseta.
- Bartrina (J. M.)—Versos y prosa. Sin a. (1900). 189 págs.: 50 céntimos.
- Becerro de Bengoa (R.)—El recién nacido (historia increíble). En 12.º, 92 págs.: 75 céntimos.
- Benavente (J.)—Noches de verano. En 12.º, 93 págs.: 50 céntimos.
- Blasco (E.)—Policarpito; juguete cómico. En 4.º, 20 págs.: 1 peseta.
- Blasco (W.)—Tendero, tirano y tío; juguete cómico en un acto y en prosa. En 4.º, 24 págs.: 1 peseta.
- Cabriñana (M. de).—Lances entre caballeros. En 4.º mayor, 489 páginas, con grabados.
- Cicerón (M. T.)—Obras completas. Tomo XVI. En 8.º, 394 págs.: 3 pesetas.
- Ciria y Nasarre (H.)—Santa Teresa y Felipe II. En 8.º, 448 páginas: 2 pesetas.
- Cocat (L.)—El vestido de baile; comedia en un acto y en prosa. En 4.º, 25 págs.: 1 peseta.
- Cola Izquierdo (E.)—Nubecilla de verano; monólogo en un acto y en prosa. En 4.º, 13 págs.: 1 peseta.
- Corominas (P.)—Las prisiones imaginarias. En 8.º, 218 págs.: 3 pesetas.
- Cotarelo y Mori (E.)—Discurso leído ante la Real Academia Española. Contestación de D. Alejandro Pidal. En 4.º mayor, 53 págs. No se ha puesto á la venta.
- Dicenta (J.)—El tío Gervasio; monólogo en un acto y en prosa. En 4.º, 14 págs.: 1 peseta.
- Idem y Paso (M.)—La cortijera; drama lírico en tres actos y en verso. En 4.º, 117 págs.: 2 pesetas.
- Eclipses (Los), sus causas, historia y datos referentes al del 28 de Mayo de 1900. En 8.º, 64 páginas: 50 céntimos.
- Escalante Gómez (M.)—La riada (poema). En 12.º, 41 págs.: 1 peseta.
- Espada (M. M.)—Teatro contemporáneo; apuntes para un libro de crítica. En 8.º, 271 págs.: 3 pesetas.

- Falcato (L.)—Novísimo manual del impuesto sobre utilidades. En 8.º, 64 págs.: 1 peseta.
- Ferrer (C.)—El universo; poema en seis cantos. En 8.º, 201 págs.: 2 pesetas.
- Franco de Quirós (J.)—Recuerdos históricos de Ledesma. Vida y martirio de San Nicolás. En 8.º, 72 págs.: 25 céntimos.
- Franco Rodríguez (J.)—Sanos y enfermos (historietas). En 8.º, 228 págs.: 3 pesetas.
- Galindo-Navarro y Durbán (P.)—El Derecho al alcance de todos. En 8.º, 35 págs.: 1 peseta.
- Gándara (R. T. de la).—Homenaje á la memoria de D. Juan Meléndez Valdés. En 8.º, 162 páginas: 2 pesetas.
- Gestoso y Pérez (J.)—Ensayo de un diccionario de los artífices que florecieron en Sevilla desde el siglo XIII al XVIII inclusive. Tomo I. En 4.º, LXXX-413 páginas: 10,50 pesetas.
- Gil (A.)—Ligeras nociones para el cultivo de la remolacha azucarrera. En 8.º, 14 págs.: 50 céntimos.
- Gil y Pablos (F.)—Estudios sobre el crédito público y la Deuda pública española. En 8.º, 334 páginas: 3 pesetas.
- González Bocos (R.) y Durán de Cottes (M.)—Impuesto de utilidades. En 8.º, 130 págs.: 2 pesetas.
- González Carreño (J.)—Siete meses de amor (novela). En 8.º mayor, xv-175 págs.: 2,50 pesetas.
- Gorosábel (P. de).—Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa. En 4.º, tomos I y II, 445 y 389 páginas: 10 pesetas.
- Hernández (J.)—Los monos; moraleja en un acto. En 4.º, 17 páginas: 1 peseta.
- Jackson Veyán (J.)—La señora capitana; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.º, 46 págs.: 1 pta.
- Lace (J. de).—Balance teatral de 1899-1900. Año 2.º. En 8.º, VIII-192 págs.: 2,50 pesetas.
- Lara (J. F. de).—La astronomía á fines del siglo XIX. En 8.º, 228 págs.: 3 pesetas.
- Larra (hijo) (L. de) y Gullón (E.)—El turno de los partidos. En 4.º, 30 págs.: 1 peseta.
- Mario (hijo) (E.) y Abati (J.)—Los besugos; sainete lírico en un acto. En 4.º, 46 págs.: 1 peseta.
- Matheu (J. M.)—Gentil caballero. (Costumbres modernas). En 8.º, 348 págs.: 3 pesetas.
- Mesonero Romanos (M.)—Goya, Moratín, Meléndez Valdés y Donoso Cortés; reseña histórica de los anteriores enterramientos y traslaciones de sus restos mortales hasta su inhumación en el mausoleo del cementerio de San Isidro el día 11 de Mayo de 1900. En 4.º, 63 págs.: 2 pesetas.
- Miranda y Garro (M.)—Memoria sobre el estado del Instituto Provincial de segunda enseñanza de Navarra. En 4.º, 81 págs.
- Muntadas (J. F.)—Cien refranes en variedad de metros. En 8.º, 39 págs.: 50 céntimos.
- Navarro (C.) y Merino (G.)—El cuerno de oro; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 41 págs.: 1 peseta.
- Navas (El C. de las).—El espectáculo más nacional. En 4.º, XVIII-590 págs.: 10 pesetas.
- Pardo Bazán (E.)—Obras completas. Tomo XX. Un destripador de antaño. (Historietas y cuentos regionales.) En 8.º, 320 págs.: 3,50 pesetas.

- Pereña y Puente (M.)—Elementos de literatura perceptiva. En 8.º, 139 págs.: 1,50 pesetas.
- Pérez Capo (F.)—La huertana; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 35 págs.: 1 peseta.
- Premio Real (El M. de.)—Semblanzas de los toreros del día. En 8.º, 159 págs.: 2 pesetas.
- Rada y Delgado (J. de D. de la.)—Mosaico de Hylas, descubierto recientemente en el sitio de los Villares. En 4.º, 18 págs. y una lámina: 1 peseta.
- Rancés (E.)—Realidades y novelas, prólogo de Jacinto Octavio Picón. En 8.º, 199 págs.: 2 pesetas.
- Ribera (J.)—La supresión de los exámenes. En 12.º, 138 págs.: 1 peseta.
- Ribot (Th.)—La psicología de los sentimientos. En 4.º, 564 págs.: 8 pesetas.
- Rodao (J.)—Polvo y paja; poesías. En 8.º, 125 págs.: 1 peseta.
- Ruiz Contreras (L.)—Memorias de un desmemoriado. En 8.º, 62 páginas: 1 peseta.
- Sayans Ocampo (E.)—Tiempo perdido; poesías. En 12.º, 48 págs.: 2 pesetas.
- Soubies (A.)—Histoire de la musique. *Espagne le XX siècle*. En 12.º, 129 págs.: 2 pesetas.
- Tamarit y Llopis (L. de.)—Monografía histórica del 2 de Mayo de 1808. En 4.º, 61 págs.: 1,50 pesetas.
- Terán (L. de.)—Violetas; cuentos reales y fantásticos. En 8.º, 213 págs.: 2 pesetas.
- Terry y Rivas (A.)—Diccionario de los términos y frases de marina Español-Francés Inglés. En 4.º mayor, vi-619 págs.: 12 pesetas.
- Tobar (A.)—Agua menuda; poesías. En 12.º, 102 págs.: 1 peseta.
- Velasco Padrino (A.)—La opinión pública. En 4.º, 48 págs.: 1 peseta.
- Vergara de Prado (A.)—La alternativa; cuadro de costumbres madrileñas. En 4.º, 33 págs.: 1 peseta.
- Vigo (M.) y Morano (F.)—Primo Prieto; juguete cómico. En 4.º, 34 págs.: 1 peseta.
- Yesares Blanco (R.)—Anuario de la electricidad para 1900. En 4.º, xxiii-632 páginas y anuncios. Tela; 10 pesetas.
- Yráyzos (F.)—Joshé Martín el tamborilero; zarzuela cómica en un acto. En 4.º, 54 págs.: 1 peseta.
- Zamacois (E.)—Incesto; novela original. En 8.º, 164 págs.: 50 céntimos.



## INDICE

---

	Págs.
<i>Cañel</i> (biografía), por Teófilo Braga.....	5
<i>Genoveva Montaña</i> (novela), por Cañel.....	11
<i>Dominación y guerras de España en los Países Bajos. Motín de las tropas españolas</i> , por Francisco Barado.....	40
<i>Poetas americanos: Dos sonetos</i> , por Manuel Ugarte.— <i>El cura de aldea</i> , por Remigio Romero León, ecuatoriano.— <i>El Arte</i> , por Francisco Soto y Calvo, argentino.....	55
<i>Política pedagógica</i> , por Adolfo Posada.....	58
<i>Los hijos vengadores en la literatura dramática</i> (conclusión), por el Marqués de Valmar.....	77
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	118
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	138
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	148
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y J. Arias de Velasco.....	192
<i>Obras nuevas</i> .....	198

# LIBROS PUBLICADOS

POR

## LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo

16, principal.—MADRID

N.º del Catál.º	Pesetas.	N.º del Catál.º	Pesetas.
175	15	124	3
Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil. . . . .		Barbey d'Aurevilly. — Una Historia sin nombre	
176	4	110	3
— La Reforma integral de la legislación civil. . . . .		— Venganza de una mujer. . . . .	
177	3	130	3
Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa. . . . .		Baudelaire. — Los paraísos artificiales. . . . .	
315	9	163	1
Amiel. — Diario íntimo. . . . .		Becerro de Bengoa. — Trueba. . . . .	
178	1	174	1
Anónimo. — ¿Académicas? . . . . .		Bergeret. — Eugenio Mouton (Merinos) . . . . .	
179	1	311	8
— Currita Albornoz al P. Luis Coloma. . . . .		Boissier. — Cicerón y sus amigos. . . . .	
183	3	169	0,50
Araujo. — Goya. . . . .		Eourget. — Hipólito Taine. . . . .	
180	1,50	300	6
Arenal. — El Delito colectivo. . . . .		Buisson. — La Educación popular de los adultos en Inglaterra. . . . .	
182	3	185-186	14
— El Derecho de gracia. . . . .		Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos). . . . .	
181	3	187	12
— El Visitador del preso. . . . .		Buylla. — Economía. . . . .	
114	3	36-37	6
Arnold. — La crítica en la actualidad. . . . .		Campe. — Historia de América (dos tomos). . . . .	
172	1	156	1
Asensio. — Fernán Caballero. . . . .		Campoamor. — Cánovas. . . . .	
39	3	79	3
— Martín Alonso Pinzón. . . . .		— Doloras, cantares y humoradas. . . . .	
184	6	69	3
Asser. — Derecho Internacional privado. . . . .		— Ternezas y flores. . . . .	
111	3	317	8
Balzac. — César Birotteau. . . . .		Cariyle. — La Revolución francesa. . . . .	
54	3	188	5
— Eugenia Grandet. . . . .		Carnevale. — Filosofía jurídica. — Crítica penal. . . . .	
112	3	189	3
— La Quiebra de César Birotteau. . . . .		— La cuestión de la pena de muerte. . . . .	
62	3	102	3
— Papá Goriot. . . . .		Caro. — Costumbres literarias. . . . .	
76	3	140	3
— Ursula Mirouet. . . . .		— El Derecho y la fuerza. . . . .	
2	3		
Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla. . . . .			
12	3		
— El Dandismo y Jorge Brummel. . . . .			
131	3		
— La Hechizada. . . . .			
120	3		
— Las Diabólicas. . . . .			

N.º del Catál.º	Pesetas.	N.º del Catál.º	Pesetas.
58 Caro.—El pesimismo en el siglo XIX.....	3	195 Fouillee.—La ciencia social contemporánea....	8
65 — El suicidio y la civilización.....	3	194 — Novísimo concepto del derecho.....	7
127 — Littré y el Positivismo.....	3	198-199 Framarino dei Malatesta.—Lógica de las pruebas (dos tomos)....	15
293 Castro.—El libro de los galicismos.....	3	302-303 Gabba.—Derecho civil moderno (dos tomos).	15
190-191 Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos).....	15	307 Garnet.—Historia de la Literatura italiana....	9
64 Coppée.—Un idilio.....	3	201 Garofalo. — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
40 Cherbuliez. — Amores frágiles.....	3	200 — La criminología.....	10
26 —La tema de Juan Tozudo	3	202 — La superstición socialista.....	5
93 — Meta Holdenis.....	3	98 Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....	3
18 — Mis Rovel.....	3	167 — Enrique Heine.....	1
91 — Paula Mere.....	3	132 — Madama de Girardin y Balzac.....	3
297-298 Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos)..	15	121 — Nerval y Baudelaire..	3
59 Daudet.—Cartas de mi molino.....	3	70 Gay.—Los Salones célebres.....	3
125 — Cuentos y fantasías..	3	261 Giddings.—Principios de Sociología.....	10
38 — El sitio de París.....	3	286 Giuriati. — Los errores judiciales.....	7
13-14 Jack (dos tomos).....	6	203 Gladstone.—Los grandes nombres.....	5
22 — La Evangelista.....	3	164 — Lord Macaulay.....	1
46 — Novelas del lunes....	3	287 Goethe.—Memorias.....	5
100 — Tartarín en los Alpes.	3	21 Goncourt. — Germinia Lacerteux.....	3
166 Dorado. — Concepción Arenal.....	1	205 — Historia de la Pompadour..	6
289 — El Reformatorio de Elmira.....	3	204 — Historia de María Antonieta.....	7
192 — Problemas jurídicos contemporáneos.....	3	44 — La Elisa.....	3
31 Dostoyusky. — La casa de los muertos.....	3	61 — La Faustín.....	3
33 — La novela del presidio.	3	129 — La señora Gervaisais..	3
301 Dowden. — Historia de la literatura francesa..	9	318 — Las favoritas de Luis XV.....	6
193 Engels. — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado.....	6	6 — Querida.....	3
162 Fernán Flor.—Tamayo..	1	11 — Renata Mauperín....	3
158 — Zorrilla.....	1	206 González.—Derecho usual	5
155 Fernández Guerra. — Hartzenbusch.....	1	282-283 Goodnow.—Derecho administrativo comparado (dos tomos).....	14
92 Ferrán.—Obras completas	3	207 Goschen.—Teoría de los cambios extranjeros...	7
73 Ferry.—Nuevos estudios de Antropología.....	3	208 Grave. — La sociedad futura.....	8
24 Flaubert. — Un corazón sencillo.....	3		
196-197 Fouillee. — Historia de la filosofía (dos tomos)	12		

N.º del Catál.º	Pesetas.	N.º del Catál.º	Pesetas.
209	Gross.—Manual del juez.	12	
210	Gumpowicz.—Derecho político filosófico.....	10	
211	— Lucha de razas.....	8	
212	Guyau.—La educación y la Herencia.....	8	
290	Hamilton.—Lógica parlamentaria.....	2	
213	Hausonville.—La juventud de Lord Byron.	5	
41	Heine.—Memorias.....	3	
314	— Alemania.....	6	
214	Hunter.—Sumario del Derecho romano.....	4	
316	Huxley.—La educación y las ciencias naturales..	6	
215	Ihering.—Cuestiones jurídicas.....	5	
216	Janet.—La familia.....	5	
217	Kells Ingram.—Historia de la Economía política.	7	
218	Kidd.—La evolución social.....	7	
219	Koch y otros.—Estudios de higiene general.	3	
295 bis.	Korolenko.—El desierto de Sajalín.....	2,50	
299	Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7	
221	Laveleye.—Economía política.....	7	
220	Lange.—Luis Vives....	2,50	
288	Lemoanier.—La Carnicería (Sedán).....	3	
83	Lombroso.—Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal.....	3	
72	— El Hipnotismo.....	3	
222	— La Escuela criminológico positivista.....	7	
135	— Últimos progresos de la Antropología criminal.	3	
223	Lubbock.—El empleo de la vida.....	3	
99	— La Vida dichosa.....	3	
28-29	Macaulay.—Estudios jurídicos (dos tomos)...	6	
294	— La Educación.....	7	
305-306	— Vida, memorias y cartas, (dos tomos)....	14	
224	Manduca.—El Procedimiento penal.....	5	
225-226-227	Martens.—Derecho internacional (público y privado) (tres tomos).....	22	
173	Maupassant.—Emilio Zola.....	1	
228	Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión.....	7	
160	Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa...	1	
152	— Núñez de Arce.....	1	
284	Meneval.—María Estuardo.....	6	
118	Merimee.—Colomba....	3	
133	— Mis perlas.....	3	
229	Mey r.—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa..	5	
230-231	Miraglia.—Filosofía del Derecho (dos tomos)	15	
296	Mommsen.—Derecho público romano.....	12	
170	Molins.—Bretón de los Herreros.....	1	
295	Murray.—Historia de la Literatura clásica griega	10	
312	Nansen.—Hacia el Polo.	6	
232	Neera.—Teresa.....	3	
233	Neumann.—Derecho Internacional público moderno.....	6	
308	Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra.....	7	
157	Pardó Bazán.—Alarcón.	1	
171	— Campoamor.....	1	
151	— El P. Luis Coloma...	2	
168	Passarge.—Ibsen.....	1	
161	Picón.—Ayala.....	1	
234	Posada.—La Administración política y la Administración social....	5	
235	Renán.—Estudios de historia religiosa.....	6	
236	— La Vida de los Santos.	6	
56-57	— Memorias íntimas (dos tomos).....	6	
237-238	Ricci.—Tratado de las pruebas (dos tomos).	20	
285	Rod.—El silencio.....	3	
122	Sainte-Beuve.—Retratos de mujeres.....	3	
49	— Tres mujeres.....	3	

N.º del Catál.º	Pesetas.	N.º del Catál.º	Pesetas.
84	Sardou.- La Perla Negra	3	
240	Savigny.— De la vocación de nuestro siglo para la legislación...	3	
242	Schopenhauer.— El mundo como voluntad y como representación.	12	
78	Schopenhauer.— Estudios escogidos.....	3	
241	— Fundamento de la moral.....	5	
243	Sighele.— El delito de dos	4	
244	— La muchedumbre delincuente.....	4	
245	— Teoría positiva de la complicidad.....	5	
256	Spencer.— De las leyes en general.....	8	
253	— El organismo social..	7	
254	— El progreso.....	7	
257	— Ética de las prisiones.	10	
255	— Exceso de legislación.	7	
248	— La beneficencia.....	6	
246	— La justicia.....	7	
247	— La moral.....	7	
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9	
249	— Las instituciones eclesiásticas.....	6	
251-252	— Las instituciones políticas (dos tomos)...	12	
258-259	— Los datos de la Sociología (dos tomos)...	12	
250	— Las instituciones sociales.....	7	
292	Stead.— El Gobierno de Nueva York.....	3	
136	Stendhal.— El Amor...	3	
138	— Curiosidades amorosas	3	
262	Sthal.— Historia de la filosofía del Derecho...	12	
27	Stuart-Mill.— Mis memorias.....	3	
291	Sudermann.— El Deseo.	3,50	
263	Sumner-Maine.— El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	7	
265	— Historia del Derecho..	8	
264	— La guerra según el Derecho internacional.....	4	
266	— Las instituciones primitivas.....	7	
267	Supino.— Derecho mercantil.....	12	
96	Taine.— El Arte en Grecia.....	3	
101	— El ideal en el Arte...	3	
66	— Filosofía del Arte...	3	
106	— Florencia.....	3	
268	— Historia de la literatura inglesa contemporánea.....	7	
269	— Historia de la literatura inglesa.— Los orígenes.....	7	
313	— Historia de la Literatura Inglesa: El Renacimiento.....	7	
270	— La Inglaterra.....	7	
74	— La pintura en los Países Bajos.....	3	
108	— Milán.....	3	
103	— Nápoles.....	3	
310	— Notas sobre París....	6	
104-105	— Roma (dos tomos).	6	
107	— Venecia.....	3	
272	Tarde.— El duelo y el delito político.....	3	
109	— Estudios penales y sociales.....	3	
273	— La criminalidad comparada.....	3	
271	— Las transformaciones del Derecho.....	6	
239	Thorold Rogers.— Sentido económico de la Historia.....	10	
134	Tcheng-Ki-Tong.— La China contemporánea..	3	
5	Tolstoy.— Dos generaciones.....	3	
7	— El ahorcado.....	3	
71	— El camino de la vida..	3	
63	— El canto del cisne....	3	
77	— El dinero y el trabajo.	3	
10	— El Príncipe Nekhli..	3	
34	— El sitio de Sebastopol.	3	
81	— El trabajo.....	3	
15	— En el Cáucaso.....	3	
115	— Fisiología de la guerra.....	3	
52	— Iván el imbécil.....	3	
117	— La escuela.....	3	
20	— La muerte.....	3	
1	— La sonata á Kreutzer.	3	
95	— Lo que debe hacerse..	3	

N.º del Catál.º	Pesetas.	N.º del Catál.º	Pesetas
48 Tolstoy.—Los Cosacos..	3	4 Wagner.—Recuerdos de mi vida.....	3
90 — Los hambrientos.....	3	309 Westermarck.—El matrimonio en la especie humana.....	12
3 — Marido y mujer.....	3	279-280 Wolf.—Historia de las literaturas castellana y portuguesa (dos tomos).	15
85 — Mi confesión.....	3	43 Ibsen.—Casa de muñeca.	3
113 — Mi infancia.....	3	119 — La Dama del mar y Un enemigo del pueblo....	3
126 — Mi juventud.....	3	53 — Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
75 — Placeres vicio.....	3	143 Zola.—Balzac.....	1
94 — ¿Qué hacer?.....	3	148 — Chateaubriand.....	1
294 Trevelyan.—La Educación de Lord Macaulay.	7	144 — Daudet.....	1
89 Turgueneff.—Aguas primaverales.....	3	146 — Dumas (hijo).....	1
97 — Demetrio Rudín.....	3	86-87 — El Doctor Pascual (dos tomos).....	6
25 — El judío.....	3	50-51 — El naturalismo en el teatro (dos tomos)....	6
123 — El reloj.....	3	35 — Estudios críticos.....	3
47 — El Rey Lear de la Estepa.....	3	17 — Estudios literarios...	3
8 — Humo.....	3	147 — Flaubert.....	1
139 — La Guillotina.....	3	154 — Gautier.....	1
16 — Nido de hidalgos.....	3	141 — Jorge Sand.....	1
137 — Padres é hijos.....	3	23 — Lanovela experimental	3
80 — Primer amor.....	3	9 — Las Veladas de Medán.	3
304 — Tierras vírgenes.....	5	149 — Los Goncourt.....	1
60 — Un desesperado.....	3	67-68 — Los novelistas naturalistas (dos tomos)....	6
281 Uriel.—Historia de Chile	8	30 — Mis odios.....	3
153 Valera.—Ventura de la Vega.....	1	150 — Musset.....	1
116 Varios autores.—Cuentos escogidos.....	3	32 — Nuevos estudios literarios.....	3
276 — El Derecho y la Sociología contemporáneos.....	12	165 — Sainte Beuve.....	1
274-275 — La nueva ciencia jurídica (dos tomos)...	15	145 — Sardou.....	1
277 — Novelas y caprichos..	3	159 — Stendhal.....	1
55 — Ramillete de cuentos.	3	142 — Víctor Hugo.....	1
82 — Tesoro de cuentos....	3		
278 Vivante. Derecho mercantil.....	10		

## LOS GRANDES AUTORES CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Turgueneff.—Tierras Vírgenes, 5 pesetas.

# VIDAS DE PERSONAJES ILUSTRES

Jorge Sand, por Zola, 1 pta.  
 Víctor Hugo, por idem, id.  
 Balzac, por id., id.  
 Alfonso Daudet, por id., id.  
 Sardou, por id., id.  
 Dumas (hijo), por id., id.  
 G. Flaubert., por id., id.  
 Chateaubriand, por id., id.  
 Goncourt, por id., id.  
 Musset, por id., id.  
 El P. Coloma, por E. Pardo Bazán, 2 ptas.  
 Núñez de Arce, por M y Peiayo, 1 pta.  
 Ventura de la Vega, por Valera, id.  
 Teófilo Gautier, por Zola, id.

Sainte-Beuve, por Zola, id.  
 Concepción Arenal, por Pedro Dorado, id.  
 Heine, por Teófilo Gautier-idem.  
 Ibsen, por L. Passarge, id.  
 Taine, por Bourget, 50 céntimos.  
 Bretón, por Molins, 1 pta.  
 Campoamor, por E. Pardo Bazán, id.  
 Fernán-Caballero, por Asensio, id.  
 E. Zola, por Maupassant y Alexis, id.  
 Mouton (Méridos), por Bergeret, id.

Hartzenbusch, por Guerra, 1 pta.  
 Cánovas, por Campoamor, idem.  
 Alarcón, por E. P. Bazan, id.  
 Zorrilla, por Fernán-Flor, idem.  
 Stendhad, por Zola, id.  
 M. de la Rosa, por M. y Peiayo, id.  
 Ayala, por J. O. Picón, id.  
 Tamayo, por Fernán-Flor, idem.  
 Trueba, por Becerro de Bengoa, id.  
 Lord Macaulay, por Gladstone, id.

## COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS Á TRES PESETAS TOMO

1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer.
2. Barbey d'Aurevilly, El Cabeceilla.
3. Tolstoy, Marido y mujer.
4. Wagner, Recuerdos de mi vida.
5. Tolstoy, Dos generaciones.
6. Goncourt, Querida.
7. Tolstoy, El Ahorcado
8. Turgeneff, Humo.
9. Zola, Las Veladas de Médan.
10. Tolstoy, El Principe Nekhli.
11. Goncourt, Renais Maupe-rin.
12. Barbey, El dandismo.
- 13 y 14. Daudet, Jack.
15. Tolstoy, En el Cáucaso.
16. Turgueneff, Nido de hidalgos.
17. Zola, Estudios literarios.
18. Cherbuliez, Miss Rovel.
19. Renán, Mi infancia y mi juventud.
20. Tolstoy, La Muerte.
21. Goncourt, Germinia, La-certeux.
22. Daudet, La Evangelista.
23. Zola, La Novela experi-mental.
24. Flaubert, Un corazón sen-cillo.
25. Turgueneff, El Judío.
26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo.
27. Stuart Mill, Mis memorias.
- 28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos.
30. Zola, Mis odios.
31. Dostoyuski, La casa de los muertos.
32. Zola, Nuevos estudios lite-rarios.
33. Dostoyuski La Novela del presidio.
34. Tolstoy, El Sitio de Sebas-topol.
35. Zola, Estudios críticos.
- 36 y 37. Campe, Historia de América.
38. Daudet, El Sitio de París.
39. Asensio, Pinzón.
40. Cherbuliez, Amores frágiles.
41. Heine, Memorias.
42. Ferri, Antropología cri-minal.
43. Ibsen, Casa de muñeca.
44. Goncourt, La Elisa.
45. Lombroso, Antropología y osiquiatria.
46. Daudet, Novelas del lunes.
47. Turgueneff, El Rey Lear de la Estepa.
48. Tolstoy, Los Cosacos.
49. Sainte-Beuve, Tres muje-res.
- 50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro.
52. Tolstoy, Iván el Imbécil.
53. Ibsen, Los Aparecidos.
54. Balzac, Eugenia Grandet.
55. Ramillete de cuentos.
- 56 y 57. Renán, Memorias ín-timas.
58. Caro, El Pesimismo en el siglo XIX.
59. Daudet, Cartas de mi mo-lino.
60. Turgueneff, Un Desespe-rado.
61. Goncourt, La Faustín.
62. Balzac, Papá Goriot.
63. Tolstoy, El Canto del cisne
64. Coppée, Un idilio.
65. Caro, El Suicidio y la ci-vilización.
66. Taine, Filosofía del arte.
- 67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.
69. Campoamor, Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fábulas.
70. Sofía Gay, Salones céle-bres.
71. Tolstoy, El Camino de la vida.
72. Lombroso, El Hipnotismo.
73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.
74. Taine, La Pintura en los Países Bajos.
75. Tolstoy, Placeres viciosos.
76. Balzac, Ursula Mirouet.
77. Tolstoy, El Dinero y el trabajo.
78. Schopenhauer, Estudios escogidos.
79. Campoamor, Doloras y hu-moradas.
80. Turgueneff, Primer amor.
81. Tolstoy, El Trabajo.
82. Tesoro de Cuentos.
83. Lombroso, Aplicaciones judiciales y médicas.
84. Sardou, La Perla negra.
85. Tolstoy, Mi confesión.
- 86 y 87. Zola, El Doctor Pas-cual.
88. Kropotkin, La Conquista del pan.
89. Turgueneff, Aguas prima-verales.
90. Tolstoy, Los Hambrientos.
91. Cherbuliez, Paula Meré.
92. Ferrán, Obras completas.
93. Cherbuliez, Meta Holdenis
94. Tolstoy, ¿Qué hacer?
95. Idem, Lo que debe hacerse
96. Taine, El Arte en Grecia.
97. Turgueneff, Demetrio Ru-din.
98. Gautier, Las Bombas pru-sianas.
99. Lubbock, La Vida dichosa.
100. Daudet, Tartarín en los Alpes.
101. Taine, El Ideal en el arte.
102. Caro, Costumbres litera-rias.
103. Taine, Nápoles.
- 104 y 105. Idem, Roma.
106. Idem, Florencia.
107. Idem, Venecia.
108. Idem, Milán.
109. Tarde, Estudios penales sociales.
110. Barbey d'Aurevilly, Ven-ganza de una mujer.
111. Balzac, César Birotteau.
112. Idem, La Quiebra de César Birotteau.
113. Tolstoy, Mi infancia.
114. Arnold, La crítica en la actualidad.
115. Tolstoy, Fisiología de la guerra.
116. Varios autores, Cuentos escogidos.
117. Tolstoy, La Escuela de Yasnaia Poliana.
118. P. Merimée, Colomba.
119. Ibsen, La Dama del mar y Un enemigo del pueblo.
120. Barbey, Las Diabólicas.
121. Gautier, Nerval y Baude-laire.
122. Sainte-Beuve, Retratos de Mujeres.
123. Turgueneff, El Reloj.
124. Barbey d'Aurevilly, Una historia sin nombre.
125. Daudet, Cuentos y fanta-sías.
126. Tolstoy, Mi juventud.
127. Caro, Littré y el Positi-vismo.
128. Zola, Los Hombres de la marquesa.
129. Goncourt, La Señora Ger-vaisais.
130. Baudelaire, Los Paraísos artificiales.
131. D'Aurevilly, La Hechizada
132. Gautier, Madama de Gi-rardin y Balzac.
133. Mis perlas, por Merimée.
134. Tchong-Ki-Tong, La Chi-na contemporánea.
135. Lombroso, Ultimos pro-gresos de la Antropología.
136. Stendhal, El Amor.
137. Turgueneff, Padres é hi-jos.
138. Stendhal, Curiosidades amatorias.
139. Turgueneff, La Guillotina.
140. Caro, El Derecho y la ruer-za.

# BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA E HISTORIA

- Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Aleofurado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 1'50.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pts.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.
- Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.
- Buylla, Neumann, Kleinwächter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 8 ptas.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La Ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 ptas.
- Garnet.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pts.
- Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
- Gladstone.**—Los grandes nombres, 5 ptas.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 ptas.—Las Favoritas de Luis XV, 3 ptas.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumplowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.
- Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 ptas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 ptas.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
- Huxley.**—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 2'50 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.**—La Escuela Criminalológica Positivista, 7 pesetas.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
- Macaulay.**—La educación, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.
- Manduca.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.
- Meneval y Chantelauce.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa en España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 ps.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.
- Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 8 pesetas.
- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.
- Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Spencer.**—La Justicia, 7 pesetas.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Instituciones sociales, 7 pesetas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las Leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Stead.**—El Gobierno de Nueva York, 3 ptas.
- Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.
- Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.**—Derecho Mercantil, 12 pesetas.
- Taine.**—Historia de la literatura inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas.—Los orígenes, 7 pesetas.—El renacimiento, 7 pesetas.
- Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pts.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva Ciencia jurídica*, dos tomos, 15 pesetas. Contiene grabados.
- Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamente, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sella, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.
- Idem.**—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.
- Vivante.**—Derecho Mercantil, 10 pesetas.
- Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Wolf.**—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.